

DAD A
CIÓN G

MS. 74. 10

Handwritten text in a cursive script, likely a name or title, possibly "Ralph" or similar.

PQ2166

A1

1844

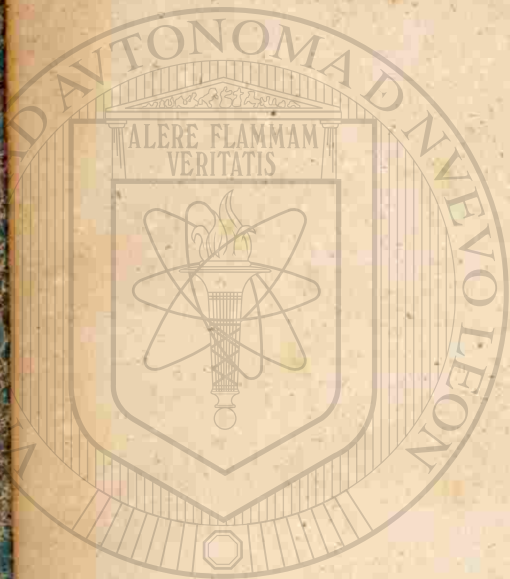
c. 1

B198 я

José Angel Benavides.



1080042642



E #66 #110

84-3-6

OBRAS ESCOJIDAS

DE

M. DE BALZAC.

IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. ^N

Núm. Auto. B-1980

Núm. Adg. 30877

Presidencia -5-

Fecha

Clasificación

Calidad

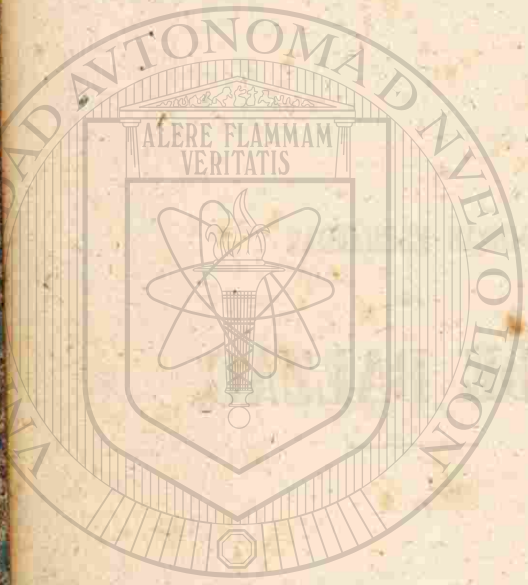
Calidad

Sy

EUGENIA GRANDET.

TRADUCCION

de J. C.



U A N L

110664

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
IMPRESA DE IGNACIO OLIVERES.

Barcelona.

LIBRERIA DE DON JUAN OLIVERES,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1844.

30877



PQ 2166

A1

1844



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

57208

Eugenia Grandet.

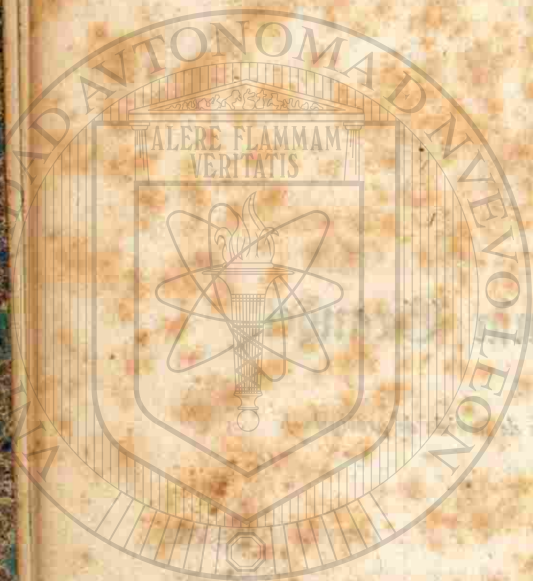
(Escenas de la vida de provincia.)

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EUGENIA GRANDET.

HÁLLANSE en el fondo de las provincias algunas cabezas dignas de un estudio serio, caracteres llenos de originalidad, existencias tranquilas en la superficie, y agitadas interiormente de pasiones tumultuosas: pero las asperezas más distintivas de los caracteres y las exaltaciones más apasionadas acaban por abolirse en la monotonía de las costumbres. Ningun poeta ha probado de describir los fenómenos de una vida que transcurre suavizándose siempre. ¿Y por que no? Si no falta poesía en la atmósfera de Paris, en que se atorbellina un *simoun*(1) que roba las fortunas y parte los corazones

¿por que no la ha de haber en la lenta accion del *si-rocco*(2) de la atmósfera provincial, que afloja los ánimos mas audaces, ablanda las fibras y embota la agudeza de las pasiones? Si en Paris sucede todo; todo pasa en provincia: allí no hay relieves, pero hay dramas en silencio, misterios hábilmente disimulados, sacrificios hechos en una sola palabra; valores enormes prestados por el cálculo y el análisis á las acciones mas indiferentes. Allí se vive públicamente.

Si los pintores literarios han abandonado las admirables escenas de la vida de provincia, mas pronto ha sido por impotencia que por desden ó falta de observacion. En efecto, para presentar un interes casi mudo, que ecsiste mas en la accion que en el pensamiento; para ofrecer figuras, descoloridas á primera vista, y cuyos detalles y medias tintas requieren los mas hábiles toques del pincel; para dar á esos cuadros sus opacas sombras y su claro oscuro; para sondear una naturaleza, en apariencia vacia, pero que ecsaminada se encuentra llena y rica, bajo una corteza compacta, ¿no son menester muchos preparativos, é ináuditos cuidados, y la delicadeza de la miniatura antigua, para trazar tales retratos?

La soberbia literatura de Paris, económica de sus horas, que con detrimento del arte, emplea en rencores y placeres, quiere su drama termina-

do; por lo que toca á buscarlo, apenas tiene tiempo para ello, cuando falta lugar y sazón á los acontecimientos; y si algun autor pretendiese crearlo, este acto viril escitaría revueltas en una república, en que se ha prohibido por críticos eunucos el inventar una forma, un jénero, una accion cualquiera.

Estas observaciones eran necesarias, ya para dar á conocer la modesta intencion del autor, que no quiere ser aqui mas que un humilde copista, ya para establecer su incontestable derecho, en las prolijidades ecsijidas por el minucioso círculo en que debe encerrarse y donde debe obrar. En fin cuando se da á las obras mas efímeras el título glorioso de CUENTO, que merecen solamente las mas animadas creaciones del arte, se le perdonará sin duda, si desciende hasta las mezquinas proporciones de la historia vulgar, narracion pura y sencilla de lo que se ve cada dia en las provincias.

Mas tarde ofrecerá su grano de arena á la gran pirámide que levantan los operarios de nuestra época; hoy, como pobre artista, no ha cojido mas que uno de esos hilos que la brisa pasea por el aire, con que se divierten los niños, las jóvenes y los poetas, de que los sabios cuidan poco, y que, segun se dice, deja caer de su rueca una celestial hiladora. Parad mientes, que en esta tradicion campestre hay maralidades! Por esto el autor hace de ella su epígrafe. El os hará ver como durante la

bella estacion de la vida bajan del cielo ciertas ilusiones, blancas esperanzas y plateados hilos, que vuelven á él sin haber tocado en el suelo.

Setiembre de 1835.



DIRECCIÓN GENERAL



Se ven en las provincias ciertas casas, cuyo aspecto inspira una melancolía igual á la que provocan los claustros mas sombríos, las llanuras mas áridas, y las mas tristes ruinas. Acaso ecsiste á la vez en tales casas el silencio del claustro, la aridez de las llanuras, y la osamenta de las ruinas. La vida y el movimiento se ven tan tranquilos, que un

(a) El autor titula este capítulo *Physionomies Bourgeoises*. Esta última palabra es intraducible pues no tiene equivalente en español. Como esta hay muchas en la lengua francesa y fuera de desear que hubiese un escritor de bastante nombradía y suficientemente atrevido para que las españolizase. De este modo no nos detuvieran en la traducción los significados de *regreter*, *royauté*, *atonie*, *devoement*, *réver* etc.

bella estacion de la vida bajan del cielo ciertas ilusiones, blancas esperanzas y plateados hilos, que vuelven á él sin haber tocado en el suelo.

Setiembre de 1835.



DIRECCIÓN GENERAL



Se ven en las provincias ciertas casas, cuyo aspecto inspira una melancolía igual á la que provocan los claustros mas sombríos, las llanuras mas áridas, y las mas tristes ruinas. Acaso ecsiste á la vez en tales casas el silencio del claustro, la aridez de las llanuras, y la osamenta de las ruinas. La vida y el movimiento se ven tan tranquilos, que un

(a) El autor titula este capítulo *Physionomies Bourgeoises*. Esta última palabra es intraducible pues no tiene equivalente en español. Como esta hay muchas en la lengua francesa y fuera de desear que hubiese un escritor de bastante nombradía y suficientemente atrevido para que las españolizase. De este modo no nos detuvieran en la traducción los significados de *regreter*, *royauté*, *atonie*, *devoeuement*, *réver* etc.

extraño las creería inhabitadas, si no encontrase de súbito la mirada pálida y fría de una persona, que al ruido de pasos desconocidos, asoma la cara semi-monástica, cabe el alfeizar de una ventana.

Estos principios de melancolía ecsistian en la fisonomía de una habitacion sita en *Saumur*, al cabo de la calle que dirige al castillo, por lo mas alto de la poblacion. Esta calle, poco frecuentada ahora, calorosa en verano, fría en invierno, y en algunas partes oscura, es notable por la sonoridad de su empedrado de guijarros, siempre limpio y seco; por lo angosto de su camino tortuoso, y por la quietud de sus casas, que pertenecen á la poblacion antigua, y dominan las murallas.

Habitaciones hay, que aunque tres veces seculares, y construidas de madera, se mantienen sólidas, y contribuyen con sus diferentes aspectos á la orijinalidad que recomienda aquella parte de *Saumur* á la atencion de los anticuarios y artistas. No se puede pasar por delante de tales casas sin admirar los enormes maderos, cuyos extremos terminan en extrañas figuras, y coronan con un negro bajo relieve el cuarto bajo de la mayor parte de ellas.

Por una parte se ven cabriales puestos al través y cubiertos de pizarras, que dibujan líneas azules sobre las delgadas paredes de una casa, terminada por un techo, que los años han hecho hundir, y cuyas vigas, carcomidas ya, se han torcido por las

lluvias y el sol: por otra, se presentan antepechos de ventanas gastados, ennegrecidos, cuyas delicadas esculturas se ven apenas, y que parecen demasiado lijeros, para sostener los tiestos de clavelinas y rosales de una pobre obrera. Mas léjos, se divisan puertas guarnecidas de enormes clavos, en que el jénio de nuestros antepasados trazó jeroglíficos, cuyo sentido no se podrá encontrar ya mas. En unos firmó su fe un protestante, en otros maldijo á Enrique IV un partidario de la liga, en otros gravó un particular las insignias de su *nobleza de campanas* (3). Toda la historia de Francia está contenida en ellos.

En este pais, como en *Turena*, las vicisitudes de la atmósfera dominan la vida mercantil. Viñadores, propietarios, toneleros, fondistas y marineros, todos claman por el sol, y tiemblan al acostarse, por miedo de saber el dia siguiente que ha helado durante la noche: temen la lluvia, el viento, y la sequedad, ó piden agua, calor y nubes, segun su antojo. Reina un duelo continuo entre el cielo y los intereses terrestres. El barómetro entristece, ó alegra todas las fisonomías.

Del uno al otro cabo de aquella calle, la antigua calle mayor de *Saumur*, se cifran estas palabras de puerta en puerta: ¡*Hace un tiempo de oro!* ¡*Lluven luses!* sabiendo lo que puede dar un rayo de sol ó una lluvia oportuna. Los sábados, á eso de las diez, y en la buena estacion, no se hallaría que

comprar, ni en donde, entre aquellos buenos industriales. Cada uno se va á su viña, para pasar dos días en el campo. Como todo está previsto, compras, ventas y provechos, los comerciantes se encuentran con diez horas sobre doce para emplear en partidas de diversion, en observaciones, comentarios, y continuos espionajes. No compra una mujer una perdiz sin que los vecinos pregunten á su marido, si ha estado cocida á punto: si una muchacha se asoma á la ventana, debe ser vista por necesidad de todos los grupos de ociosos. Allí las conciencias están á la vista, y en aquellas casas impenetrables, negras y silenciosas, no hay misterio alguno.

La vida se pasa casi siempre al aire libre; cada familia se sienta en su puerta, donde almuerza, come y disputa. No pasa persona alguna por la calle que no sea observada: por esto, cuando llega un extranjero á un pueblo de provincia le atisban de puerta en puerta. De ahí se han orijinado tantas consejas, de ahí ha venido el nombre de copiosos que se da á los habitantes de Angers, que sobresalen en estas burlitas urbanas.

Los antiguos edificios de la ciudad vieja están situados en la parte superior de aquella calle, habitada en otro tiempo por los gentil-hombres del pais. La melancólica casa en que tuvieron lugar los acontecimientos de esta historia era precisamente uno de aquellos edificios, restos venerables de un

siglo en que los hombres y las cosas tenían un carácter de sencillez, de que se alejan de dia en dia las costumbres francesas.

Despues de haber seguido las revueltas de este camino pintoresco, cuyos menores accidentes revelan recuerdos, y cuyo efecto jeneral tiende á sumergir al alma en una especie de meditacion mecánica, se halla un refondo bastante oscuro, en cuyo centro se oculta la puerta de *la casa de M. Grandet*.

Pero es imposible comprender el valor de esta espresion provincial, sin conocer de antemano la biografía de *M. Grandet*, Gozaba este en *Saumur* de una reputacion cuyas causas y efectos no se pueden explicar facilmente á aquellos, que poco ó mucho no han vivido en provincia. *M. Grandet* (llamado todavia por algunos el tío Grandet, aunque este nombre disminuía sensiblemente) érase en 1789 un maestro tonelero bien acomodado, que sabia leer, escribir y contar. Tan pronto como la república francesa puso en venta los bienes del clero en el territorio de *Saumur*, el tío Grandet, de edad entonces de cuarenta años, acababa de casarse con la hija de un rico mercader de maderas. Fuese en seguida, provisto de su fortuna líquida, de su dote, de dos mil luises en oro, á aquel distrito, en que, mediando doscientos luises prestados por su suegro y regalados al feróz republicano que corria en la venta de los bienes nacionales, tuvo por un pedazo

de pan, si no lejitimamente, á lo menos de una manera legal, los mas hermosos viñedos del pais, una antigua abadía, y algunas alquerias.

Entre los habitantes de *Saumur*, que eran poco revolucionarios, el tío Grandet pasó por un hombre atrevido, por republicano, por patriota, por un espíritu que propendía á las nuevas ideas, mientras que el tonelero propendía solamente á las viñas. Nombráronle miembro de la administracion del distrito de *Saumur*, y su influencia pacífica se hizo resentir de una manera política y mercantil.

Políticamente protejió á todos los ex.(4)é impidió con todo su poder las ventas de bienes de emigrados. Comercialmente proveyó á los ejércitos republicanos de uno ó dos millares de pipas de vino blanco, que se hizo pagar con soberbias praderas que pertenecieran á una comunidad de mujeres y que se habian guardado para un último lote.

Bajo el consulado, el bueno de *Grandet* fué nombrado *maire*.(5) administró prudentemente, y vendió mejor. Bajo el imperio, llamábase *Monsieur Grandet*. Napoleon, que no amaba á los republicanos, reemplazó al nuevo *maire*, que se decia haber llevado el gorro encarnado(6) poniendo en su lugar á un gran propietario, hombre de circunstancias, y futuro baron del imperio. M. Grandet dejó los honores municipales sin sentimiento alguno. Habia mandado hacer escelentes caminos, que conducian á sus pro-

iedades, en obsequio de la poblacion; su casa y sus haciendas pagaban moderados impuestos, y luego por la buena calidad de sus diferentes cercados; y merced á constantes cuidados, sus viñas habian llegado á ser *la cabeza* del pais, palabra técnica puesta en uso para indicar los viñedos que producen el vino de primera calidad. M. Grandet hubiera podido solicitar la cruz de la lejiion de honor.

Esto pasaba en 1806. El antiguo tonelero tenia á la sazón cincuenta y siete años, cerca de treinta y seis su mujer, y diez su única hija, fruto de sus lejitimos amores.

Mr. Grandet, á quien la providencia quiso consolar sin duda de su desgracia administrativa, heredó sucesivamente, en aquel año de madama de la Bertelliere, madre de su esposa, luego del viejo señor de la Bertelliere, padre de la difunta; y tambien de madama Gentillet, su abuela materna; tres sucesiones de que nadie conoció la importancia. La avaricia de aquellos tres viejos era tan apasionada, que desde largo tiempo amontonaban el dinero, por el placer de contemplarlo secretamente. El anciano M. la Bertelliere llamaba prodigalidad á los préstamos, encontrando mayores intereses en el aspecto del oro que en los beneficios de la usura. Los habitantes de *Saumur* calcularon el valor de su economía por el producto de sus haciendas.

Entonces M. Grandet obtuvo ese nuevo título de

TOMO IV.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
"ALFONSO"
Año. 1625 MONTERRAY, MEXICO

nobleza, que nunca borrará nuestra manía de igualdad: llegó á ser el mayor contribuyente de la comarca.....

De esta manera se establecía su fortuna visible. En cuanto á sus capitales, solamente dos personas podían presumir vagamente á lo que montaba su importe. La una era M. Cruchot, notario encargado de los cobros usurarios de M. Grandet, la otra M. Grassins, el banquero mas rico de Saumur, de cuyos beneficios participaba á su gusto y conveniencia el viñadero. Pero aunque el viejo Cruchot y M. de Grassins poseyesen aquella profunda discrecion, que enjendra en las provincias la confianza y la fortuna, no obstante conservaban públicamente tal respeto á M. Grandet que los observadores podían medir la estension de los capitales del antiguo *maire*, por la obsequiosa consideracion de que era objeto.

En una palabra; no habia en Saumur persona alguna que no se persuadiese que M. Grandet tenia un tesoro particular, una cajita llena de luisas, y que se entregaba por la noche al inefable placer que causa la vista de un gran monton de oro. Los avaros tenían de ello una especie de certeza, viendo los ojos del buen Grandet á quienes el amarillo metal parecia haber comunicado su color. La mirada de un hombre acostumbrado á sacar de sus capitales un interés tan enorme, contrae necesariamente asi como la del voluptuoso, del jugador ó la del

cortesano ciertos hábitos indefinibles, y algunos movimientos furtivos, ávidos y misteriosos, que no se escapan á sus correligionarios: este lenguaje secreto forma en algun modo la *franc-maçoneria* de las pasiones.

Asi pues M. Grandet inspiraba aquella respetuosa estimacion, á la cual tenia derecho un hombre que nunca debia nada á nadie; que como antiguo tonelero y viñador, adivinaba con precision de astrónomo cuando se debían fabricar para su cosecha mil toneles, ó quinientos solamente; que no engañándose jamás en una sola especulacion, tenia siempre toneles que vender, cuando estos valian mas que el fruto que debia recoger; y podia poner su vendimia en los lagares, esperando la ocasion de vender á doscientos francos, cuando los propietarios ménos ricos vendían á ciento. Su famosa cosecha de 1811, bien guardada y lentamente vendida, le habia valido mas de doscientas cuarenta mil libras. Hablando á lo financiero, M. Grandet tenia algo de tigre y algo de boa. Sabia echarse, prevenirse, arrostrar largo tiempo su presa y saltarla encima. Luego abriendo la boca de su bolsa, la hacia tragar una carga de escudos y volvía á echarse tranquilamente, como la serpiente que dijere, impasible, frio y metódico. Nadie le veía pasar sin sentir un movimiento de admiracion, mezclado de respeto y terror al mismo tiempo. En Saumur no habia quien no hubiese

sentido el agudo y fino laceramiento de sus uñas de acero; M. Cruchot había procurado á uno el dinero necesario para comprar una finca, pero al ocho por ciento: á otro había descontado contratos M. de Grassins, pero con una rebaja espantosa de intereses. Pocos dias pasaban, sin que el nombre de M. Grandet se pronunciase en el mercado, ó en las tertulias, ó en las conversaciones particulares. Para algunos la fortuna del antiguo tonelero era el objeto de un orgullo patriótico; de ahí es que mas de un negociante, y de un mesonero decian á los extranjeros con cierta satisfaccion:—Caballero, aquí tenemos dos ó tres casas millonarias, pero por lo que toca á M. Grandet, ni el mismo sabe lo que se tiene.

En 1816, los mas buenos calculadores de Saumur estimaban los bienes territoriales del pobrete en tres millones y medio. Habia sacado anualmente de sus propiedades desde 1793 hasta 1817, unos ciento y tantos millares de francos; de lo que se podia coleccionar, que poseía en dinero un valor igual al menos al de sus fincas. Por esto, cuando despues de una partida de *boston*(7) ó de alguna conversacion sobre viñas, salia en corro M. Grandet, solian decir las personas acomodadas:

M. Grandet...M. Grandet debe tener por lo menos cerca de seis millones.

—Sois mas hábiles que yo, que nunca he podido

saber el total; respondia M. Cruchot, ó M. de Grassins, si estaban en la conversacion.

Si algun parisiense hablaba de los Rotschild ó de M. Laffitte, los habitantes de Saumur preguntaban si eran tan ricos como M. Grandet, y cuando el parisiense les daba sonriendo una afirmacion desdenosa, se miraban unos á otros meneando la cabeza con aire de incredulidad.

Una fortuna tan grande cubria con un manto de oro todas las acciones de aquel hombre. Si al principio dieron lugar al ridículo y á la burla algunas particularidades de su vida, el ridículo y la burla se habian desgastado. M. Grandet tenia en sus actos aun los mas insignificantes la autoridad *de la cosa juzgada*. Su palabra, su vestido, su jesto y el movimiento de sus ojos hacian ley en un pais, donde, como cada cual le habia estudiado, asi como un naturalista estudia los efectos del instinto en los animales, podia reconocerse de léjos el profundo y silencioso saber de sus mas lijeros movimientos.

—El invierno será cruel, decian, y es preciso vendimiar, porque el tío Grandet se ha puesto los guantes forrados.

M. Grandet compra mucha madera para dueñas, no faltará vino este año.

—M. Grandet no compraba jamas ni pan, ni carne. Sus arrendadores le llevaban cada semana suficiente provision de capones, pollos, huevos, man-

teca y trigo *de renta*. Tenia un molino, cuyo molinero debia llevarle cada semana la harina y el salvado de una determinada cantidad de granos, que le entregaba M. Grandet, á mas de pagarle el arrendamiento.

Mariana, su única criada, aunque ya entrada en edad, amasaba todos los sábados el pan de la casa. M. Grandet se habia arreglado con los hortelanos, para que le proveyesen de legumbres: por lo que concernía á la fruta, recojía tal cantidad de ella que aun hacia vender en el mercado: la leña para el fuego mandábala cortar en sus setos, ó recojía la cuando limpiaba sus campos, y sus arrendadores se la llevaban en carros á su casa, se la amontonaban en pilas, y luego les daba las gracias. No gastaba mas que en el pan bendito, en el vestir de su mujer y de su hija, en el pago de las sillas en la iglesia, en el alumbrado de la casa, en las mesadas de la criada, en estañar las cazuelas, satisfacer los impuestos, reparar las casas, y en cumplir los gastos de sus especulaciones. Acababa de comprar trescientas yugadas de tierra, que hacia vijilar por el guardacampos de un vecino, á quien prometía una recompensa. Hecha esta adquisicion, empezó á comer de caza.

Hablaba poco; sus maneras eran bastante sencillas, jeneralmente espresaba sus ideas con frases breves y sentenciosas, dichas muy despacio.

Despues de la revolucion, en cuya época habia llamado la atencion de muchos, bostezaba de una manera fatigosa, cuando tenia que discurrir mucho, ó sostener una cuestion: pero esta balbucencia, la incoherencia de sus palabras, el flujo de espresiones en que anegaba su pensamiento, y su aparente falta de lójica, que solian atribuirse á su descuidada educacion, afectábalas, como lo harán ver suficientemente algunos acontecimientos de esta historia. Por otra parte, cuatro frases tan ecsactas como las fórmulas algebráicas, le servian habitualmente para abrazar y resolver todas las dificultades de la vida y del comercio:

No sé.

No puedo.

No quiero.

Verémos.

No decia jamás ni *sí* ni *no*, ni escribia tampoco.

Si le hablaban, escuchaba friamente, tomándose la barba con la mano derecha, y apoyando el codo derecho sobre el reverso de la mano izquierda. En cualquier asunto, se enredaba en opiniones de las que no podia salir; meditaba largamente los mercados de ménos precio, y cuando despues de una sábia conversacion le libraba su adversario el secreto de sus pretensiones, creyendo tenerle ya, solía responderle:

— No puedo concluir negocio alguno, sin consul-

tarlo con mi mujer. Esta, á quien él habia reducido á un completo ilotismo, era el cobertizo mas cómodo en todos sus negocios. No visitaba á nadie, no recibia visitas, ni daba comidas: jamás hacia ruido, y parecia querer economizarlo todo, hasta el movimiento: en casa ajena nunca trastocaba nada por un constante respeto á la propiedad. No obstante, apesar de la dulzura de su voz, y de su circunspeccion, descubriase siempre el lenguaje y maneras del tonelero, maxime en su casa, donde se contenia menos que en cualquier otra parte.

Por lo que respeta á su físico, era un hombre de cinco pies de alto, cachigordo, cuadrado, con pantorrillas de doce pulgadas de circunferencia, rótulas fiudas y anchas espaldas. Su rostro era redondo, aburelado y pecado de viruelas; su barba recta, sus labios sin sinuosidades y blancos los dientes; habia en sus ojos la espresion calmosa y devoradora, que se atribuye al basilisco; su frente llena de arrugas transversales no carecia de protuberancias significativas; sus cabellos amarillentos y algo canosos eran *plata y oro*, segun decian algunos jóvenes, que no conocian el valor de una burleta maliciosa contra M. Grandet; y su nariz, abultada en la punta, soportaba un lobadillo venoso, que el vulgo decia, no sin razon, que estaba lleno de malicia. En suma, su cara anunciaba una finura peligrosa, una probidad sin calor, y el egoismo de un hombre habituado á

concentrar sus sentimientos, en los goces de la avaricia, y sobre el único ser que le fuese de *algun interés*, en realidad, su hija Eugenia, su sola heredera. La actitud, las maneras, el porte, todo atestiguaba en él aquella fé propia, que da á cada cual la costumbre de buenos resultados en las empresas. Por esto, aun que de costumbres fáciles y suaves en apariencia, M. Grandet tenia un carácter de bronce.

Vestido siempre de un mismo modo, el que le veía en 1816, le encontraba tal como era desde 1791. Llevaba zapatos con cordones de cuero, medias de lana, calzon corto de paño-burdo, con hebillas de plata, un chaleco de terciopelo con rayas amarillas alternadas con otras de color castaño, abotonado en cuadro; una ancha casaca de color castaño, con grandes faldones, una corbata blanca, y un sombrero de cuaquero: sus guantes, fuertes como los de un jendarme le duraban veinte meses, y para conservarles limpios, poníalos sobre el ala del sombrero, siempre en un mismo lugar, y con un jesto metódico.

Esto es lo que sabia Saumur con respeto á M. Grandet. No habia mas que seis habitantes, que tuviesen derecho de entrar en su casa. El mas considerable de los tres primeros era el sobrino de M. Cruchot, que despues de su nombramiento de presidente en el tribunal de primera instancia de Saumur, habia añadido el apellido de Bonfons al de Cruchot,

procurando que prevaleciese aquel sobre este, firmando siempre C. de Bonfons. El litigante, que mal aconsejado, le llamaba el señor presidente Cruchot, conocia luego su necedad en la audiencia. El magistrado protegía á los que le llamaban señor presidente, pero favorecía con sus mas halagueñas sonrisas á los que le decian M. de Bonfons. El señor presidente frisaba con los treinta y tres años, poseía la hacienda de Bonfons (*Bonæ fontis*) que redituaba siete mil libras de renta, y esperaba la sucesion de su tío notario, y la de su tío el abate Cruchot, dignidad del cabildo de san Martin de Tours, que tenian fama de bastante ricos. Estos tres Cruchot, sostenidos por un gran número de primos, aliados en veinte casas de la poblacion, formaban un partido como los Pazzi en Florencia en otro tiempo, y asi como los Pazzi, tenían tambien sus adversarios.

Madama de Grassins, madre de un jóven de veinte y tres años, visitaba asiduamente á madama Grandet, esperando casar á su hijo Adolfo con la señorita Grandet. M. de Grassins, el banquero, favorecía vigorosamente las maniobras de su mujer, por constantes servicios prestados secretamente al viejo avaro, y siempre llegaba á tiempo al campo de batalla. Estos tres de Grassins tenían igualmente sus parientes, sus primos, y sus fieles aliados.

Por parte de los Cruchot, el abate que era el pe-

queño Talleyrand de la familia, bien apoyado por su hermano el notario, disputaba vivamente el terreno á la financiera y trataba de reservar la rica herencia á su sobrino el presidente.

Este combate secreto entre los Cruchot y los Grassins, cuyo precio era Eujenia Grandet, ocupaba apasionadamente las diversas tertulias de Saumur.

M.^{lle} Grandet se casará con el señor presidente ó con M. Adolfo de Grassins?

A este problema respondian unos que M. Grandet no daría su hija, ni á uno ni á otro. El antiguo tonelero, roido de ambicion, buscará, decian ellos, por yerno algun par de Francia, á quien doscientas mil libras de renta harán aceptar todos los toneles pasados, presentes, y futuros de los Grandet.

Otros respondian que M. y madama de Grassins eran nobles, y muy ricos, M. Adolfo un gentil caballero, y que, á menos de tener un sobrino del Papa en su manga, una alianza tan conveniente debia satisfacer á jentes de nada, á un hombre que todo Saumur habia visto con la azuela en la mano, y que por otra parte habia sido del gorro encarnado. Los mas sensatos hacian observar que M. Cruchot de Bonfons tenia entrada á toda hora á la casa de M. Grandet, mientras que á su rival no se le recibía mas que los domingos. Unos sostenían que madama de Grassins era demasiado diestra para desistir;

otros replicaban que el abate Cruchot era el hombre mas insinuante del mundo, y que mujer contra clérigo, todo eran faldas, y quedaba el partido igual.

— Están empatados, decia un sabiondo de Saumur.

Los mas instruidos ancianos del pais pretendían que los Grandet eran demasiado aviesos para dejar escapar los bienes de la familia. Segun estos Eugenia Grandet de Saumur, se debía casar con el hijo de M. Grandet de Paris, rico comerciante de vinos por mayor. A esto los Cruchotinos y los Grassinistas respondian:

— En primer lugar los dos hermanos no se han visto quizas dos veces en treinta años. Despues, M. Grandet de Paris tiene altas pretensiones para su hijo; se halla correjidor de su canton, diputado, coronel de la guardia nacional, juez del tribunal de comercio, reniega de los Grandet de Saumur, y pretende aliarse con cualquier familia ducal por la gracia de Napoleon.

¿Qué no se decia de una heredera de la que se hablaba á veinte leguas á la redonda, y hasta en las diligencias públicas de Angers á Blois?

Al principio del año 1818, los Cruchotinos llevaron una notable ventaja sobre los Grassinistas. La posesion de Froidfond, celebrada por su parque, admirable castillo, riachuelo, estanques, bosquesillos, y por su valor de cinco millones, fué puesta en venta por el jóven marques de Froidfond, obli-

gado á realizar sus capitales. Maese Cruchot, el presidente Cruchot y el abate Cruchot, ayudados por sus partidarios supieron impedir la venta por pequeños lotes. El notario termino con el jóven un contrato de oro, persuadiéndole que habria muchas reclamaciones que hacer contra los adjudicatarios, antes de llegar al precio de los lotes, y que valia mas vender la finca á M. Grandet, hombre muy abonado, y capaz por otra parte de satisfacer el precio en dinero contante. Por entonces, la hermosa posesion de Froidfond quedó por M. Grandet, que con admiracion de todo Saumur, la pagó en oro, cumplidas todas las formalidades. Este negocio tuvo eco en Nantes y Orleans. M. Grandet visitó su nueva posesion aprovechando la ocasion de haber un carro que regresaba á ella. Despues de haber echado sobre su finca la ojeada de amo, volviése á Saumur, seguro de haber puesto sus fondos *al cinco por ciento*, y le ocurrió la magnífica idea de redondear el marquesado de Froidfond, reuniéndole sus bienes. Luego para rellenar su caja casi vacia determinó cortar sus bosques, y especular con los álamos de sus prados.

Ahora ya es facil de comprender todo el valor de esta palabra: ¡ *la casa de M. Grandet!* aquella casa pálida, fria y silenciosa, situada á lo alto de la poblacion, abrigada por las ruinas de las murallas. Los dos pilares y la bóveda que formaban la entrada de la puerta habian sido construidos *en tufau*,

pedra blanca particular al litoral del Loira, y tan blanda que su duracion regular no pasa de doscientos años.

Los ahujeros desiguales y numerosos, estrañamente formados por la intemperie del clima, daban al arco de la bóveda y á las jambas del portal la apariencia de las piedras sulcadas de la arquitectura francesa y alguna semejanza con el pórtico de una cárcel. Sobre el arco habia un largo bajo relieve de piedra dura, que representaba las cuatro estaciones, figuras gastadas y ennegrecidas: sobre este bajo relieve un plinto saliente, encima del cual crecian algunas vejetaciones debidas al hazar, parietarias amarillas y un cerezito, bastante alto ya.

La puerta de madera maciza, oscura, seca, hendida por todas partes y al parecer de poca resistencia, estaba sostenida sólidamente por la construccion de sus goznes que figuraban dibujos simétricos. En medio de la puerta habia una rejecita cuadrada, cuyas barras bastante espesas, estaban rojas por el orin, y debajo una aldaba con que descargaban sendos golpes sobre la cabeza de un grande clavo. Aquella aldaba de forma oblonga, era del jenero de aquellas que nuestros antepasados llamabn *estafermos*; y semejaba-se á un gran punto de admiracion. Ecsaminándola con atencion, un anticuario habria encontrado en ella algunos indicios de la figura esencialmente burlesca que debió de representar, borrada ya, á fuerza de usarla.

Por la rejita destinada á reconocer los amigos en tiempo de guerras civiles, podia distinguir el curioso en el fondo de una bóveda oscura y verduzca algunos escalones deteriorados, por los cuales se subia á un jardín pintorescamente rodeado de paredes espesas, húmedas y llenas de plantas flacas y mezuquinas.

La pieza de mas consideracion en el cuarto bajo de la casa, era una sala, cuya entrada se hallaba sobre la bóveda de la puerta cochera. Pocos, muy pocos conocen la importancia de una sala en las pequeñas poblaciones del Anjou de la Turena y del Berry. La sala es á un mismo tiempo la antecámara, el salon, el gabinete y el comedor; es en fin el teatro de la vida doméstica. Allí está el hogar comun, allí iba dos veces por año á cortar el pelo á M. Grandet el peluquero del barrio; allí entraban los arrendadores, el cura, el subprefecto y el mozo del molinero.

Esta pieza tenia dos ventanas que daban á la calle, el suelo entablado, y por colgaduras paneles cenicientos con molduras antiguas: el techo se componía de vigas aparentes, cenicientas tambien, cuyos espacios intermedios eran de un blanco amarillento.

Un antiguo cuadro de cobre incrustado de arabescos adornaba la capa de la chimenea hecha de piedra blanca, mal esculpida, sobre la cual habia un

espejo verduzco, cuyos costados, reflejaban una línea de luz á lo largo del cristal: Las dos jirándulas, que decoraban cada uno de los lados de la chimenea tenian dos cabos, y quitando las rosas que servian de paletas y cuya rosca se introducía en el pedestal de mármol blanco, adornado de cobre antiguo, aquel pedestal formaba un candelero para los días menos solemnes. Las sillas de forma antigua tenian los asientos de tapíz en que estaban representadas las fábulas de La-Fontaine; pero era menester saberlo para conocer el asunto de cada una de ellas; pues los colores se habian deteriorado y las figuras se distinguian dificilmente, estando crivadas de zurcidos. En los cuatro ángulos de la sala habia rinconeras á manera de bufetes, y en frente del paño que separaba las dos ventanas una mesa de juego de dos hojas, en cuya superficie habia pintado un tablero de damas. Encima de la mesa, habia un barómetro oval, con bordaduras negras, adornado con listas de madera dorada, de que habian abusado tan licenciosamente las moscas que el dorado era casi un problema. En la pared frontera á la chimenea colgaban dos retratos que querian representar al abuelo de madama Grandet, M. de La-Bertelliere, vestido de sub-teniente de guardias francesas, y á la difunta madama Gentillet, en traje de pastora. Las dos ventanas tenian cortinas de gorgorán encarnado, con cordones de seda y bor-

las de iglesia. Esta lujosa decoracion, tan poco en armonía con la parcimonia de M. Grandet, habia entrado en la compra de la casa, lo mismo que el espejo y los citados muebles. En la ventana mas cercana á la puerta habia una silla bastante elevada, para que madama Grandet pudiese ver á los que pasaban por la calle: delante de ella un velador, y mas allá la silla donde solia sentarse Eugenia Grandet.

Durante quince años, habian trascurrido pacificamente todos los días de la madre y de la hija, en aquel lugar mismo, en un trabajo constante, desde el mes de abril hasta el de noviembre. El dia primero de este mes podian empezar su estacion de invierno en la chimenea, porque M. Grandet no dejaba encender lumbre en ella hasta aquel dia, y mandaba apagarla el 30 de marzo, sin respeto á los primeros frios de la primavera, ni á los del otoño. Un escalfador en que la buena Mariana ponía el fuego que podia sacar de la cocina, ayudaba á pasar las madrugadas y tardes mas frescas del mes de abril y octubre á la esposa y á la hija de M. Grandet.

Ellas dos lavaban toda la ropa de la casa, y empleaban tan concienzudamente sus días en este verdadero trabajo de criada, que si Eugenia queria bordar una gorguera para su madre debía quitarse las horas del sueño, engañando á M. Grandet para tener luz. Hacia ya mucho tiempo que el avaro la distribuía

por si mismo á su hija y á Mariana. Del mismo modo que cada mañana sacaba tambien el pan y comestibles necesarios al consumo del dia.

Mariana era acaso la sola criatura humana capaz de sobrellevar el despotismo de su amo. Todo Saumur se la envidiaba. Erase una moza de cinco pies y ocho pulgadas de talla, que servia á M. Grandet hacia ya treinta y cinco años. Aunque su sueldo no pasaba de sesenta libras, era tenida por una de las criadas mas ricas de Saumur. Estas sesenta libras acumuladas en treinta y cinco años, le habian permitido poner poco antes en vitalicio cuatro mil libras en poder del notario Cruchot. Este resultado de las largas y continuas economías de Mariana pareció gigantesco, y cada criada la tenia envidia, sin pensar en la dura servidumbre que habia costado á la pobre sexajenaria el pan de la ancianidad. A la edad de veinte y dos años la infeliz moza no encontraba casa donde servir á causa de su repugnante cara; y este sentimiento era por cierto bien mal fundado, pues su rostro habria caido perfectamente sobre las espaldas de un soldado de la guardia; pero en todas cosas viene bien el propósito. Obligada á abandonar una quinta incendiada en que guardaba ganado, fuése á Saumur, y animada de aquel robusto valor que todo lo arrostra, buscó donde servir.

El tio Grandet pensaba entonces casarse, y queria arreglar ya su menaje: vió á aquella muchacha

echada de puerta en puerta, y juzgando su fuerza corporal en calidad de tonelero, adivinó todo el partido que podia sacar de una hembra cortada á lo Hércules, que sabia tenerse sobre sus plantas como una encina de sesenta años sobre sus raices, y cuya prohibidad era vigorosa como su intacta virtud. Ni las berrugas, ni el color de ladrillo de aquel rostro marcial, ni los membrudos brazos, ni las manos de carretero, ni los harapos de la pobre Mariana espantaron al tonelero, que entonces se encontraba en la edad en que el corazon palpita fuertemente. Visitó, calzó, y alimentó á la pobre muchacha, la dió su sueldo, y ocupóla sin tratarla mal.

Viéndose tan bien acogida, Mariana lloró de gozo en secreto y afeccionóse sinceramente al tonelero, que por otra parte la explotó feudalmente. Mariana lo hacia todo, arreglaba la cocina, iba á lavar la ropa en el Lóira, y la volvia á cuestras; levantábase á punta de dia y se acostaba tarde; hacia la comida para todos los vendimiadores durante la cosecha; guardaba como un perro los bienes de su amo, y llena de una ciega confianza en él, obedecíale sin murmurar aun en los caprichos mas impertinentes. En el año famoso de 1818, despues de veinte años de servicio, M. Grandet resolvió regalar á Mariana su antiguo reloj, única prenda que pudo adquirir de sus manos. Aunque le abandonaba sus zapatos viejos, (bien podia calzarlos) es imposible considerar el provecho trimestral de

aquellos zapatos de M. Grandet como una fineza, por lo usados que estaban. La necesidad hizo á la muchacha tan avara que M. Grandet habia llegado á quererla como se quiere á un perro, y Mariana se habia dejado meter un collar guarnecido de clavos, cuyas punzadas soportaba con la mayor resignacion.

Si M. Grandet cortaba el pan con un poco de pacimonia, no se quejaba; disfrutaba alegremente de los provechos hijiánicos del réjimen severo de la casa, en la que jamas hubo un enfermo; Mariana hacia parte de la familia: reia cuando reia M. Grandet; se entristecia, se helaba, se calentaba, trabajaba con él: ¡Qué suaves recompensas retraia de esta igualdad! Jamas el amo habia reprendido á la criada, ni por cojer un racimo de la viña, ni por haber comido una fruta caida de un árbol.

— Vamos, aprovéchate, Mariana, solia decirle cuando las ramas se doblaban al peso de los frutos que los arrendadores se veian obligados á dar á los cerdos.

La equívoca sonrisa del tio Grandet era un verdadero rayo de sol para una moza campesina, que en toda su juventud no habia tenido mas que maltratamientos: y por otra parte, el sencillo corazon y la angosta cabeza de Mariana no podian contener mas que un pensamiento y una idea.

Hacia treinta y cinco años que iba siempre al leñero del tio Grandet, descalza y en harapos, y oia

que el tonelero la decia de continuo: ¿Qué quieres, buena moza? Y su reconocimiento era siempre juvenil.

Algunas veces M. Grandet pensaba que aquella pobre criatura no habia oido jamas ninguna palabra alagüeña, que ignoraba todos los dulces sentimientos que inspira la mujer, y que debia comparecer algun dia delante de Dios, tan casta y pura como habia nacido: movido entónces de piedad la decia: ¡Pobre Mariana!

A esta palabra *pobre Mariana* respondia esta con una mirada indefinible. Esta espresion, dicha de tiempo en tiempo, habia formado entre amo y criada una cadena de amistad no interrumpida, á la cual añadia un eslabon cada exclamacion de aquellas. Esta piedad puesta en el corazon de M. Grandet, y bien recibida siempre por su sirviente, tenia algo de horrible. Esa piedad atroz, que revelaba mil placeres en el corazon del avaro, era para Mariana todo el colmo de su felicidad. Quién pues no dirá igualmente: *pobre muchacha!* Dios reconocerá á sus ángeles en las inflecciones de su voz y en sus misteriosos afectos.

Habia en Saumur infinidad de menajes en que los criados estaban mejor tratados sin ser por eso mas estimados los amos. De aquí se suscitó esta pregunta:

—¿Qué le han dado á la criada los Grandet que les es tan afecta? Por ellos se arrojaría á las llamas.

Su cocina cuyas enrejadas ventanas daban á la calle, estaba siempre aseada, limpia, fresca, como verdadera

cocina de avaro en que nada se debe desperdiciar. Despues de haber fregado la vajilla, encerraba los restos de la comida, apagaba el fuego, y se salia de la cocina, separada de la sala por un corredor, para ponerse á hilar cáñamo al lado de sus amas. Una sola vela bastaba para toda la familia. La criada dormia en lo último del corredor, en una especie de nicho, alumbrado por una luz muy escasa. Su robusta salud le permitia habitar aquel lugar, desde donde podia oír cualquier ruido, por el profundo silencio que reinaba día y noche en la casa. A la manera del vigilante perro, debia dormir solamente de una oreja y descansar velando.

La descripcion de las demas partes de la casa se enlazará á los acontecimientos de esta historia. Por otra parte, el bosquejo de la sala, en que brillaba todo lo mas lujoso del ajuar, puede dar á conocer la desnudez de los cuartos superiores.

En 1819, Mariana no encendió fuego por primera vez en la chimenea hasta el 17 de noviembre, á causa de que el Otoño habia sido muy bueno. Aquel día lo era uno de fiesta, bien conocido de los cruchotinos y grassinistas. Asi los seis antagonistas se prepararon completamente para presentarse en la sala y sobrepujarse en pruebas de amistad.

Por la mañana todo Saumur habia visto á madama Grandet y á su hija, al ir á oír misa en la iglesia parroquial, acompañadas de Mariana, y cada cual

se acordó que aquel día era el cumpleaños de Eugenia. Por esto, calculando la hora en que debia acabarse la comida, despachábanse maese Cruchot, el abate Cruchot y M. C. de Bonfons, para llegar á cumplimentar á la señorita Grandet, ántes que los de la familia Grassins. Los tres llevaban enormes ramilletes de flores, y el presidente habia envuelto ingeniosamente el mango del suyo con una cinta blanca ensatinada, adornada con una trenzilla de oro.

Por la mañana M. Grandet, siguiendo la costumbre adaptada para los dias memorables del nacimiento y fiesta de Eugenia, fué á sorprenderla en la cama y ofrecerla solemnemente su regalo paternal, que consistia hacia ya trece años, en un napoleon de oro de cuarenta francos.

Madama Grandet solia regalar á su hija un vestido de invierno ó de verano, segun las circunstancias. Aquellos dos vestidos, los ochenta francos, y otras dos monedas de oro que solia recoger el día primero del año y el de la fiesta de su padre componíanla una pequeña renta de cien escudos poco mas ó menos, que M. Grandet se alegraba de vérsela reunir. Esto era pasar su dinero de una caja á otra, ó por decirlo así, poner en aprendizaje á la jóven heredera, á quien de vez en cuando pedian cuenta de su peculio, al que habian dado creces los señores de La Bertellière, diciéndola:

— Esto será tu *docena* de matrimonio.

La *docena* es un uso antiguo, que está en vigor aun y se ha conservado santamente en algunos países del centro de la Francia. En Berry y en Anjou, cuando una jóven se casa, su familia ó la de su esposo debe darla una bolsa en que haya, segun las riquezas, doce ó doce docenas ó docecientas monedas en oro ó plata. La mas pobre pastora no daría la mano á su novio sin recibir su docena, aunque no fuese mas que de gruesos sueldos.

Háblase en Issoudun de no se qué *docena* ofrecida á una rica heredera, que contenia ciento cuarenta y cuatro portugueses en oro. El papa Clemente, tío de Catalina de Medicis, al casarla con Enrique II, le hizo presente de una docena de medallas de oro antiguas, del mayor valor.

Durante la comida, alegre y gozoso el padre de Eugenia de verla mas hermosa con su vestido nuevo, exclamó:

— Ya que es hoy la fiesta de Eugenia, hagamos fuego en el hogar; esto será de buen agüero.

— La señorita se casará dentro de un año, esto es fijo, dijo Mariana al tiempo de llevarse los restos de un ansar, que es el faisán de los toncleros.

— No veo en Saumur un partido que la corresponda, respondió madama Grandet, mirando á su marido con aire tímido, que á su edad anunciaba la entera servidumbre conyugal, bajo que jemía la pobre mujer.

M. Grandet contempló á su hija, y dijo con alegría:

Hoy cumple veinte y tres años, y luego será menester pensar en ella. Eugenia y su madre se echaron silenciosamente una mirada de inteligencia.

Madama Grandet, flaca y seca, amarilla como un cohombro, desmañada y lenta, era una de esas mujeres que parecen haber nacido para estar tiranizadas. Eran grandes sus huesos, grande su nariz, grande su frente, grandes sus ojos, y á primera vista tenia una vaga semejanza con aquellos frutos marchitos, que han perdido el sabor y el jugo. Sus dientes eran negros y ralos, su boca rugosa y su barba hecha á manera de galápago. Erase una buena mujer, y antes de casarse se llamaba de la Bertellière. El abate Cruchot sabia hallar ocasiones en que decirle que no habia sido mala, y ella lo creia. La buena señora se hacia compadecer y respetar de todos por una dulzura anjelical, por una resignacion de insecto atormentado de niños, por una piedad rara, por una inalterable igualdad de alma, y por su buen corazon.

Su marido no le daba mas de seis francos para sus gatillos. Aunque ridícula en apariencia, aquella mujer, que en dotes y sucesiones habia llevado á su marido trescientos mil francos, se habia sentido siempre tan profundamente humillada de una dependencia y sujecion, contra la cual la dulzura

de su alma le impedía rebelarse, que jamas habia pedido ni un sueldo, ni hecho una observacion sobre las escrituras que el notario Cruchot le presentaba para firmar. Este orgullo secreto, esta nobleza de alma, siempre desconocida y ajada por M. Grandet, dominaba la conducta de aquella mujer.

Llevaba constantemente un vestido de levantina verde, que solia durarla cerca de un año, un pañuelo de algodón, un sombrero de paja cosida, y un delantal de tafetan negro: como salia poco de casa, gastaba poco en calzado; en una palabra, no queria nada para sí. Por esto, mas de una vez sentia remordimientos M. Grandet, y acordándose de la última vez que habia dado seis francos á su mujer, la estipulaba ahujetas para cuando vendiese las cosechas anuales. Los cuatro ó cinco luises ofrecidos por el holandés ó belga, comprador de la vendimia de Grandet, eran la renta mas regular de aquella buena señora.

Pero asi que los habia recibido, su marido solia decirla frecuentemente, como si su bolsillo fuese comun:

—¿Tienes algunos sueldos que prestarme?

Y la pobre mujer, contenta de poder hacer algo para un hombre que el confesor la representaba como su señor y dueño, le volvia durante el invierno algunos francos de su dinero de ahujetas.

Cuando M. Grandet sacaba de su bolsillo la mo-

neda mensual de cinco francos para pequeños gastos, hilo, agujas, y la *toilette* de su hija, no olvidada jamas de decir á su mujer, despues de haberse abotonado la faltriguera:

—¿Y tú quieres algo?

—Amigo mio, respondia madama Grandet por un sentimiento de dignidad maternal, *ya veremos*.

Pero esta respuesta sublime, no era entendida, y Grandet se creia jenerosísimo con su mujer. Los filósofos que encuentran Marianas, Eugénias y madamas Grandet ¿no tienen derecho de inferir que la ironía es el fondo del carácter de la providencia?

Despues de aquella comida, en que por primera vez se trató del matrimonio de Eugénia, Mariana despues de haber encendido fuego, fué á buscar una botella de *cassis*! en el cuarto de M. Grandet, y faltó poco que no cayese al bajar.

—Gran bestia, dijo el amo; que tú tambien te dejarás caer como cualquiera?

—Señor, no tengo yo la culpa, sino este escalon que balancea.

—Tiene razon, dijo madama Grandet, debias haberlo mandado componer ya. Ayer, á poco mas Eugénia se echa á perder el pié.

—Toma, dijo M. Grandet á Mariana, viéndola pálida, puesto que es el cumpleaños de Eugénia y que te ha faltado poco para caer, toma esa copita de *cassis*.

— A fe que me lo he ganado bien; respondió la criada: en mi lugar otros habrían dejado caer la botella; yo antes me habria roto el codo pora tenerla al aire.

— Pobre Mariana! dijo M. Grandet, echándola el *cassis* en la copa.

— ¿Te has hecho mal? la preguntó Eugenia, mirándola con interes.

— No, porque me he detenido con la espalda.

— Bien, pues ya que es hoy el cumpleaños de Eugenia, voy á componer ese escalon. Vosotras no sabéis poner el pie en la parte que está sólida todavía.

M. Grandet tomó la vela, dejó á su mujer, á su hija y á la criada sin otra luz que la que se desprendia de las llamas del hogar, y fuése á buscar en el horno ladrillos, clavos y otros utensilios.

— ¿Quiere V. que le ayude? le gritó la criada, oyéndole golpear en la escalera.

— No, no, ya me entiendo yo de eso, respondió el anciano tonelero.

En este momento en que M. Grandet arreglaba él mismo la escalera carcomida, y silbaba acordándose de sus años juveniles, llamaron á la puerta los tres Cruchot.

— ¿Es V., señor Cruchot? dijo Mariana, mirando por la rejilla.

— Si, respondió el presidente.

Mariana abrió la puerta, y el resplandor del ho-

gar, que reflejaba sobre la bóveda, permitió á los tres Cruchot reconocer la entrada de la sala.

— Ah, ¡ estan ustedes de fiesta! exclamó Mariana, oliendo la fragancia de las flores.

— Escúsenme ustedes, señores, gritó Grandet conociendo las voces de sus amigos, estoy con ustedes. Yo no tengo vanidad, estaba arreglando un escalon de esta escalera.

— Continue, continue V., señor Grandet, *el carbonero es rey en su casa*, dijo sentenciosamente el presidente, riéndose interiormente de la alusion de su frase que nadie comprendió.

Madama y la señorita Grandet se levantaron. Entónces el presidente, aprovechándose de la obscuridad, dijo á Eugenia:

— Permítame V. señorita, que en este dia, que recuerda el del nacimiento de V., la desee una serie de años felices, y la continuacion de la salud de que V. goza.

OfreciÓla un gran ramillete de flores raras en Saumur, y cojiéndola luego por los codos, le dió un beso en cada lado del cuello, con una amplitud y complacencia que avergonzaron á Eugenia. El presidente, que semejava un gran clavo lleno de orin, pensaba *hacer su corte* de esta manera.

— No se incomoden ustedes, dijo Grandet al entrar. ¡ Que guapo va V. los dias de fiesta, señor presidente!

—Es que con esta señorita, todos los días lo serían de fiesta para mi sobrino, respondió el abate Cruchot, ofreciendo su ramillete, y besó la mano de Eugenia.

Por lo que toca á maese Cruchot, abrazó buenamente á Eugenia y la besó las mijillas diciendo:

—¡Como pasa el tiempo! cada año doce meses.

M. Grandet volvió á colocar la luz en frente del cartelón de la chimenea y como cuando una idea le parecía jocosa no se cansaba de repetirla hasta saciarse, dijo:

Ya que hoy es la fiesta de Eugenia, encendamos los velones.

Sacó con cuidado las ramas de los candelabros, puso la palita en cada pedestal, tomó una vela de manos de Mariana y envolviéndola con papel por un cabo, la metió en el ahujero, la apretó, encendióla y volvió á sentarse cerca de su mujer, mirando alternativamente á sus amigos, á su hija y á las dos velas.

El abate Cruchot, hombre pequeño, gordo, rollizo, con peluca rubia y cara de vieja alegre, adelantó sus pies, bien calzados en fuertes zapatos, adornados de hebillas de plata, y dijo:

—¿Los de Grassins no han venido?

—Todavía no, respondió Grandet.

—¿Pero vendrán? preguntó el viejo notario haciendo muecas con su cara tan llena de pecas como una espumadera de ahujeros.

—Creo que sí, respondió madama Grandet.

—¿Ha terminado V. su vendimia? preguntó el presidente de Bonfons á M. Grandet.

—¡En todas partes! contestó el viñador, levantándose para pasear á lo largo de la sala y alzando el toraz con un movimiento lleno de orgullo como la palabra: *por todas partes*.

Entonces, por la puerta del corredor que iba á la cocina vió á Mariana sentada á la lumbre, delante de una luz y que se preparaba para hilar por no mezclarse en la fiesta.

—Mariana, dijo el viejo, adelantándose en el corredor, ¿quieres apagar ese fuego y esa luz, y venirte aquí con nosotros? ¡Pardiez! lugar hay en la sala para todos.

—Pero, señor, hoy hay jente muy distinguida.

—¿Que importa? ¿valen por ventura mas que tu? son hijos de Adan y Eva lo mismo que todos.

Y en seguida fuése hácia el presidente y le dijo:

—¿Ha vendido V. su cosecha?

—A fe mia, no; la guardo todavía. Si ahora el vino es bueno, dentro dos años será mejor. Todos los propietarios, vos lo sabeis bien, se han jurado atenerse á los precios convenidos; y este año los Belgas no van á ganarnos. Si se vuelven, mejor; ellos volverán.

—Sí, mas tengámonos firmes, dijo M. Grandet con un tono que hizo estremecer al presidente.

—¿Si habrá contratado?... discurrió Cruchot.

En este momento un golpe en la puerta anunció la familia de Grassins, y su llegada interrumpió una conversacion empezada entre madama Grandet y el abate Cruchot.

La señora de Grassins era una de esas mujeres pequeñas, vivarachas, gordiflonas, blancas y coloradas, que, gracias al réjimen claustral de las provincias y á las costumbres de una vida virtuosa, se conservan todavía jóvenes á los cuarenta años. Esas mujeres son como las últimas rosas del otoño, cuya vista causa placer, mas que en pétalos tienen un no sé qué de frialdad, y cuyo perfume se halla debilitado. Esta se presentaba bastante bien, se hacia venir las modas de Paris, daba el tono á Saumur y tenia en su casa reuniones.

Su marido, antiguo cuartel-maestre de la guardia imperial, gravemente herido en Austerlitz, y retirado, conservaba, á pesar de la consideracion que tenia á M. Grandet, la aparente franqueza de los militares.

— Buenos dias, Grandet, dijo al viñadero, alargándole la mano, y afectando una superioridad que humillaba á todos los Cruchots.

— Señorita, dijo dirijiéndose á Eugenia, despues de haber saludado á madama Grandet, sois tan buena y tan hermosa, que no sé que desearos.

En seguida presentó una cajita que su criado llevaba y en que iba encerrada una flor traída poco antes á Europa y muy rara.

Madama de Grassins abrazó muy afectuosamente á Eugenia, tomándola la mano, y la dijo:

— Adolfo se ha encargado de presentarla á V. mi recuerdo.

Y se presentó en seguida un jóven rubio, delgado, pálido, de buenas maneras, tímido al parecer, pero que acababa de gastar durante su curso de derecho ocho ó diez mil francos á mas de su pension, y adelantándose hácia Eugenia, la besó en ambas mejillas y la ofreció una cajita de almohadilla, cuyos utensilios eran de plata en vermellon, verdadera mercadería de pacotilla, á pesar de que el escudo en que estaban bastante bien gravadas una *E*, y una *G*, góticas, podia hacer creer un trabajo de consideracion.

Sin embargo Eugenia sintió al abrirla uno de aquellos goces inesperados y completos, que hacen ruborizar, estremecer y temblar de placer á una jóven. Dió una mirada á su padre, como para saber si le era permitido aceptar, á que M. Grandet contestó con un *«Toma hija mia»* cuyo acento ningun actor sería capaz de adivinar.

Los tres Cruchot quedaron estupefactos al ver la mirada viva y alegre que echó á Adolfo de Grassins la heredera á quien tal riqueza la pareció inaudita. Monsieur de Grassins ofreció una toma de tabaco á madama Grandet y quedándose él con otra, sacudió los granitos que habian caído sobre la cinta de la Legion de honor atada á un ojal de su casaca azul,

y luego contempló á los Cruchot con un aire que parecía decirles:

— Chupaos esa.

Mma. de Grassins echó la vista á los bOCALES azules donde estaban los ramilletes de los Cruchot con la fingida buena fe de una muger burlona. En esta delicada conjetura el abate Cruchot hizo sentar á los recién venidos en redor del hogar y fué á pasear con M. Grandet por el fondo de la sala, y cuando estuvieron delante de la ventana mas apartada, le dijo al oído:

— Esa jente echa el dinero por la ventana.

— Y qué importa, si cae en la bodega, respondió el viñador.

— Si V. quisiese dar tijeras de oro á su hija no le faltan medios para ello.

— Otra cosa le doy que vale mas que tijeras.

— Mi sobrino es un alma de cántaro, pensó el abate viendo al presidente con el pelo desgreñado que aumentaba todavía la mala gracia de su fisonomía morena. No pudiera inventar ahora cualquier tontería que tuviese su valor!

— Vamos á hacer el partido de V., Señora Grandet, dijo la de Grassins.

— Estamos todos reunidos y podemos poner dos mesas...

— Ya que hoy es la fiesta de Eugenia haced general el juego y que entren tambien estos dos jóve-

nes. Y el tonelero que no jugaba jamas á ningun juego, señaló á su hija y á Adolfo.

— Mariana, vamos, por las mesas.

— Nosotros te ayudaremos, *Marianita*, dijo alegremente la Señora de Grassins, contentísima de haber dado gusto á Eugenia.

— En mi vida he estado tan contenta; dijo la heredera, nunca habia visto cosa tan bonita.

— Adolfo es quien la ha traído de Paris y quien la ha escojido, añadióla la de Grassins al oído.

— Sigue tu camino, enredadora del demonio! decía el presidente, si te llego á cojer alguna vez á tí ó á tu marido, mal negocio habeis de tener.

El notario sentado en un rincon, miraba al abate con mucha calma y pensaba:

— Los de Grassins trabajan en vano, mi fortuna, la de mi hermano y la de mi sobrino montan á un millon y cien mil francos. Si Grassins tiene la mitad, es todo lo mas que puede tener. Luego tiene tambien una hija. Ya pueden ofrecer lo que quieran, que heredera y regalos serán despues para nosotros.

A las ocho y media de la noche habia dos mesas preparadas. La linda señora de Grassins habia llegado á colocar á su hija al lado de Eugenia. Los actores de esta escena, llena de interés aunque vulgar en apariencia, provistos de cartones de diferentes colores y de fichas de vidrio azul, parecian escuchar las agudezas del viejo notario, que no sacaba

número alguno sin acompañarlo de una observacion; pero todos pensaban en los millones del señor Grandet.

Este contemplaba vanidosamente las plumas rosadas de la señora de Grassins y su vestido, la cabeza marcial del banquero, la de Adolfo, al presidente, al abate y al notario, diciéndose interiormente:

— Todos buscan mi bolsillo. Vienen á incomodarse aquí por mi hija, y esta no será ni para los unos ni para los otros.

Esta alegría de familia, en aquel antiguo y ceniciento salon, mal alumbrado por dos velas; aquella risa que Mariana acompañaba con el ruido de su tornillo, y que no era sincera mas que en la boca de Eugenia ó de su madre; aquella pequeñez unida á tan grandes intereses; aquella doncella, que parecida á esas aves tan buscadas, víctimas del elevado precio que se las da y que ellas ignoran; se hallaba rodeada y llena de pruebas de amistad, de la cual era ella el objeto primordial; todo esto contribuía á hacer mas tristemente cómica aquella escena. Pero como esta las ha habido en todos tiempos y lugares, con sola la diferencia de que aquella estaba reducida á su mas simple expresion. La figura de M. Grandet, calculando el falso afecto de las dos familias y sacando de él enormes provechos, dominaba y aclaraba aquel drama. Dejaba de ser por

ventura el único dios moderno en quien se tiene fe, *el Dinero* en todo su poder, entronizado sobre una sola fisonomía?

Los dulces sentimientos de la vida no ocupaban allí mas que un lugar secundario, no animaban mas que tres corazones puros: los de Mariana, de Eugenia y de su madre. ¡Cuanta ignorancia habia en su sencillez! Las dos últimas no sabian nada de la fortuna de Grandet; miraban las cosas de la vida al trasluz de sus pálidas ideas, y no apreciaban ni despreciaban el dinero, estando acostumbradas, á pasar sin él. Sus sentimientos ajados, pero vivos, y el secreto de su existencia hacian de ellas curiosas excepciones, en aquella reunion de jentes, cuya vida era puramente material. ¡Terrible condicion del hombre! ni una sola felicidad tiene, que no provenga de alguna ignorancia. En el momento en que madama Grandet acababa de ganar un lote de diez y seis sueldos, el mas considerable que se hubiese jamas jugado en aquella sala, y mientras Mariana reia de placer viendo como su ama embolsaba aquella rica suma, dieron un grande aldabazo en la puerta de la calle, á cuyo ruido las señoras se levantaron de las sillas.

— No es de Saumur el que llama así, dijo el notario.

— Qué manera de llamar? dijo Mariana. Parece que quieran derribar la puerta.

—¿Quién diablos puede ser? exclamó M. Grandet. Mariana tomó una de las dos velas, y acompañada de su amo, bajó á abrir.

—Grandet! Grandet! gritó su mujer, que movida por un sentimiento de miedo, se abalanzó hácia la puerta de la sala.

Todos los jugadores se miraron entre sí.

—Debiéramos ir todos, dijo de Grassins; este al-dabazo no me cuadra; y M. Grassins pudo distinguir apénas la figura de un jóven, acompañado de un factor de mensajerías, que llevaba dos grandes malas, y arrastraba dos sacos de noche. M. Grandet volvióse bruscamente á su muger y la dijo:

—Vuélvete à tu lotería: déjame con este caballero. Y cerró fuertemente la puerta de la sala, donde los jugadores ajitados volvieron á tomar sus asientos sin continuar el juego.

—Grassins, le preguntó su mujer, ¿es alguno de Saumur?

—No; es un viajero.

—No puede venir mas que de Paris. Y en efecto, repuso el notario, sacando su antiguo reloj de gran calibre, parecido á un barco holandés, ya son las nueve. ¡Peste! la diligencia del gran despacho no se retarda jamas.

—¿Ese caballero es jóven? preguntó el abate Cruchot.

—Si; respondió M. de Grassins. Trae un bagaje

que debe pesar á lo menos trescientos kilos. (9)

—Mariana no vuelve, dijo Eujenia.

—No puede ser mas que un pariente de ustedes, continuó el presidente.

—Hagamos las puestas, insinuó con dulzura la señora Grandet; pues por su voz, conozco que Grandet se incomoda, y acaso es porque no querrá que hablemos de sus negocios.

—Señorita, dijo Adolfo á su vecina, debe ser sin duda vuestro primo Grandet, hermoso jóven á quien he visto alguna vez en los bailes del mariscal Oud... Adolfo no continuó porque su madre le pisó el pié y luego pidiéndole en alta voz dos sueldos para la puesta, díjole luego al oído, ¿quieres callar, gran majadero?

En seguida M. Grandet entró sin la criada cuyos pasos y los del factor resonaron en la escalera. Iba seguido de un viajero que, despues de algunos instantes, escitó tanta curiosidad, preocupó tan vivamente las imajinaciones, que su llegada á aquella casa, y su entrada en la reunion, no puede compararse mas que á un caracol caido dentro de una colmena, ó á la introduccion de un pavo en algun oscuro patio de una aldea.

—Sentaos aquí al hogar, le dijo M. Grandet.

Mas antes, el jóven extranjero saludó á toda la reunion. Los hombres se levantaron para corresponder con una inclinacion de urbanidad, y las mujeres le hicieron una reverencia ceremoniosa.

—Sin duda tiene V. frío, caballero, tal vez llega V. de.....

—Hé aquí lo que sois las mujeres, dijo el viejo viñero, dejando la lectura de una carta que tenia en la mano, dejadle reposar.

—Pero, padre mio, ¿el señor necesitará de alguna cosa? observó Eugenia.

—Buena lengua tiene, respondió groseramente el viñero.

El desconocido fué el solo que se sorprendió de esta escena; los demas estaban ya acostumbrados á las maneras despóticas del buen Grandet. Con todo eso, tras esas dos preguntas y respuestas, el desconocido se levantó, presentó la espalda al fuego, levantó uno de sus pies para calentar la suela de sus botas, y dijo á Eugenia:

—Prima mia, mil gracias, he comido ya en Tours, y añadió mirando á M. Grandet, no tengo falta de nada, pues ni cansado estoy.

—¿Viene V. de la capital? preguntó madama de Grassins.

Carlos, así se llamaba el hijo del señor Grandet de Paris, oyendo que le preguntaban, tomó un lente que llevaba colgado de una cadena y lo aplicó sobre el ojo derecho, para examinar lo que habia sobre la mesa y á las personas que estaban sentadas, miró asaz impertinente á madama de Grassins, y despues de haberlo visto todo, respondió—
si señora.

—Juegan ustedes á la lotería, ¿no es verdad, querida tia? añadió luego. Continuen ustedes, pues el juego es demasiado divertido para dejarlo...

—Segura estaba yo que era el primo, pensó madama de Grassins, echándole furtivas miradas.

—¡Cuarenta y siete! gritó el abad: marque V., señora de Grassins ¿no tiene V. ese número?

M. de Grassins puso una ficha sobre el carton de su mujer, que sintiendo tristes presentimientos, no dejaba de mirar á Eugenia y á su primo de Paris, sin pensar en la lotería. De tiempo en tiempo la jóven heredera miraba furtivamente á su primo, y la mujer del banquero pudo descubrir facilmente en aquellas miradas un *crescendo* de admiracion ó de curiosidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFO" 40
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO





EL PRIMO DE PARIS.

Carlos Grandet gallardo joven de veinte y dos años, producía en aquel momento un singular contraste con los provinciales que le rodeaban, á quienes sus modales aristocráticos resentían algun tanto, mientras que para mofarse de él se lo estudiaban aquellos. Esto requiere una esplicacion.

A los veinte y dos años los jóvenes estan todavía asaz vecinos de la infancia para dejarse arrastrar por puerilidades. Así pues no se hubiera encontrado quizá entre cien jóvenes uno que no se hubiese conducido femenino y coquetamente como Carlos Grandet. Algunos dias antes del de esta reunion, su padre le

habia dicho que pensaba enviarle á pasar algunos meses con su hermano de Saumur. M. Grandet de Paris quizá entónces pensaba ya en Eugenia. Carlos que iba á vivir en Provincia por primera vez, pensó presentarse con la superioridad de un jóven á la moda y desesperar con su lujo á todo el pueblo que habitase, formar época en él y llevarle las invenciones de la vida parisiense. En fin, para decirlo todo en una palabra, queria pasar en Saumur mas tiempo en limpiarse las uñas que no en Paris, y afectar el excesivo rigor de lujo que á veces un jóven elegante abandona por negligencia y que no carece de gracia.

Así pues, Carlos llevó en su equipaje el mas bonito vestido de caza, el mas bonito fusil, el mas bonito cuchillo, con la mas bonita vaina de Paris. Llevóse su coleccion de chalecos los mas ingeniosos: teníalos grises, blancos, negros de tornasol, de color de escarabajo, de color de paja, chinescos, dobles, de cuello alto, de cuello doblado, abiertos y abotonados de arriba á bajo, con botones de oro, etc. No olvidó ninguna variedad de cuellos y corbatas que estuviesen en boga entónces; llevóse dos vestidos de Staub, su ropa blanca mas fina y la hermosa *toilette* de oro que su madre le habia regalado. En una palabra llevóse todas las chucherías de *dandy*, sin olvidarse de un hermosísimo tintero, regalo de la mas amable de las mujeres, para él por lo menos, de una gran señora que él llamaba Anita, que á la sazón viajaba marital

y fastidiosamente en Escocia, víctima de ciertas sospechas, á las que habia sido preciso sacrificar momentáneamente su dicha; y luego una buena cantidad de papel superfino y muy bonito, para escribirla una carta cada quince dias; en fin, un cargamento de futilidades parisienses, tan completo como le habia sido posible, entre las que se encontraban todos los instrumentos aratorios de que se sirve un jóven holgazan para labrar la vida, contando desde el látigo con que se empiezan los desafíos, hasta las cinceladas pistolas con que se terminan. Como su padre le habia dicho que no se llevase á su ayuda de cámara, fué á Saumur solo, en el *coupé* de la diligencia, que se habia guardado para si solo exclusivamente, y no quiso estrenar un hermoso coche de viaje que se habia mandado hacer para ir á recibir á su Anita, la gran señora que... etc. En el prócsimo junio debian reunirse en las aguas de Badeu.

Carlos pensaba encontrar cien personas en casa de su tío, cazar mucho en los hosques, por fin pasar una vida de castillo. (10) Por cierto que no sabia encontrarlo en Saumur, pues no se habia informado de él mas que para preguntar el camino de Froidfont; y para presentarse regularmente, se habia hecho el tocado de viaje mas coquetillo, menos retocado, *mas adorable*, para valernos de la palabra que estaba entónces en boga para reasumir las perfecciones especiales de una cosa ó de un hombre. Un peluquero

le acababa de rizar en Tours los cabellos castaños, allí mismo había mudado de ropas menores y puéstose una corbata de raso negro bien combinada con un cuello de camisa redondo, de modo que adornase agradablemente su blanca y risueña cara. Conterneábase el talle una levita de viaje medio abotonada, que dejaba ver un chaleco de cachemira sobre otro blanco. Su reloj negligentemente metido en una faltriquera, se unia á un ojal, por medio de una cadenilla de oro: su pantalon ceniciento se abotonaba por los lados, cuyas costuras estaban adornadas de dibujos bordados con seda negra: luego llevaba una caña cuyo pomo de oro no alteraba nunca la frescura de sus guantes amarillos, y su gorro era de un gusto delicado.

Un parisiense, y solo un parisiense de la esfera elevada, podía ajenciarse así sin parecer ridículo y dar cierta armonía de fatuidad á esas frivolidades, que iban acompañadas por otra parte de un aire de importancia y orgullo, el aire de un jóven que tiene hermosas pistolas, buena puntería y una Anita.

Si ahora se quiere comprender bien la sorpresa respectiva de los saumurenses y del parisiense, y ver la viva luz que la elegancia del viajero echó entre las obscuras sombras del salon y de las figuras que componian el cuadro de familia, representese cualquiera á los Cruchot. Los tres tomaban tabaco y hacia rato que no pensaban en que el polvo que

les caia de los dedos ensuciaba sus rojizas camisas de cuellos altos y de pliegues amarillentos. Sus corbatas flojas se ponian hechas una cuerda en seguida que se las ataban y como la enorme cantidad de ropa que tenian, les permitia no hacer colada mas que de medio año en medio año, el tiempo la imprimia sus tintes cenicientos y viejos. En los tres habia un dejo de mala gracia y de senectud que se dejaba vislumbrar desde luego, y sus caras, tan marchitas como rapados sus vestidos y tan rugosas como sus pantalones, parecian gastadas, contraídas y como que hiciesen muecas.

La negligencia jeneral de los demas vestidos, incompletos todos y sin aliño, como suelen serlo las *toilettes* de provincia, en donde unos por otros llegan á no vestirse y á escatimar el valor de un par de guantes, concordaba con el descuido de los Cruchot. Los grassinistas y los cruchotinos acaso no estaban acordes mas que en este punto.

Así que el parisiense tomaba su lente para examinar los singulares accesorios de la sala, las vigas del techo ó los puntos que las moscas habian dejado en las paredes, que habrian bastado para puntuar toda la Enciclopedia metódica y el Monitor, en seguida levantaban la vista los jugadores y se lo miraban con tanta curiosidad, como habrian mostrado para ver la jirafa. (11) M. de Grassins y su hijo, á quienes la figura de un jóven á la moda no era

desconocida, participaron no obstante de la admiración de los demás, ya porque experimentasen la indefinible influencia del sentimiento jeneral, ó bien porque lo aprobasen diciendo á sus compatriotas con miradas llenas de ironía:

— Ved ahí como son en Paris todos ellos.

Por otra parte cada cual podia observar á Carlos á sus anchuras sin miedo de disgustar al amo de casa. Este se hallaba absorto en la lectura de la larga carta que acababa de recibir, y para leerla habia tomado la única luz que habia sobre la mesa sin cuidar de sus huéspedes, ni de su diversion:

Eugenia á quien un tipo de semejante perfeccion, ya en el traje ó bien en la persona era enteramente desconocido, creyó ver en su primo á una criatura bajada de alguna region seráfica. Respiraba con delicia el perfume que escalzaba aquella brillante cabellera tan graciosamente rizada, habria querido poder tocar la blanda piel de sus guantes de cabritilla, envidiaba la pequeñez de las manos de Carlos, su color, su frescura y la delicadeza de sus facciones. Por último, si es que esta comparacion puede abarcar las impresiones que el jóven elegante produjo sobre una jóven sencilla, ocupada siempre en zurcir medias y remendar camisas, que habia pasado la vida bajo de aquellos viejos artesones, sin ver pasar por la calle, mas que á una persona por hora: la vista de su primo hizo sentir á su corazon las emociones de

delicada voluptuosidad que causan á un jóven las fantásticas figuras de mujer dibujadas por Westall en los Keapseakes (8) ingleses y gravadas tan habilmente por los Finden, que se teme soplar sobre la vitela, de miedo que desaparezcan aquellas celestiales apariciones.

Carlos sacó de su bolsillo un pañuelo bordado por la gran señora que viajaba en Escocia.

Al ver Eugenia aquel hermoso trabajo hecho por el amor durante las horas perdidas por el amor, miró á su primo como para saber si en realidad iba á servirse de él. Las maneras de Carlos, sus jestos, su modo de tomar el lente, su afectada impertinencia, su desden por el cofrecillo que tanto placer habia causado á la rica heredera y que él encontraba evidentemente ridículo ó sin valor; en fin todo lo que sorprendia á los Cruchot y á los Grassins le gustaba á ella tanto, que antes de dormirse debió soñar largo rato con aquel *fenix* de los primos.

Los números de lotería se sacaban ya muy lentamente, pero luego se detuvo el juego. Entró Mariana y dijo en alta voz:

— Señora, será menester sacar sábanas para hacer la cama á ese caballero.

La señora Grandet se levantó, siguió á Mariana, y la de Grassins dijo en voz baja:

— Dejémonos de jugar y guardemos nuestros sueldos.

Cada cual tomó los dos suyos en el platillo donde los habian puesto y la reunion se removió en masa, y acercóse al fuego.

— ¿Han acabado ustedes ya? dijo M. Grandet, sin dejar la carta.

— Si, si, respondió la señora de Grassins yéndose á sentar cerca de Carlos.

Eugenia movida por uno de aquellos pensamientos que nacen en el corazon de las jóvenes, cuando por primera vez se abriga en él un pensamiento, salió de la sala para ir á ayudar á su madre y á Mariana. Si la hubiese examinado un confesor hábil, le habria confesado sin duda que no pensaba ni en una ni en otra, sino que estaba acosada por un gran deseo de inspeccionar el cuarto de su primo, para ocuparse de Carlos, para colocar cualquier cosa, para prevenir un olvido, preveerlo todo, y hacerlo tan elegante y conforme como fuese posible. Eugenia se creia ya la única capaz de comprender los gustos é ideas de su primo.

En efecto, llegó bien á sazón para probar á su madre y á Mariana, que pensaban haberlo hecho todo, que aun no habian hecho nada. Empezó por advertir á Mariana, que era menester calentar la cama; cubrió por sí misma una mesa vieja con un tapete, encargando á Mariana que lo cambiase todos los dias; hizo ver á su madre la necesidad de encender un buen fuego en la chimenea, y

determinó á Mariana á que sin decir nada á su padre, dejase un buen monton de leña en el corredor. Fuese luego á buscar en una rinconera de la sala un plato de antigua laca, que provenia de la sucesion del difunto M. Bertelliére, tomó igualmente un vaso polígono de cristal, una cucharita mal dorada, un flasco antiguo en que habia grabados unos amores, y lo puso todo triunfalmente sobre la chimenea hácia un rincon. Mas ideas le habian ocurrido en un cuarto de hora que desde que estaba en el mundo.

— Mamá, añadió luego, mi primo no podrá soportar el olor de una vela de sebo; no valdria mas que comprásemos otra de cera!

Y fuese lijera como un pájaro á sacar de su bolsillo la moneda de cinco francos que habia recibido para sus gastos en aquel mes.

— Toma, Mariana, ve corriendo.

— Pero! qué dirá tu padre! Esta terrible objeccion la opuso madama Grandet, viendo á su hija que tenia en la mano un azucarero de porcelana de Sevres, que M. Grandet habia adquirido del castillo de Froidfond.

— ¿Y de donde sacarás el azúcar? ¿Estás loca?

— Mamá, donde Mariana compre la vela, podrá comprar tambien azúcar.

— Pero, y tu Padre?

— Y estará muy bien que su sobrino no pueda beber un vaso de agua azucarada? Por otra parte tampoco lo advertirá.

— Tu padre lo ve todo, dijo madama Grandet sacudiendo debilmente la cabeza.

Mariana dudaba, porque conocia bien á su amo.

— Pero ve, Mariana, puesto que hoy es mi fiesta.

La criada soltó una carcajada al oír la primera pulla que habia dicho la señorita, y obedeció.

Mientras que Eugenia y su madre se esforzaban en adornar el cuarto que M. Grandet habia señalado para su sobrino, Carlos era el objeto de las atenciones de madama de Grassins, que le iba trampeando.

— Mucho valor tiene V., caballero, para dejar los placeres de la capital, durante el invierno, y venirse á habitar en Saumur. Pero sino le hacemos á V. mucho miedo, verá que aqui aun puede divertirse. Y lanzóle una verdadera mirada de provincia, donde por costumbre, ponen las mujeres tanta reserva y modestia en sus ojos, que les comunican la golosa concupiscencia particular á los de los eclesiásticos, para quienes todo placer parece un robo ó una falta.

Carlos se encontraba tan fuera de su lugar en aquella sala, y tan lejos del vasto castillo y de la faustuosa ecsistencia que habia atribuido á su tío, que mirando con atencion á madama de Grassins, vió por último una imájen medio borrada de las figuras parisienses. Respondió con gracia á la especie de invitacion que se le dirijia, y entró naturalmente en una conversacion, en la cual madama de Grassins bajó gradualmen-

te la voz, para ponerla en armonia con la naturaleza de sus confianzas. Ecsistia entre ella y Carlos una misma necesidad de confianza; y así, pasados algunos momentos de coqueta locuela y serias chocarrerías la diestra provinciala, pudo decirle, sin creer ser advertida de las otras personas, que hablaban de la venta de los vinos, de que se ocupaba entonces todo Saumur:

— Caballero, si V., quiere honrarnos con sus visitas, nos dará tanto gusto á mi marido como á mi. Nuestro salon es el único en Saumur donde se reune el alto comercio y la nobleza: pertenecemos á las dos sociedades, que no quieren encontrarse mas que allí, porque solo allí se divierten. Mi marido, lo digo con orgullo, se halla tan bien considerado por unos como por otros; y todos procuraremos divertir el fastidio que deberá causarle á V. su permanencia aquí. Si no saliese V. de casa de M. Grandet, ¡ay Dios mio! donde iria á parar? Su tío de V. es un mezquino, que no piensa mas que en sus viñas, su tia una devota que no sabe atar dos ideas, y Eugenia una boba, sin educacion, ordinaria, sin dote, y que pasa su vida remendando trapos.

— No es mala esa mujer, pensó Carlos Grandet, respondiendo á los melindres de madama de Grassins.

— Paréceme, mujer, que quieres conquistar á ese caballero; dijo el alto y gordinflon marido de la chismosa.

A tal observacion, el notario y el presidente cambiaron palabras mas ó menos maliciosas; pero el abate les miró á entrambos y reasumió todos sus pensamientos, tomando una pizca de tabaco y ofreciendo su caja á los demas:

— Quien mejor que V., señora, podria hacer á ese caballero los honores de Saumur?

— Hola! señor abate, ¿como lo entiende V. eso? preguntó M. de Grassins.

— Yo lo entiendo, caballero, en el sentido mas favorable para V., para su esposa, para la villa de Saumur y para ese caballero, añadió el astuto anciano volviéndose á Carlos.

Como si no prestase atencion, el abate Cruchot habia adivinado todo lo que habian dicho Carlos y madama de Grassins.

— Caballero, dijo por último Adolfo á Carlos, con un aire, que el hubiera querido hacer garboso, yo no sé si V. se acordará de mí. Tuve el gusto de estar cara á cara con V. en un baile que dió el Mariscal Oudinot y...

— En efecto, caballero, me acuerdo muy bien, respondió Carlos, sorprendido de verse objeto de la atencion jeneral.

— Este caballero es vuestro hijo? preguntó á madama de Grassins.

El abate miró maliciosamente á la madre.

— Si señor, respondió ella.

— Muy jóven era V. cuando se hallaba en Paris.

— Que quiere V., dijo el abate, les enviamos á Babilonia, luego que están medrados.

La de Grassins ecsaminó al abate con una mirada de estraña penetracion.

— Es necesario habitar en las provincias para hallar mujeres, continuó, de treinta y mas años, tan frescas como esta señora, despues de haber tenido hijos, dentro de poco licenciados en derecho. Paréceme todavia ver á V. en aquel tiempo en que los jóvenes y las damas se subian en las sillas para verla dansar en el baile, madama, añadió el abate, volviéndose á su adversario hembra. Para mí, los adelantos de V. son de ayer...

— ¡Oh, viejo malvado, se decia interiormente madama de Grassins, como lo adivina!

— Paréceme que voy á llamar toda la atencion de Saumur, pensaba Carlos desabotonándose la levita, metiendo la mano en su chaleco, y echando una mirada á través de los espacios para imitar la postura dada á Lord Byron por Chantrey.

La distraccion, de M. Grandet ó por mejor decir, la meditacion en que le habia metido la lectura de la carta, no se escapó ni al notario, ni al presidente que trataban de conjeturar el contenido por los imperceptibles movimientos de la cara del tonelero, entónces bien iluminada por las dos velas. El viejo avaro mantenía difícilmente la calma habitual de su

fisionomía. Por otra parte, cualquiera podrá figurarse el afectado continente de M. Grandet, despues de haber leído la fatal carta que sigue.

QUERIDO HERMANO:

Veinte y tres años hará luego que no nos hemos visto. Mi matrimonio fue el motivo de nuestra última entrevista, despues de la cual nos separamos alegremente uno de otro. En verdad que no podía preveer que tu debías ser un día el único sosten de la familia por cuya prosperidad anelabas. Cuando has recibido esta carta yo no eesistiré ya. En la precision en que me he hallado, no he querido sobrevivir al deshonor de una bancarrota. Me he sostenido á orillas del precipicio mientras me ha quedado esperanza de sobrenadar. Ahora ya es preciso caer. Las quiebras reunidas de mi ajente de cambios y de mi notario me quitan los últimos recursos sin dejarme nada. Tengo el dolor de deber cerca de tres millones sin poder ofrecer, de activo, mas del ocho por ciento. Los vinos que tenía almacenados experimentan ahora la ruinosa baja que ocasionan la abundancia y cualidad de vuestras cosechas. De aqui tres dias se dirá «M. Grandet era un pícaro!» Me envolveré en medio de mi propiedad con una mor-

taja de infamia. Robo á mi hijo un nombre que le mancillo y la fortuna de su madre; ese desgraciado jóven á quien idolatro, nada sabe todavia. Nos hemos despedido tiernamente y él ignoraba por fortuna que las últimas horas de mi vida se apuraban en aquel adios. Si llegará á maldecirme algun dia? Hermano mio! hermano mio! la maldicion de nuestros hijos es espantosa: ellos pueden apelar de la nuestra; pero la suya es irrevocable. Grandet tu eres mi hermano mayor, me debes tu proteccion, haz que Carlos no pronuncie ninguna palabra amarga sobre mi tumba! Hermano mio, si te escribiese con mi sangre y con mis propias lágrimas, no habria tantos dolores como pongo ahora en esta carta, porque lloraria, derramaria sangre, moriria, y en este momento sufro y veo la muerte con los ojos enjutos. Héte ahí padre de Carlos. Este no tiene parientes por el lado materno, ya sabes porqué. ¿Por qué no obedecí á las preocupaciones sociales? por que cedí al amor? por que me casé con la hija natural de un gran señor? Carlos no tiene ya familia. ¡Oh, desgraciado hijo! ¡hijo mio! Escúchame, Grandet, no te imploro por mí; pues acaso tus bienes no son bastante considerables para soportar una hipoteca de tres millones. Pero, al acordarme de mi hijo, sábelo bien, hermano mio, se han plegado mis manos suplicantes, pensando en tí. Grandet, al morir te confio mi Carlos, y miro sin dolor mis pistolas al pensar que tú le ser-

virás de padre. Carlos me amaba bien: ¡he sido tan bueno para él! no le he contrariado jamás, y él tampoco me maldecirá. Por otra parte, ya verás cuán dócil es; en esto se parece á su madre! no te dará jamás pesar alguno. ¡Pobre jóven! Acostumbrado á los goces del lujo, no conoce ninguna de las privaciones á que nos ha condenado á entrambos nuestra primera miseria...Y helo ahora arruinado y solo. Si, todos sus amigos le abandonarán, y yo seré la causa de sus humillaciones! ¡Ah! quisiera tener el brazo bastante fuerte para enviarle de un solo golpe al cielo, á reunirse con su madre! ¡Locura! ya vuelvo á mi desgracia y á la de Carlos. Te lo envío para que le des á saber convenientemente mi muerte y su suerte futura. Sé un padre para él; pero un buen padre. No le separes de repente de su vida descansada, porque le matarías. Yo le pido de rodillas que renuncie á los créditos, que como heredero de su madre, podría reclamar contra mí. Pero este es un ruego superfluo; porque él es honrado y no querrá unirse á mis acreedores. Haz que renuncie á mi sucesión en tiempo idóneo. Revélale las duras condiciones de la vida que yo le propongo, y dile, que si me conserva su ternura, díselo en mi nombre, no lo ha perdido todo aun. Si: el trabajo que nos ha salvado á entrambos puede volverle la fortuna que yo le quito; y si quiere escuchar la voz de su padre, que por él quisiera salir un momento de la tumba, que par-

ta, que se vaya á las Indias! Hermano mio, Carlos es un jóven bueno y valeroso, hazle una pacotilla, y ántes morirá que deje de volverte los primeros fondos que tú le prestes; porque tú se los prestarás, Grandet, so pena de crearte remordimientos. Oh! si mi hijo no encontrase socorro ni ternura en tí, pediría eternamente á Dios venganza por la dureza de tu corazón. Si yo hubiese podido salvar algunos valores, bien tenia derecho para dejarle una suma sobre los bienes de su madre: pero los pagos de fin de mes habian agotado todos mis recursos. Yo no hubiera querido morir dejando en duda la suerte de mi hijo, y sin haber sentido santas promesas en el calor de tu mano que me hubiera alentado; pero me falta el tiempo. Mientras Carlos viaje me es preciso formar mi estado de deudas. Procuraré probar por la buena fe que he usado en todos mis negocios, que en mis desastres no ha habido falta, ni improbidad. ¿No es esto ocuparme de Carlos? Adios, hermano mio. Concédete Dios todas sus bendiciones por la jenerosa tutela que te confío y que tú aceptas sin duda. De continuo habrá una voz que rogará por tí en aquel mundo en el que todos debemos reunirnos un dia, y en el que está ya tu hermano

Victor-Angel-Guillermo Grandet.

— Con que estais disputando, dijo M. Grandet, volviendo á doblar la carta ecsactamente sobre los mismos pliegues y metiéndosela en la faltriquera del chaleco.

Luego contempló á su sobrino con un aire humilde y tímido con el cual ocultó sus emociones y cálculos.

— Te has calentado ya?

— Sí, querido tío, muy bien.

— Y bien! donde están las mujeres? dijo el avaro, olvidando que su sobrino se quedaba en su casa.

— En tal punto entraron Eugenia y su madre.

— Está arreglado todo ahí arriba? preguntó el viejo, recobrando su calma.

— Si, papá.

— Con que, sobrinito, si estás cansado Mariana te acompañará hasta tu cuarto, que aunque no es un aposento de *mirliflor* (12) deberás disimularlo á unos pobres viñadores que no tienen jamas un cuarto. Los impuestos nos arruinan.

— No queremos ser indiscretos, Grandet, V. tendrá que hablar con su sobrino y así deseamos á ustedes buenas noches... y hasta mañana, dijo el banquero.

A estas palabras se levantó la tertulia y cada cual saludó á su manera.

El notario fué á buscar su linterna detras de la puerta, y al encenderla dijo á los de Grassins que iba á acompañarlos, porque no habiendo previsto un

incidente que terminó prematuramente la reunion, su criado no habia llegado aun.

— ¿Quiere V. darme el gusto de aceptar mi brazo, señora? dijo el abate Cruchot á la de Grassins.

— Gracias, señor abate, tengo á mi hijo, respondió secamente.

— Las damas no pueden comprometerse conmigo, repuso el abate.

— Da el brazo al señor Cruchot, dijo su marido; y aquel alijeró el paso con la hermosa dama, para adelantarse á la comitiva.

— Señora, ese jóven es mpy guapo, dijo apretándole el brazo. *Adios, canastos, que se acabó la vendimia.* Debe V., decir adios á la señorita Grandet, Eugenia será del parisiense. A menos que ese primo no esté enamorado de alguna jóven de Paris, vuestro hijo Adolfo va á encontrar en él al rival mas....

— Deje V., señor abate: ese jóven no tardará en ver que Eugenia es una necia, una muchacha sin interés. ¿La ha ecsaminado V. bien esta noche? Estaba amarilla como un membrillo.

— ¿Y V. acaso se lo ha hecho advertir al jóven?

— No he tenido ningun reparo.

— Póngase V. siempre al lado de Eugenia y poco tendrá que decir de ella. El primo hará una comparacion espontánea que.....

— Desde luego me ha prometido que pasado mañana vendrá á comer conmigo.

— ¡Oh! si V. quisiese!
 — ¡Y qué he de querer! ¿Piensa V. por ventura darme malos consejos? ¿No he llegado á los treinta y nueve años de mi edad, con una reputacion sin tacha, gracias á Dios, para comprometerla, aun cuando se tratase del imperio del gran Mogol? Los dos estamos ya en una edad en que se sabe lo que quiere decir hablar. Por ser eclesiástico tiene V. unas ideas bien estrañas. ¡Oh! esto es digno de *Faublas*.

— ¡Vaya! ¿con que V. ha leído á *Faublas*!

— No, señor abate, quise decir *las compañías peligrosas*.

— ¡Oh! este libro es infinitamente mas moral, dijo riendo el abate. Pero V. me hace tan perverso como un jóven de hoy día; yo queria simplemente...

— ¿Osará V. decirme que no pensaba en darme malos consejos? Claro está. Si este jóven, que es muy hermoso, convenga en ello, quisiera enamorarme, no pensaría en su prima. En Paris, lo se muy bien, muchas buenas madres se sacrifican así por la fortuna de sus hijos; pero nosotros estamos en provincia, señor abate.

-- Si señora.

-- Y sepa V. que yo no quisiera, ni Adolfo admitiera tampoco cien millones comprados á tal precio.....

-- Señora, yo no he hablado de cien millones; es-

to hubiera sido tal vez superior á las fuerzas de uno y otro. Solamente creo que una mujer honrada puede permitirse muy bien y con todo honor esas pequeñas coqueterías sin consecuencia, que hacen parte de sus deberes en sociedad.

-- ¿V. lo cree?

-- ¿No debemos procurar sernos agradables los unos á los otros?... Permitid que me suene.

Yo la aseguro á V., señora, continuó, que su mirada era un poco mas alagüena cuando iba dirigida á V. que á mí; mas yo le perdono esta preferencia de honrar la hermosura antes que la vejez.....

-- Es claro, decia el presidente con su robusta voz, que M. Grandet de Paris envia á su hijo á Saumur con puras intenciones matrimoniales.....

-- ¡Mas en tal caso el primo no habrá caído como una bomba! respondia el notario.

-- Esto nada significa, dijo M. de Grassins, el buen Grandet es algo misterioso.

-- Amigo mio, dijo á su esposo la señora de Grassins, he convidado á comer á aquel jóven. Será menester que tú vayas á convidar á los señores de Larsonnière, á los de Hautoy, con la hermosa señorita de Hautoy; bien entendido, que se adorne bien aquel día! A la devota de su madre, por celos solamente!.....

— Espero, señores, que nos haran Vds. el favor de venir tambien, añadió, parando á la comitiva para dirigirse á los dos Cruchot.

—Ya están ustedes en su casa, señora, dijo el notario.

Después de haber saludado á los tres de Grassins, los tres Cruchot se volvieron á su casa, sirviéndose de aquel jenio de análisis que poseen los de las provincias, para estudiar bajo todos aspectos el grande acontecimiento de esta noche que cambiaba las posiciones respectivas de los Cruchotinos y Grassinistas. El admirable buen sentido que dirigía las acciones de estos tres grandes calculadores les hizo sentir á unos y otros la necesidad de una alianza momentánea contra el enemigo comun. ¿No debían impedir mutuamente que Eugenia amase á su primo, y que Carlos pensase en su prima? Podría el parisiense resistir á las pérfidas insinuaciones, á las dulces maledicciones, á las denegaciones sencillas que irían constantemente en torno de él, y le enligarían como las abejas cubren de cera á un caracol caido en su colmena?

Luego que los cuatro parientes se hallaron solos en la sala, M. Grandet dijo á su sobrino:

—Es hora ya de acostarnos. Hoy es demasiado tarde para contarte los motivos que te traen aquí; mañana tendremos tiempo conveniente. Aquí almorzamos á las ocho; al medio día comemos alguna fruta, un pedacito de pan sin sentarnos á la mesa, y bebemos un vaso de vino blanco; después comemos como los parisienses á las cinco. Si quieres ver la po-

blacion y sus alrededores, estarás libre como el aire. Escúsame si mis quehaceres no me permiten acompañarte siempre. Acaso oirás decir por ahí, que yo soy rico: M. Grandet por aquí, M. Grandet por allí;... pero yo los dejo hablar, puesto que mi crédito nada pierde con sus habladurias. Pero lo cierto es que yo no tengo un sueldo y que á mi edad he de trabajar todavía como un oficial joven, que no tiene mas bienes que una mala azuela y dos brazos para llevarla. Acaso tu mismo tendrás ocasion de ver luego lo que cuesta un escudo cuando se debe sudar. Vamos: Mariana, las velas!

—Espero, sobrino que hallarás todo lo que sea menester; pero si te falta alguna cosa llama á Mariana.

—Querida tia, (13) no será fácil, porque pienso que me he traído todo lo necesario. Deseo á V. una feliz noche, lo mismo que á mi primita.

Carlos tomó de manos de Mariana una vela de cera encendida, una vela de Anjou amarillenta ya y envejecida de estar en la tienda y tan parecida á las de sebo, que M. Grandet, incapaz de sospechar que la hubiese en su casa, echó de ver aquella magnificencia.

Voy á enseñarte el camino, díjole el viejo.

En vez de salir por la puerta de la sala que daba á la bóveda, M. Grandet hizo la ceremonia de irse por el pasillo que separaba la sala de la coci-

na. Una puerta batiente guarnecida de un gran vidrio oval cerraba aquel pasillo del lado de la escalera à fin de templar el frio que allí entraba. Pero no por eso en invierno dejaba de soplar el aire mas fuertemente y à pesar de las colchadas cosias que habia en las puertas de la sala, àpénas podia mantenerse el calor en un punto regular.

Mariana se fué à echar los cerrojos de la puerta principal, à cerrar la sala, y à soltar un mastin, cuya voz era cascada como si tuviese una laringuita. Aquel animal de una ferocidad extraordinaria no conocia mas que à ella: ambas criaturas campestres se comprendian. Cuando Carlos vió las amarillentas y ahumadas paredes entre las que temblaba la escalera bajo el pesado paso de su tio, fuése aumentando su estrañeza. Creíase metido en un gallinero. Su tia y su prima, hácia quienes volvió el rostro para ecsaminar sus caras, estaban tan acostumbradas à aquella escalera, que no adivinando la causa de la admiracion de Carlos, la tomaron como una espresion amistosa, á la que contestaron con una agradable sonrisa que lo desesperó.

¿Que diablos me envia à hacer aquí mi padre? se preguntaba à sí mismo.

Llegado al primer rellano, vió tres puertas pintadas de rojo etrusco y sin batientes; puertas perdidas en la polvorosa pared y con aparentes fajas de hierro, clavadas con pernos, terminadas à ma-

nera de llamas, como lo estaba tambien por cada lado la larga entrada de la cerradura.

De estas puertas, la que habia al extremo de la escalera, y que daba entrada al cuarto situado encima de la cocina, estaba tapiada sin duda. No podia entrarse mas que por el cuarto de M. Grandet, à quien aquel aposento servia de gabinete, y la única ventana por donde entraba la luz estaba guardada por la parte del patio con enormes barras de hierro enrejadas.

Nadie tenia permiso de entrar hasta allí, ni aun madama Grandet. El avaro queria estar solo como un alquimista en su hornillo. Allí tenia sin duda algun escondrijo habilmente construido, allí se almacenaban los títulos de propiedad, allí colgaban las balancillas de pesar luises, allí se hacian de noche y en secreto las libranzas, los recibos y los cálculos, de modo que los ajentes de negocios, viendo à M. Grandet pronto siempre para todo, podian imajinar que tenia à sus órdenes una maga ó un demonio. Allí sin duda, cuando Mariana roncaba para despertar à un muerto, mientras que el perro velaba y hostezaba en el patio y que la señora Grandet y su hija dormian profundamente, el tonelero iba à cuidar, à acariciar, à divertirse, à embelesarse con su oro. Las paredes eran fuertes y seguros los contraventados. Él solamente tenia la llave de aquel laboratorio donde segun se decia, consultaba los pla-

nes en que tenia dibujados sus árboles frutales, y en que cifraba sus productos à poca diferencia.

La entrada del cuarto de Eugenia era frontera à aquella puerta tapiada, y al cabo del pasillo estaba el aposento de los dos esposos, que ocupaba todo el fróntis de la casa. Madama Grandet tenia un cuarto que comunicaba con el de Eugenia por medio de una puerta de vidriera. La habitacion del avaro estaba separada de la de su mujer por medio de un tabique, y del misterioso gabinete por una gruesa pared. Grandet habia alojado à su sobrino en el segundo piso, en la buardilla que habia sobre su cuarto, para poderle oir, si acaso se le antojaba ir y volver.

Cuando Eugenia y su madre llegaron à la mitad del pasillo, se dieron el beso de costumbre y despues de haber dicho ciertas espresiones de adios à Carlos, frias en los labios, pero ardientes en el corazon de la jóven, se fueron à sus cuartos.

-- Cátate en tu habitacion, dijo Grandet à su sobrino, abriéndole la puerta; si tienes necesidad de algo llama à Mariana, sino el perro se te come vivo sin hablar palabra. Duerme bien, y buenas noches. -- ¡Ah! ¡ah! ¡con que esas señoras te han encendido fuego! repuso, viendo llegar à Mariana con un calentador.

-- ¡Otra que bien baila! ¿que habeis tomado à mi sobrino por una partera? vuélvete con tu fuego Mariana.

-- Pero, señor, las sábanas están húmedas, y ese caballero es tan tierno como una niña.

-- Vamos, ve, ya que te lo has metido en la cabeza; pero ten cuidado con no pegar fuego; y en seguida bajóse por la escalera murmurando palabras inciertas.

Por lo que toca à Carlos, quedóse como quien ve visiones. Despues de haber echado una mirada por aquellas paredes forradas de ese papel amarillo con ramilletes de flores de que se sirve para entapizar los figones; despues de haber contemplado una chimenea hecha de piedra de liancha estriada, sin pintar, y cuyo solo aspecto causaba frio, despues de haber visto la pobreza de aquella habitacion, Carlos miró seriamente à Mariana, y la preguntó:

-- ¿Dígame V., es bien cierto que estoy en casa de M. Grandet, antiguo *maire* de Saumur, y hermano de M. Grandet de Paris?

-- Si, señor; en casa de un sujeto bien amable, bien querido, bien perfecto. ¿Quiere V. que le ayude à desatar estos cofres?

-- Muy bien: ¿ha servido V. entre los marinos de la Guardia?

-- Ho! oh! respondió Mariana, ¿que quiere V. decir con los marinos de la guardia? ¡Vaya una cosa salada! oh! oh! oh!

-- Vaya, busque V. mi bata en esa baliija. Ahí tiene V. la llave.

Mariana se quedó maravillada al ver una bata de seda verde con flores de oro y dibujos antiguos.

—¿Va V. á ponérsela ahora para acostarse?

—Sí.

—¡Virjen santa! ¡qué hermoso frontal de altar para la parroquia! Désela, désela V. à la iglesia, señorito; así salvará V. su alma, y esto se la hará perder. ¡Oh! ¡que gallardo está V. con ella! Voy à llamar à la señorita para que le vea à V.

—Vamos, Mariana! quiere V. callar? déjeme V. en paz, que ya arreglaré yo eso mañana; y si esta bata le gusta à V. tanto, bien podrá salvar su alma; porque soy demasiado buen cristiano para reusársela cuando me vaya, y hará V. de ella lo que mas guste.

Mariana se quedó plantada, contemplando à Carlos, sin poder dar fe à sus palabras.

—Darne ese hermoso atavío! pensó al marcharse. Ese buen caballero ya sueña.

—Buenas noches, Mariana.

Qué diablos he venido à hacer aquí pensó Carlos al dormirse. Mi padre no es un tonto y algo se habrá propuesto al enviarme. ¡Bah! para mañana los asuntos serios, decía no sé que zopenco griego.

—¡Virjen santa! cuan guapo es mi primo! díjose Eugenia, interrumpiendo sus oraciones que aquella noche dejó sin acabar.

—La señora Grandet no tuvo pensamiento algu-

no al acostarse. Oía como se paseaba su marido à lo largo de su cuarto por la puerta de comunicacion que habia en medio del tabique. Parecida à todas las mujeres tímidas, habia estudiado el carácter de su señor, y así como la gaviota prevé la tormenta, presintió ella por señales imperceptibles la tempestad interior que agitaba à M. Grandet. En tales casos, para valernos de su misma espresion, hacíase la muerta.

—M. Grandet miraba la puerta forrada interiormente con planchas de hierro, que habia mandado poner en su gabinete y se decia:

—Estraña idea le ha ocurrido à mi hermano legándome à su hijo. ¡Hermosa sucesion! yo no tengo veinte escudos que dar, y ¿qué son veinte escudos para un mozalvete que miraba mi barómetro como si quisiese echarlo al fuego?

Y pensando en las consecuencias de aquel testamento de dolor, M. Grandet estaba acaso mas ajitado que su hermano cuando lo escribió.

—Aquella bata será mia, decía Mariana, que se durmió vestida con su frontal de altar, soñando flores, ramos y damascos, por la vez primera de su vida, así como Eugenia soñó en amores.



AMORES DE PROVINCIA.

En la vida pura y monótona de las jóvenes hay una hora deliciosa en que el sol les derrama sus rayos en el alma, en que las flores esprimen pensamientos, y las palpitations del corazón comunican al cerebro su ardiente fecundación, y confunden las ideas en un vago deseo; hora de inocente melancolía y de suaves gozos. Cuando los niños empiezan á ver se sonrien, cuando una jóven entrevé el sentimiento en la naturaleza se sonrie como cuando era niña. Si la luz es el primer amor de la vida, no es el amor la primera luz del corazón?... Este momento habia llegado ya para Eugenia.

— Madrugadora como todas las jóvenes de provincia levantóse muy de mañana, rezó sus oraciones, y luego empezó su tocado, ocupacion importante ya, y que desde entónces en adelante debía tener un sentido. Primero alisó sus cabellos castaños, torció por encima de la cabeza sus hermosas trenzas, evitando con el mayor cuidado que no se saliesen los cabellos, y puso en su tocado una simetría que realzó el tímido candor de su rostro, yendo acordes la sencillez de los accesorios con la naturalidad de las líneas. Luego lavándose muchas veces las manos con agua pura que le endurecía y coloraba la piel, miróse sus hermosos y rollizos brazos y se preguntó qué debía hacer su primo para tener las manos blancas y tan bien contorneadas las uñas. Púsose medias blancas y los zapatos menos feos, se apretó el corsé sin dejar ojal alguno por pasar y en fin deseando por la primera vez de su vida, parecer bien á otro, conoció la ventaja de tener un vestido nuevo bien hecho, y que la hiciese mas atractiva.

Acabada su *toilette*, oyó tocar el reloj de la parroquia y quedóse pasmada de que no diesen mas que las siete. El deseo de tener todo el tiempo necesario para vestirse bien la habia despertado y héchola levantar sobrado temprano. Ignorando el arte de hacer y deshacer diez veces un mismo bucle y de estudiar el efecto que causa cada vez, Eugenia plegó los brazos se sentó á la ventana, contempló el patio,

el estrecho jardin y los altos terrados que lo dominaban, vista melancólica y limitada; pero no desprovista de misteriosas bellezas, peculiares á los lugares solitarios ó á la naturaleza inculta.

Cerca de la cocina habia un pozo sobre el cual colgaba una garrucha, sostenida por un brazo de hierro que envolvian los pámpanos marchitos, rojos y secos de una parra, cuyo tortuoso tronco se elevaba sobre un leñero, en el que la leña estaban arreglada con tanta ecsactitud como los libros en la biblioteca de un bibliófilo. El empedrado del patio presentaba aquellas manchas negruzcas causadas por el tiempo, el muzgo, las hierbas y la falta de movimiento. Las macizas paredes presentaban su verduzca camisa ondeada de largas manchas oscuras. En fin los ocho escalones que habia en el fondo del patio, y por los cuales se subia á la puerta del jardín estaban desmoronados y cubiertos de elevadas plantas como el sepulcro de un caballero enterrado por su viuda en tiempo de las cruzadas. Sobre un pedrizo de baldosas ahujereadas habia una reja de madera podrida, medio caída de puro vieja, y en la que se encaramaban á su sabor algunas plantas trepadoras. En cada lado de la puerta de claraboya se estendian las tortuosas ramas de dos manzanos desmedrados. Tres caminos paralelos, arenosos y separados de los cuadros por medio de cercaditos de boj, componian aquel jardin que terminaba con

un cobertizo de tilos. En un extremo habia fram-buesos, en el otro un inmenso nogal que inclinaba sus ramas hasta sobre el gabinete del tonelero. Un dia claro y el hermoso sol de los otoños propios á las riberas del Loira acababan de disipar las últimas sombras que la noche habia dejado en los objetos pintorescos, en las paredes y en las plantas que amueblaban el jardín y su patio.

Eugenia encontró encantos del todo nuevos en el aspecto de aquellas cosas, antes tan ordinarias para ella. Levantáronse en su alma mil confusos pensamientos y cruzábanse á medida que los rayos del sol se cruzaban tambien. Por último tuvo aquel sentimiento de vago é inesplicable placer, que envuelve el ser moral como una nube envolveria el ser físico. Sus reflexiones iban acordes con los detalles de aquel paisaje singular, y las armonias de su corazón hicieron alianza con las de la naturaleza.

Cuando el sol llegó á una parte de la pared de la que se desprendian *cabellos de Venus*, cuyas hojas cambian de color como el cuello de los palomos; rayos celestes de esperanza iluminaban el porvenir de Eugenia, que en adelante debia amar aquel lienzo de pared con sus flores pálidas, sus campanillas azules y sus hierbas marchitas, con las cuales se mezcló un recuerdo gracioso como los de la infancia. El ruido que cada hoja hacia al desprenderse del árbol, en aquel patio sonoro, era una respuesta á las se-

cretas preguntas de Eugenia, que habria pasado allí todo el dia, sin ver como trascurrían las horas.

Sucedieron despues tumultuosos movimientos del alma. Levantóse repetidas veces, fuese al espejo y miróse como un autor de buena fe contempla su obra para criticarse y decirse injurias á si mismo.

— No soy bastante hermosa para él. Esto pensaba Eugenia, ¡pensamiento humilde y fértil en sufrimientos! La pobre niña no se hacia justicia; pero la modestia ó por mejor decir la timidez es una de las primeras virtudes del amor. Eugenia era una de aquellas jóvenes robustas, como suelen serlo las de la menestralia y cuyas bellezas parecen vulgares; mas, si bien se semejava á la Vénus de Milo, tenia en sus formas aquella suavidad de los sentimientos cristianos que las purificaba y daba una distincion, desconocida á los escultores antiguos. Tenia la cabeza grande, la masculina pero delicada frente del Júpiter de Phidias, y unos ojos grises en los cuales su casta vida se habia reducido por entero, imprimiéndoles una brillante luz. Los rasgos de su redonda cara fresca y rosada en otro tiempo, se habian pronunciado mas por las viruelas que la habian sido bastante clementes en no dejarla pecas, pero que habian destruido lo aterciopelado de la piel, tan suave no obstante y delicada, que el materno beso imprimia una rosa pasajera en sus mejillas. Su nariz era un poco grande, pero se harmonizaba muy

bien con una boca de color de minio, cuyos labios estaban llenos de amor y de bondad. El cuello estaba perfectamente contorneado. El seno bien bombado, cuidadosamente cubierto, atraía la vista y hacia pensar; y aun que carecia algun tanto de esa gracia que se adquiere, no obstante, la inflexibilidad de su elevado talle debia ser una gracia para los conocedores. Eugenia fuerte y robusta, no era linda; su belleza pertenecia á aquella clase de beldades que se desconocen facilmente, y que solo un artista sabe apreciar en su valor. Mas el pintor que busca en la tierra el tipo de la caestial pureza de Maria, que pide á toda la naturaleza femenina la nobleza y modestia de aquellos ojos adivinados por Rafael, aquellas líneas virjinales que da la naturaleza alguna vez, y que solo la castidad de la vida y la meditacion pueden imprimir ó conservar; ese pintor, ávido de tan raro modelo, hubiera hallado en el rostro de Eugenia la nobleza innata que se ignora; habria visto en una frente llena de calma, un mundo de amor, y en la copa de los ojos, en el movimiento de sus párpados aquel *no sé qué de divino*. Sus facciones, los contornos de su cabeza que la espresion del placer no habia jamas contraido ni fatigado, parecíanse á las líneas del horizonte tan suavemente cortadas en la lontananza de tranquilos lagos. Esta fisonomia, pacífica y colorada, llena de luz como una hermosa flor recién abierta, tranqui-

lizaba al alma y comunicaba el encanto de la conciencia que se reflejaba en ella, atrayendo las miradas.

Eugenia se encontraba aun en el principio de la vida, en que florecen las ilusiones infantiles, en que se recojen margaritas con delicias que despues se desconocen; y por eso se decia, sin saber aun lo que era amor.

— Soy demasiado fea, y no parará atencion en mí...

Luego abrió la puerta de su cuarto que daba sobre la escalera, y alargó la cabeza para escuchar el ruido de la casa.

— Mi primo no se levanta todavía, pensó al oír la tós matinal de Mariana, y que esta iba y volvía, que barria la sala, encendía el fuego, encadenaba al perro y hablaba á los animales del establo.

Eugenia bajó corriendo y fuése hácia Mariana que ordeñaba la vaca.

— Mariana, mi buena Mariana, procura hacer nata para el café de mi primo.

Mariana soltó una gran carcajada.

— Pero, Señorita, esto hubiera sido necesario haberlo ayer. No puedo hacer nata de ninguna manera. ¡Pero cuan gallardo es el primo de V. ! ¡ Oh ! es guapo ! guapo ! verdaderamente guapo ! ; V. no le ha visto con su gran casaca de seda y oro ; yo sí ; y sus camisas son finas como el roquete del padre cura.

— Mira, Mariana, haznos torta-hojaldre.

—¿Y de dónde he de sacar la leña para el horno, la harina y la manteca? respondió Mariana, que en calidad de primer ministro de M. Grandet, tomábase á veces una importancia enorme á los ojos de Eugenia y de su madre. No ve V. que seria menester robar á ese hombre para festejar á su primo de V?... Pídale V. manteca, harina y leña, y puesto que es su padre, puede ser que se las dé. Mire V. baja para dar las provisiones del día...

Eugenia se fué al jardin, llena de espanto, oyendo como los pasos de su padre hacian temblar la escalera. La inocente niña sentia ya los efectos de aquel profundo pudor y de esa conciencia particular de nuestra dicha, que nos hace creer, no sin razon quizás, que nuestros pensamientos estan grabados sobre nuestra frente, y que saltan á la vista de otro. Luego apercibiéndose de la fria desnudez de la casa paterna, sentia la pobre muchacha una especie de despecho de no poderla poner en armonía con la elegancia de su primo. Entónces nació en ella un deseo apasionado de hacer algo para él. ¿Que?... Ella misma no lo sabia. Sencilla y sin doblez abandonábase á su naturaleza anjélica, sin desconfiar de sus impresiones, ni de sus sentimientos. La sola vista de su primo habia despertado en ella todas las inclinaciones naturales á la mujer, tanto mas vivamente por cuanto habia llegado á los veinte y tres años, y se encontraba en la plenitud de su inteli-

jencia y sus deseos. Por la vez primera tuvo terror su corazon al ver á su padre; pues veía en él al dueño de su suerte, y se creyó culpable, ocultándole algunos pensamientos. Empezó á andar á paso precipitado, admirándose de respirar un aire mas puro, de sentir los rayos del sol mas vivificantes y de hallar en ellos un calor moral y una vida nueva.

Mientras buscaba un medio para obtener la torta-haldre, trabábase entre Mariana y M. Grandet una de aquellas disputas que eran tan raras entre ellos como las golondrinas en invierno. Armado de sus llaves el avaro habia ido á medir los víveres necesarios para el consumo del dia.

—¿Quedó pan ayer? preguntó á Mariana.

—Ni una miga, señor.

M. Grandet tomó entónces uno grande y redondo, bien enharinado, amoldado en uno de aquellos cestos chatos, de que se sirven en Anjou, para amasar, é iba ya á cortarlo cuando Mariana le interrumpió diciéndole:

— Hoy somos cinco, mi amo.

— Es verdad: pero este pan pesa seis libras, y aun sobraré. Por otra parte, esos jóvenes de Paris verás que apenas comen pan. Casi son como niñas para casar.

En fin despues de haber ordenado con mucha parcimonia el gasto cotidiano, dirijíase hácia su frutero (14), cerrando no obstante sus armarios y la

despesa, cuando Mariana le detuvo para decirle:

—Vamos, mi amo, deme V. harina y manteca para hacer una torta-hojaldre para los jóvenes.

—Yo creo que vas á poner á saco mi casa, por causa de mi sobrino!

—Lo mismo pensaba yo en el sobrino de V. que en su perro: ni mas ni ménos que V. ¿Y ahora por qué no me da V. mas que seis pedazos de azúcar? Necesito ocho.

—Pues no te daré mas que seis.

¡Vaya! ¿y eso? Yo no te he visto nunca de esa manera! ¿Dónde tienes la cabeza hoy? ¿Eres tú el ama?

—Y bien! como quiere V. que endulce el café su sobrino?

—Con dos pedazos. Yo no tomaré.

—Como! á la edad de V.! Antes lo compraré de mi bolsillo.

—No te metas en lo que no te importa.

A pesar de la baratura del azúcar este era siempre para el tonelero el mas precioso de todos los productos coloniales: para él siempre valia seis francos cada libra. La obligacion de economizarlo, contrahida en tiempo del imperio (15), habia llegado á ser la mas indeleble de sus parcimonias.

Todas las mujeres, hasta la mas tonta saben industriarse para alcanzar lo que desean. Mariana dejó la disputa del azúcar para obtener harina y manteca para la torta.

—¿Señorita, gritó por la ventana, no es verdad que V. quiere una torta-hojaldre?

—No, no, respondió Eugenia.

—Vamos, dijo Grandet al oír la voz de su hija, toma... Y abrió la caja en que estaba la harina, le dió una medida, y añadió algunas onzas de manteca al pedazo que le habia cortado ántes.

—Tambien necesito leña para calentar el horno, dijo la implacable Mariana.

—Bien: tomarás la que necesites, respondió melancólicamente su amo; mas entónces nos harás una tarta y cocerás toda la comida en el horno, sin que pongas dos fuegos.

—Bien! esto no necesito que V. me lo avise.

Grandet echó una mirada casi paternal á su fiel ministro.

—Señorita, gritó la cocinera, tendremos torta-hojaldre.

Cuando el tío Grandet volvió cargado de sus frutas, y ella hubo arreglado el primer plato sobre la mesa de la cocina:

—¡Mire V.! dijo, qué lindas botas tiene su sobrino! ¡Qué buen cuero! y qué bien huele! ¿Cómo se limpian? ¿será bueno el unto de huevo?

—Mariana, yo creo que el huevo echaria á perder ese cuero. Por otra parte, puedes decir á mi sobrino que no sabes como se enlustra el marroquin, porque esto es marroquin, y entónces él mismo com-

prará y te dará el unto para limpiar sus botas. He oído decir que se suele poner azúcar para hacerlas mas brillantes.

—Entonces debe ser bueno para comer, dijo la criada, acercándose las botas á la nariz. Toma, toma! huelen á agua de colonia. Es extraño!

—Estráño encuentras que haya quien gaste en sus botas mas que no vale el mismo que las lleva!

— Señor, que ahora no harémos una ó dos veces por semana puchero á causa de su...

—Sí.

—¿He de ir á la carnicería?

—No, harás el caldo de aves. Los arrendadores te traerán; y encargaré á Cornoiller que mate cuervos. Esta caza es la que da el mejor caldo del mundo.

—¿Es verdad que los cuervos se comen á los muertos?

—¡Que bestia eres! Los cuervos comen lo que encuentran lo mismo que los demas. ¿Por ventura no vivimos nosotros de los muertos? ¿Qué significan las herencias?

Y no teniendo mas que mandar M. Grandet sacó su reloj, y viendo que le quedaba media hora todavía antes del almuerzo, tomó su sombrero y yendo á dar un abrazo á su hija, la dijo:

—Quieres pasearte por la orilla del rio, en mis praderas? Tengo algo que hacer.

Entonces Eugenia se puso el sombrero de paja

cosida, forrado de tafetan de color de rosa, y padre é hija bajaron hasta la plaza por aquella calle tortuosa.

—A dónde va V. tan de mañana? preguntó el notario Cruchot, que encontró á M. Grandet.

—Tengo que ver alguna cosa, respondió el buen tío, sin dejarse engañar con el matinal paseo de su amigo.

Cuando el tonelero tenia que ver alguna cosa, el notario sabia ya por esperiencia que tambien tenia él alguna cosa que ganar. Por consiguiente, le acompañó.

—Oiga V., Cruchot, que puesto que es uno de mis amigos, voy á demostrarle claramente que es una necedad el plantar álamos en buenas tierras.

Maese Cruchot abrió unos ojos llenos de admiracion.

—Há olvidado V. los sesenta mil francos que le han producido los que tenia en las praderas del Loira? ¿Qué fortuna ha tenido V.! ¿Qué buen pensamiento el de cortar los árboles cuando en Nantes no habia madera, y venderlos á treinta francos!

Eugenia escuchaba sin saber que se acercaba el momento mas solemne de su vida, y que el notario iba á hacer pronunciar sobre ella un fallo paternal y soberano.

—Cruchot, dijo M. Grandet, al llegar á sus magníficos prados, en que tenia ocupados treinta jornaleros; vea V. el terreno que ocupa un álamo.—Juan,

dijo llamando á un jornalero, mídelo con tu *toesa*.

— Cuatro veces ocho pies, respondió el jornalero despues de haber medido.

— Treinta y dos pies de pérdida, dijo Grandet al notario. ¿En esta línea tenia trescientos álamos, no es verdad? Ahora bien: tres cien... cien... cien... cien... veces treinta y dos pi...pies me qui... quitaban dos veces otro tanto por los lados; son mil quinientos: las hileras del medio otro tanto, digamos tres mil garbas de heno.

Y esas tres mil garbas, añadió Cruchot para ayudar á su amigo, valen mil ochocientos francos.

— Di... di... diga V. dos mil, á causa de los tres ó cuatro cientos del retoño. Bueno, cal...calcule V. lo que dos mil francos por año producen durante cua... cua... cuarenta, con los in...intereses compuestos, que u u u usted sabe.

— Vaya por cien mil francos, dijo el notario.

— Séase, esto no hará mas que... que... que... que cien mil francos. ¡Y bien! continuó el avaro sin tartamudear mas, dos mil quinientos álamos de cuarenta años no me producirían sesenta y cinco mil. Con que hay pérdida. Esto lo he calculado yo.

— Juan, llenarás esas fosas, exceptuando las del lado del Loira en que plantarás los álamos que he comprado. Poniéndolos en el río, se alimentarán á espensas del gobierno, añadió volviéndose á Cruchot y dando al lobadillo de su nariz un ligero movimiento, que equivalia á la sonrisa mas irónica.

— Cruchot, estupefacto, estaba para adorar á Grandet.

— Está claro! los álamos no deben plantarse mas que en tierras flacas.

— Si señor, respondió el tonelero. Eugenia contemplaba el sublime paisaje del Loira, sin escuchar los cálculos de su padre; pero prestó atención de léjos al oír que Cruchot decia á su cliente:

— Y bien! con que ha hecho V. venir un yerno de Paris: en Saumur no se habla mas que del sobrino de V. Pronto tendré que estender un contrato ¿no es verdad?

— Usted se ha salido de casa temprano para decirme esto, contestó Grandet, acompañando esta reflexión con un movimiento del lobadillo. Muy bien, camarada: voy á ser franco, y voy á decirle á V. lo que desca saber: Prefiriera echar á mi hija al río, que darla á su primo. Ya puede V. decirlo. Pero no, dejemos hablar á la jente.

Esta respuesta hizo perder la vista á la pobre Eugenia. De repente todas las esperanzas que empezaba á cobijar su corazón florecieron de improviso, se realizaron, reuniéronse y formaron un manojo de flores, que miró cortadas y echadas por el suelo. Desde el día ántes se unia á Carlos por todos los lazos de felicidad que enlazan las almas, y que en adelante debia corroborar el sufrimiento. ¿No entra en el noble destino de la mujer el conmoverse mas por las

pompas de la miseria que por los esplendores de la fortuna? ¿Como habia podido extinguirse en el corazon de su padre el sentimiento paternal? ¿de qué crimen era culpable Carlos? ¿Misteriosas cuestiones! Su naciente amor, misterio profundo, se envolvía ya en otros misterios. Volvió á su casa la pobre niña temblando, y al llegar á la antigua y sombría calle, tan alegre antes la encontró triste, y respiró la melancolía que el tiempo y las cosas habian grabado en ella. Ya no le faltaba ninguna enseñanza de amor.

Antes de llegar á su casa se adelantó algunos pasos mas que su padre, y le esperaba en la puerta, despues de haber llamado. Pero Grandet que veía en la mano del notario, un periódico todavia con la faja, le preguntaba: ¿cómo están los fondos?

—Usted no quiere creerme, Grandet, le respondía el notario. Compre V. pronto. Todavía hay un veinte por ciento que ganar en dos años, amen de los intereses. Cinco mil libras de renta por ochenta mil francos. Estan á ochenta y medio.

—Ya verémos, respondió Grandet, frotándose la barba.

—¡Dios mio! dijo el notario.

—¡Que hay! exclamó Grandet al mismo tiempo. que el notario le ponía ante los ojos el periódico, diciéndole:

—Lea V. este artículo.

—M. Grandet, uno de los comerciantes mas esti-

mados de Paris, acaba de suicidarse despues de haber estado en la bolsa como de costumbre. Antes ha enviado su dimision al presidente de la cámara de diputados, y ha demitido igualmente su empleo en el tribunal de comercio. La quiebra de los SS. A. y S. su agente de cambios y su notario le han arruinado. La consideracion de que gozaba M. Grandet y su crédito eran tales, sin embargo, que hubiera encontrado sin duda recursos en Paris mismo. Es de sentir que este hombre, honorable en realidad, haya cedido al primer movimiento de desesperacion, etc.

—Ya lo sabia, dijo el viñero al notario.

Esta palabra heló á maese Cruchot, que, apesar de su imposibilidad notarial, se sintió frio en la espalda al pensar que el Grandet de Paris habia tal vez implorado en vano los nueve millones al Grandet de Saumur.

—Y su hijo, tan alegre ayer.....

—Aun no sabe nada, respondió Grandet con la misma calma.

—Adios, señor Grandet, dijo Cruchot, comprendiéndolo todo y apresurándose á tranquilizar al presidente de Bonfons.

Al entrar M. Grandet en su casa encontró preparado el almuerzo y Eugenia abrazaba á su madre con aquella viva efusion del alma que nos causa un pesar secreto.

—Ya pueden ustedes comer, dijo Mariana sal-

tando los escalones de cuatro en cuatro. Aquel joven duerme todavía como un querubin. ¿Que hermoso está con los ojos cerrados! He entrado, le he llamado...nada...Se ha quedado durmiendo.

-- Déjale dormir que por tarde que se levante todavía se habrá despertado temprano para saber las malas noticias que le esperan.

-- Qué le ha sucedido? preguntó Eugenia, poniendo los dos terroncitos de azúcar en su café. Madama Grandet, que no se había atrevido á hacer aquella pregunta, miró á su marido.

-- Su padre se ha hecho saltar la tapa de los sesos.

-- Mi tío? exclamó Eugenia.

-- Pobre joven! añadió madama Grandet.

-- Si, pobre, repuso Grandet, ya no le queda ni un cuarto.

-- Que desgracia! y él duerme como un patriarca, dijo con dulce acento Mariana. Eugenia no pudo comer mas: su corazon estaba comprimido, como cuando la compasion movida por la desgracia de lo que se ama asalta por primera vez el corazon de una mujer. La pobre niña se puso á llorar.

-- ¿Conoces acaso tú á su tío? díjole su padre, lanzándole una de aquellas miradas de tigre hambriento que echaba sin duda á sus montones de oro; ¿por qué lloras?

-- Pero, señor, ¿quien no se moverá á compa-

sion por este pobre joven que duerme como un tronco sin saber nada de su suerte? dijo la criada.

-- No hablo contigo, Mariana, cállate. Eugenia conoció en este momento, que la mujer que ama debe disimular siempre sus sentimientos. No respondió palabra alguna.

-- Hasta mi vuelta no quiero que le hables de nada, mujer. Tengo que arreglar los hoyos de mis prados. Al medio dia estaré de vuelta para la segunda comida, despues de la cual trataremos con mi sobrino de sus asuntos.—En cuanto á tí, señorita, si te veo llorar por ese mirliflor, partirá pronto y muy pronto para las Indias, y no le verás ya mas...

El padre tomó sus guantes del ala de su sombrero, se los metió con la calma habitual, restregándose unos dedos contra otros, y se fué.

-- Ah, mamá! yo me ahogo, exclamó Eugenia, luego que se vió sola con su madre. Yo no he sufrido jamas así.

Viendo madama Grandet que su hija palidecía abrió la ventana, y le hizo respirar el aire libre.

-- Ya me hallo mejor, dijo ella despues de un momento.

Esta emocion nerviosa en una naturaleza hasta entonces sosegada y fria, comunicose á madama Grandet, que miró á su hija con aquella intuicion simpática de que las madres están dotadas para con los ob-

jetos de su ternura y lo adivinó todo. Pero, en verdad, la vida de las célebres hermanas húngaras unidas una con otra por un error de la naturaleza, no había sido más íntima que la de Eugenia y de su madre, siempre juntas delante de una ventana, juntas siempre en la iglesia, siempre juntas dentro de un mismo círculo.

-- Pobre hija mía, dijo la señora Grandet tomando la cabeza de Eugenia para apoyarla contra su seno.

A estas palabras Eugenia levantó la cabeza, preguntó á su madre con una mirada y descubrió sus secretos pensamientos diciéndola:

-- ¿Por qué quiere enviarle á las Indias? ¿si es desgraciado, no debe quedarse aquí? ¿no es nuestro pariente más cercano?

-- Si, hija mía, esto sería muy natural; pero tu padre tiene sus razones, y nosotras las debemos respetar.

Madre é hija sentáronse en silencio, y continuaron su labor; mas oprimida de reconocimiento por la admirable comprensión del alma que le había dejado entrever su madre, Eugenia besó su mano, diciéndola:

-- ¡Cuan buena eres, mamá!

Estas palabras hicieron irradiar el anciano rostro maternal, marchito por dilatados sufrimientos.

-- ¿Te parece hermoso? la preguntó Eugenia.

Madama Grandet respondió solamente con una

sonrisa; mas pasados unos momentos de silencio, la dijo en voz baja.

-- ¿Por ventura le amas ya? harías mal.

-- ¿Mal? por qué? replicó Eugenia, á tí te gusta, á Mariana también, ¿por qué no he de quererle yo? Vamos, mamá, pongamos la mesa para su almuerzo.

Dejó su trabajo, y la madre hizo otro tanto, diciéndola: -- ¡Que loca eres!

Mas, luego ya ella misma se complació en justificar la locura de su hija, participándola también.

Eugenia llamó á Mariana.

-- ¿Quiere V. mas todavía, señorita?

-- ¿Mariana tendrás nata para el medio día?

-- Ah! para el medio día, si, contestó la criada.

-- Muy bien, dale un café bien fuerte, porque he oido decir á M. de Grassins que así se hace en París. Pondrás buena porcion.

-- ¿De donde quiere V. que lo saque?

-- Cómpralo.

-- Y si el amo lo sabe?

-- Ahora está en los prados.

-- Voy corriendo. Pero el señor Grondart me ha preguntado que si tenemos hospedados en casa los reyes magos, cuando me ha vendido la vela. Toda la villa va á saber nuestros gastos.

-- Si tu padre se apercibe de alguna cosa, dijo madama Grandet, es capaz de pegarnos.

-- Y bien! nos pegará : recibiremos sus golpes de rodillas.

Madama Grandet levantó los ojos al cielo. Mariana tomó su escofieta y se marchó.

Eugenia puso un mantel blanco y fuése á buscar algunos racimos de uvas que se habia entretenido en colgar con hilos en el repuesto. Voló lijera por lo largo del corredor para no despertar á su primo, mas no pudo menos de escuchar en la puerta la respiracion que salía de sus labios por intervalos iguales.

-- La desgracia le está velando mientras duerme! dijo entre sí.

Luego cojió las hojas mas frescas de la parra; arregló su racimo tan coquetamente como podria haberlo hecho un antiguo repostero, y lo colocó triunfalmente sobre la mesa. Despues se fué cuidadosamente á echar mano en la cocina de algunas peras que su padre habia contado, y las dispuso entre las hojas, en forma de pirámide. Iba, volvía saltaba y triscaba. Hubiera querido saquear toda la casa de su padre, pero él tenía todas las llaves. Mariana llegó entre tanto con un par de huevos frescos. Al verlos Eugenia, la vinieron tentaciones de darla un abrazo.

-- El arrendador de la Lande los tenia en su cesto, se los he pedido, y me los ha regalado para darme gusto.

En fin, despues de dos horas de cuidados, duran-

te los cuales Eugenia dejó veinte veces su trabajo para ver como hervia el café, para ir á escuchar el ruido que hacia su primo al levantarse, se dispuso á preparar un desayuno muy sencillo, de poco coste, pero que revolvia terriblemente las costumbres inveteradas de la casa. La comida del medio dia se hacia en pié. Cada uno tomaba un pedacito de pan, una fruta ó un poco de manteca, y un vaso de vino.

Al ver la mesa colocada junto al hogar, con una silla delante del cubierto de su primo; al ver los dos platos de frutas, la huevera, la botella de vino blanco, el pan, y el azucar amontonado en el platillo, Eugenia se puso á temblar de todo su cuerpo solamente al pensar en las miradas que su padre echaría, si por casualidad entraba en aquel momento. De ahí es que no apartaba la vista del reloj, para calcular si su primo podria almorzar antes que aquel volviese.

-- No pases cuidado, Eugenia, que si tú padre viene yo respondo de todo.

-- ¡Oh, mi buena madre! yo no te he amado bastante! exclamó.

Carlos, despues de haber dado mil vueltas por su cuarto, talareando, bajó por último, y afortunadamente no eran todavía las once. Habia puesto tanto cuidado en su vestido como si se hubiese hallado en el castillo de la noble dama que viajaba

en Escocia. Presentóse con aquel aire afable y jovial que sienta tambien en los jóvenes y que causó una triste alegría á Eugenia, tomando alegremente el desastre de sus castillos en Anjou, y adelantóse hacia su tía.

—¿ Como ha pasado V. la noche, querida tía?
¿ Y V. primita?

— Bien, muy bien, dijo madama Grandet. ¿ Y V. como la ha pasado?

— Yo perfectamente.

— Ya debe V. tener gana de comer? le indicó Eugenia. Siéntese V. á la mesa.

— Es que yo no almuerzo nunca antes del medio dia, á la hora en que me levanto. No obstante, he vivido tan mal en el viaje, que me dejaré conducir por V. V. Por otra parte.... y sacó el mas bonito reloj que haya salido de casa, Breguet. (46) Toma...; no son mas que las once! Madrugador he sido.

— ¡ Madrugador! dijo madama Grandet.

— Si, pero queria arreglar miscosas. Con que bien; ahora comería de buena gana cualquier cosa, nada, una perdiz.

— ¡ Virgen santa! exclamó Mariana al oír tales palabras.

— ¡ Una perdiz! pensó Eugenia, que hubiera dado por ella todó su peculio.

— Siéntese V. le dijo su tía.

El dandy se dejó caer en la silla, como una mujer bonita en su divan.

Eugenia y su madre tomaron dos sillas y se sentaron cerca de él, delante del hogar.

— ¿ Ustedes viven siempre aqui? preguntó Carlos, viendo mas fea la sala á la luz del dia que no lo era de noche á la luz artificial.

— Siempre, respondió Eugenia mirándole, exceptuando el tiempo de la vendimia; pues entonces nos vamos á la abadía de Noyers.

— ¿ No pasean VV. nunca?

— Alguna vez los domingos, despues de vísperas, cuando hace buen tiempo, llegamos hasta el puente, ó vamos á ver como siegan el heno; respondió su tía.

— ¿ Tienen VV. teatro?

— Teatro! para ver comediantes! ¿ No sabe V., sobrino, que esto es un pecado mortal?

— Tome V., señorito, dijo Mariana presentándole los huevos.

— Hola! huevos frescos! observó Carlos, que como todos los que están habituados al lujo no pensaba ya en su perdiz. Esto es delicioso! pero falta manteca.

— Ah ¡ ah! ¿ con que quiere V. manteca? entonces no habrá hojaldre! repuso la criada.

— Vé, trae manteca, exclamó Eugenia. La joven ecsaminaba á su primo, que cortaba el pan á pedacitos, y lo miraba con tanto gusto como el

que siente la mas sensible griseta (17) de Paris, viendo representar un nuevo drama, en que la virtud sale triunfante. Verdad es que Carlos, educado por una madre graciosa, y perfeccionado por una mujer á la moda, habia adquirido movimientos elegantes de coquetismo como lo son los de una señorita. Hay en la compasion y ternura de una jóven una influencia verdaderamente magnética. Asi Carlos, viéndose objeto de las atenciones de su prima y de su tia, no pudo sustraerse á la influencia de los sentimientos que se dirijian á él, y le inundaban, por decirlo así. Entonces echó sobre Eugenia una de aquellas miradas brillantes de bondad, de caricias, una mirada que parecia sonreír. Se apercibió, contemplando á Eugenia, de la armonía de las facciones de su rostro puro, de su postura inocente, del májico resplendor de sus ojos, en que centelleaban juveniles pensamientos de amor, y en que el deseo se hallaba ignorante de la voluntad.

— A fé mia, querida prima, que si se hallara V. bien vestida y en un palco de la Grande ópera, (18) aseguro que mi tia tendria razon; pues haria V. cometer muchos pecados de envidia á los hombres y de celos á las mujeres.

Este cumplimiento estrechó el corazon de Eugenia, y le hizo palpar de alegría.

—Oh! primo mio, V. quiere burlarse de una pobre provinciala.

—Si me conociera V. bien, primita, sabria que aborrezco las burlas muy mucho, por que marchitan el corazon, destruyendo todos los sentimientos.....

Y se engulló suavemente su bocado de pan emantecado.

--No, probablemente no tengo yo bastante talento para mofarme de los demas, y este defecto me hace mucha falta. En Paris hay un medio de asesinarle á uno, con solo decir: *Tiene buen corazon*. Esto allí significa: *Pobre muchacho! es tan bestia como un rinoceronte!* Mas como yo soy rico y conocido por diestro en matar á un hombre del primer tiro, á diez pasos de distancia, las burletas me tienen respeto.

-- Lo que V. dice, primo, anuncia un buen corazon.

--Que anillo tan hermoso tiene V.! ¿Haré mal, si le pido que me lo deje ver?

Carlos tendió la mano quitándose el anillo, y Eugenia ruborizóse al tocar con la punta de sus dedos las rosadas uñas de su primo.

--Mire V. mamá, cuánto trabajo!

--Que oro! dijo Mariana, presentando el café.

—Que es eso! ¿que viene á ser eso? dijo riéndose Carlos, al aspecto de un puchero negruzco,

rodeado de una faja cenicienta, vidriado en su interior, y en cuyo fondo se revolvia el café, subiendo con el hervor á la superficie del líquido.

-- Es café, dijo la criada.

Ah, ya lo veo. Querida tia, quiero dejar á VV. un buen recuerdo de mi viaje por aquí. Están VV. muy atrasados: voy á enseñarles á hacer un café bueno, en una cafetera á la Chaptal.

-- Tantas cosas hay que hacer, dijo Mariana, que sería menester pasar toda la vida en aprenderlas. Yo nunca haré café como el que V. dice. ¡ Buena la haríamos! ¿ Y quién iria á buscar hierba para la vaca, mientras yo hiciera el café?

-- Lo haré yo, dijo Eugenia.

-- ¡ Hija! dijo madama Grandet, mirando á Eugenia.

A esta palabra, que recordaba el terrible golpe que debia caer sobre aquel desgraciado jóven, las tres mugeres se miraron mutuamente, y le contemplaron con un aire de conmisericion, que le sorprendió.

-- Qué tiene V., primita?

-- Chst! hizo madama Grandet á Eugenia que iba á hablar. Ya sabes, hija mia, que tu padre se ha encargado de hablar á tu primo.....

-- Carlos, acabó el jóven Grandet.

-- Ah! ¿ se llama V. Carlos? ¿ qué nombre tan bonito! exclamó Eugenia.

Las desgracias presentidas suceden casi siempre. Aquí, Mariana, madama Grandet, y Eugenia, que no pensaban sin estremecerse en la vuelta del viejo tonelero, oyeron un fuerte aldabazo, cuyo ruido particular les era bien conocido.

-- ¡ Es papá! dijo Eugenia.

Y se apresuró á llevarse el azúcar, no dejando mas que algunos terroncitos en el platillo. Mariana se llevó los huevos, y madama Grandet huyó como una cabrita espantada. Era aquello un terror pánico, de que Carlos se quedó admirado.

-- Y bien! ¿ qué sucede? exclamó el jóven.

-- Está aquí mi padre! dijo Eugenia.

-- Y bien!

Entró M. Grandet, echó una mirada sobre la mesa, sobre Carlos, y lo vió todo.

-- Hola! hola! ¿ con que festejais á mi sobrino, eh? Bien, bien, muy bien. Cuando el gato corre por el tejado los ratones corren por las salas.

Me festejan! pensó Carlos, incapaz de sospechar el régimen y costumbres de aquella casa.

-- Dame mi vaso, Mariana, dijo el avaro.

Eugenia se lo presentó, y su padre sacó de la faltriquera un cuchillo con cachas de cuerno y de hoja ancha, cortó una rabanada de pan, tomó un poco de manteca, la estendió sobre el pan y empezó á comer. En este mismo instante Car-

los azucaraba su café. Mr. Grandet vió los terroncitos de azúcar, ecsaminó á su mujer que palidecia, levantóse, dió tres pasos, y acercándose al oído de la pobre vieja, preguntó:

-- ¿De dónde ha salido ese azúcar?

-- Mariana ha ido á comprarlo en casa Grandard, porque no teníamos.

Es imposible formarse una idea del profundo interés que ofrecía á las tres mujeres aquella escena muda; porque Mariana habia dejado la cocina para estar en la sala y ver lo que iba á pasar.

Probado que hubo Carlos el café, lo encontró demasiado amargo y buscó el azúcar.

-- Qué buscas, sobrino? le preguntó su tío.

-- El azúcar que estaba aquí.

-- Ponte leche, si quieres que el café sea mas dulce.

A estas palabras Eugenia tomó el platillo, y lo puso sobre la mesa, contemplando á su padre con calma.

La parisiense que para facilitar la huida de su amante sostiene con sus débiles brazos una escalera de seda, no muestra por cierto tanto valor como desplegaba Eugenia al volver á poner el platillo sobre la mesa. El amante recompensa á la parisiense, que le enseña orgullosamente un brazo herido, pues cada vena lacerada se cubre de lágrimas y be-

sos, y se cura por el placer, al paso que Carlos no debia saber nunca el secreto de las profundas aji-taciones que partian el corazon de su prima, aterrada entónces por la mirada de su padre.

-- Mujer, tú no comes!

Al oír estas palabras de su marido, la pobre mujer cortó un pedazo de pan, y tomó una pera.

Eugenia presentó audazmente á su padre un racimito, diciéndole:-- Papá, prueba mi conserva! ¡V., primo, tambien comerá, no es verdad! Estas uvas he ido á buscarlas para V.

-- Oh! si no se las pone freno, estas mujeres van á saquear por tí todo Saumur. Cuando hayas acabado iremos á dar un par de vueltas por el jardín, pues tengo que darte algunas noticias bastante tristes.

-- Tristes, tío! Despues de la muerte de mi pobre madre.....

Al pronunciar estas palabras su voz se ablandó.

-- No, no es posible que me suceda desgracia alguna.

-- Sobrino mio, quien puede saber las aflicciones que Dios nos prepara para probarnos! díjole su tia.

-- Ta! ta! ta! ta! respondió Grandet. Déjate de necesidades. Por lo que á tí toca, sobrino, yo veo con pena que tus manos son sobrado blancas. Y mostróle aquella especie de espaldas de carnero, que la

naturaleza le habia puesto en vez de manos.

-- Estas están hechas para recoger escudos. A tí te han enseñado á poner los pies en la piel de que se fabrican las carteras en que ponemos nuestros billetes de banco. Malo! malo!

-- Qué quiere V. decir, tío! Que me caiga muerto, si he comprendido una sola palabra.

-- Ven, dijo M. Grandet, haciendo crujir la hoja de su cuchillo, bebiendose lo restante de su vino blanco, y abriendo la puerta.

-- Primo mio, tenga V. valor!

El acento de la joven llenó de terror á Carlos que hecho presa de mortales inquietudes, siguió á su terrible pariente.

Eugenia, su madre y Mariana, se fueron á la cocina, escitadas por una invencible curiosidad, para seguir alménos con la vista á los dos actores de la escena que se preparaba en el pequeño y húmedo jardín, á donde se dirijia el tío marchando silenciosamente delante de su sobrino.

M. Grandet no se veia embarazado para descubrir á Carlos la muerte de su padre; pero se sentia movido de una cierta compasion al pensar que quedaba sin un sueldo, y buscaba fórmulas para dulcificar la espresion de esta cruel verdad. *¡Has perdido á tu padre!* Esto era decir nada, los padres mueren antes que los hijos. Pero *¡has quedado arruinado!* Todas la desgracias de la tierra estaban reuni-

das en estas palabras. Y acababa de dar por tercera vez la vuelta por el caminillo del medio del jardín, cuya arena crujia bajo sus pies.

En las grandes circunstancias de la vida, nuestra alma se une fuertemente á los lugares en que los placeres y los infortunios se descargan sobre nosotros. Asi es que Carlos contemplaba con una atencion particular el boj del pequeño jardín, las pálidas hojas que iban cayendo, la degradacion de las paredes, y la desigualdad de los árboles frutales, detalles pintorescos, que debian quedar grabados en su porvenir, eternamente mezclados con aquella hora suprema, por una mnemotecnia (19) particular de las pasiones.

-- Hace calor, dijo M. Grandet, tras una grande respiracion.

-- Sí, tío, pero...

-- Y bien, muchacho, tengo malas noticias que darte. Tu padre está muy malo...

-- ¡Muy malo!.. dijo Carlos. Voy á marchar al momento. ¿No hallaré aquí caballos de posta?

-- Los caballos serian inútiles, contestó su tío, que permanecia inmóvil.

Carlos quedóse mudo, pálido, y fijos sus ojos.

-- ¡Si, pobre muchacho, lo adivinas! Tu padre ha muerto, se ha suicidado.

-- ¡Mi padre!...

-- Sí. Pero esto es nada. Los periódicos lo publican cual si tuviesen derecho á ello. Toma...

Y M. Grandet que se habia llevado el periódico de M. Cruchot, puso el fatal artículo á los ojos de Carlos.

En este momento el pobre jóven, todavía niño, todavía en la edad en que los sentimientos se producen con sencillez, rebentó en lágrimas.

-- Vamos, bien, se decía Grandet. Sus ojos me daban cuidado; llora, ya está salvado. -- Esto todavía es nada, mi pobre sobrino, continuó Grandet sin saber si Carlos le escuchaba, esto es nada, ya te consolarás; pero...

-- Jamas! jamas! padre mio! mi padre!...

-- Te ha arruinado, estás sin un cuarto.

-- ¡Que me importa eso! ¡Dónde está mi padre! ¡padre mio!

Las lágrimas y sollozos resonaban por las salas de una manera horrible y se reproducian por los ecos en los ámbitos de la casa. Las tres mujeres movidas á piedad, lloraban tambien, porque las lágrimas son acaso mas contagiosas que la risa. Carlos, sin escuchar á su tío, se precipitó por el patio, halló la escalera, subió á su cuarto y se echó de través en su lecho, cubriéndose el rostro con las sábanas, para llorar á su sabor, léjos de sus parientes.

-- Es menester dejar pasar el primer arrebato, dijo M. Grandet, entrando en la sala en que Eugenia y su madre habian vuelto á ocupar bruscamente

sus puestos, y donde trabajaban con mano temblorosa, despues de haberse enjugado los ojos.

Eugenia se horrorizó al oír á su padre espresarse así sobre el mas sagrado de los dolores; y desde aquel momento empezó á juzgarle. Aunque sordos, los sollozos de Carlos retumbaban en aquella sonora habitacion, y su profundo llanto, que parecia salir del centro de la tierra, no cesó hasta ya tarde, despues de haberse ido sucediendo por accesos espantosos, y debilitando por grados á proporcion.

-- ¡Pobre jóven! dijo madama Grandet.

Fatal exclamacion! El viejo avaro miró á su mujer, á Eugenia y al platillo del azúcar; luego, acordándose del extraordinario almuerzo hecho para su desgraciado pariente, se plantó en medio de la sala:

-- ¡Hola! dijo con su calma habitual, espero que no se atreverá V. á continuar sus prodigalidades, señora Grandet. Yo no le doy á V. mi dinero para enzucarar á ese pisaverde.

-- Mi madre no tiene culpa alguna, dijo Eugenia, yo soy quien.....

-- ¡Si querrás contrariarme por que eres ya mayor? dijo Grandet interrumpiendo á su hija. Piensa, Eugenia.....

-- Padre mio, al hijo de vuestro hermano, me parece que no debía faltarle.....

-- Ta, ta, ta, ta, dijo el tonelero con sus cua-

tro tonos cromáticos, el hijo de mi hermano por aquí, mi sobrino por allá..... Carlos no nos es nada, no tiene cruz ni malla, su padre ha quebrado, y cuando este señorito habrá llorado su pesar, se marchará de aquí, pues no quiero que revolucione mi casa.

-- ¿Qué es eso de quebrar? preguntó Eugenia.

-- ¡Quebrar! repuso el padre, es cometer la acción mas villana entre todas las que pueden deshonrar al hombre.

-- Debe ser un gran pecado, añadió á esto madama Grandet, y nuestro hermano estará condenado.....

-- Dale! ya vuelves con tus escrúpulos y tus leantías, respondió él levantando las espaldas. Quebrar, hija mia, es un robo que desgraciadamente la ley toma bajo su protección. Algunos dieron sus propiedades á Guillermo Grandet, bajo su reputación de honor y probidad, y despues él se lo ha robado todo y no les deja mas que los ojos para llorar. El ladrón de un camino real es preferible á uno que quiebra: aquel ataca y se puede uno defender, de consiguiente arriesga su cabeza. Pero el otro..... En fin, Carlos está deshonrado.

Estas palabras resonaron en el noble corazón de la pobre niña y gravitaron sobre él con todo su peso. No conocia las máximas del mundo, ni sus razonamientos capciosos, ni sus engañosos

sofismas; era tierna, como lo es una flor nacida en el fondo de un bosque. Aceptó pues la atroz esplicación que su padre la daba de la bancarrota sin hacerla conocer la distinción entre una quiebra involuntaria y una calculada.

-- ¿Y bien, padre mio, V. no ha podido impedir esta desgracia?

-- Mi hermano no me ha consultado. Por otra parte, debe tres millones.

-- Cuanto importa un millon, papá? preguntó ella con la sencillez de un niño, que cree alcanzar al momento lo que desea.

-- ¡Tres millones! dijo Grandet, esto equivale á tres millones de piezas de veinte sueldos; y son menester cinco piezas de veinte sueldos para hacer cinco francos.

-- Dios mio! Dios mio! exclamó Eugenia, ¿cómo habia podido mi tio alcanzar tres millones! ¿Hay algun otro tan rico en Francia que pueda tenerlos?

Grandet se acariciaba la barba, se sonreía, y su lobadillo parecia dilatarse.

-- Mas ¿qué le va á suceder ahora á mi primo Carlos?

-- Va á partir para las Indias, en donde, segun la voluntad de su padre, probará fortuna.

-- Pero ya tiene dinero para ir allá?

-- Yo le pagaré el viaje..... hasta Nantes. (20)

Eugenia saltó de un brinco al cuello de su padre.

— Ah! papá, mi buen papá, que bueno eres!

Y le abrazaba de manera que llegaba á avergonzarlo; pues su conciencia ya le acusaba un poco.

— ¿Es menester mucho tiempo para recoger un millon? continuó preguntando.

— Toma! dijo el tonelero. ¿sabes lo que es un luis? pues son menester cincuenta mil para hacer un millon.

— Mamá, nosotras harémos un novenario para él.

— Ya habia yo pensado en esto.

— ¡Bravo! ¡derramar dinero! Vaya ¿os habeis creido que esta casa está llena de oro?

En este momento un jemido sordo, mas lúgubre que los demás, sonó por los ámbitos de la sala y heló de terror á Eugenia y á su madre.

— Mariana, dijo M. Grandet, ve arriba, mira si se mata. — No hay peligro, continuó, volviéndose á su esposa y á su hija, á quienes su acento habia hecho palidecer, ¡qué bestias sois las dos! Yo os dejo por un rato. Voy á dar otra vez cuatro vueltas entre los holandeses, que marchan hoy; despues pasaré á ver á Cruchot, y tratarémos con él de todo eso. Y marchó.

Así que hubo tirado la puerta, Eugenia y su madre respiraron á su sabor. Antes de aquella mañana, jamás la hija se habia visto comprimida en presencia de su padre; mas despues de al-

gunas horas, cambiaba á cada momento de sentimientos é ideas.

— Mamá, ¿cuantos luses dan por una pipa de vino?

— Tu padre vende las suyas, á ciento cincuenta y á dos cientos francos; algunas veces á tres cientos, segun he oido decir.

— Entónces cuando él recoge mil cuatrocientas pipas de vino....

— A fé, hija mia, que no sé cuanto importan. Tu padre jamás me habla de sus cosas.

— Pues debe ser rico.

— Puede ser. M. Cruchot me dijo que habia comprado á Froidtond, hace dos años. Esto le habrá producido mucho.

Eugenia, sin comprender ya nada, quedóse sumerjida en sus cálculos.

— ¡Ni siquiera me ha visto! dijo Mariana al volver. Está echado en su lecho, como un cordero y llora como una Magdalena. Qué sentimiento tiene, pobre jóven!

— Vamos pues á consolarle: pronto mamá, y si papá llama, bajarémos.

M. dama Grandet no supo oponerse á las irresistibles armonías de la voz de su hija. Eugenia era sublime, era mujer!

Ambas, palpitando el corazon, subieron al aposento de Carlos. La puerta estaba abierta. El

jóven no veía, ni sentía nada. Sumerjido en su dolor, prorrumpía en llantos descompasados.

— ¡Como ama á su padre! decía Eugenia en voz baja.

Es imposible comprender las esperanzas de un corazón apasionado á su placer, en el acento de tales palabras. Madama Grandet la dirigió una mirada maternal, y la dijo al oído en voz baja: — Cuidado, hija mía, sino le amarias!

— ¡Amarle! dijo ella. ¡Ah! si sabias lo que ha dicho papá!

Carlos volvió la espalda y encontró á su tía y á su prima.

— ¡He perdido á mi padre, á mi pobre padre! Si él me hubiese confiado el secreto de su desgracia, habríamos trabajado los dos hasta repararla! ¡Oh Dios mio! ¡mi buen padre! Yo creía volverle á ver tan pronto que le abracé friamente al partir....

Los sollozos le cortaron la palabra.

Nosotras rogarémos á Dios por él, dijo madama Grandet. Resígnate á la voluntad del cielo.

— Sobrino mio, dijo Eugenia, tenga V. valor! la pérdida de V. es irreparable. Así, piense V. ahora en salvar su.....

Con este instinto, esa finura de la mujer, que en todo emplea su talento, aun cuando prodiga sus consuelos, Eugenia quería engañar el dolor de su primo, ocupándolo de sí mismo.

-- ¡Mi honor! exclamó el jóven, agarrando sus cabellos con un movimiento brusco, y sentándose luego en la cama, cruzados los brazos. -- ¡Es verdad! Mi padre, según decía mi tío, ha quebrado! ¡ah! Y soltó un grito agudísimo cubriéndose el rostro con las manos.

-- Dejeme V., prima, dejeme! Dios mio, perdonad á mi padre! cuanto ha debido sufrir!

Habia algo de horrible en la espresion de aquel dolor juvenil, verdadero, sin cálculo y sin mirar al porvenir. Era un dolor púdico. Los sencillos corazones de Eugenia y su madre lo comprendieron bien: cuando Carlos hizo aquel jesto suplicando le dejáran abandonado á si mismo. Las dos mujeres bajaron en silencio, volvieron á ocupar sus puestos, y trabajaron durante una hora sin hablar palabra. Eugenia habia visto con una furtiva mirada que echó sobre el equipage del jóven, una de aquellas miradas de doncella que lo ve todo en un abrir y cerrar de ojos, las lindas bagatelas de su tocador, sus tijeras, sus navajas guarnecidas de oro; y esta ráfaga de lujo vista á través del dolor, le hizo á Carlos, por una especie de contraste, mas interesante. Jamás un acontecimiento tan grave, un espectáculo tan dramático habia herido la imaginación de aquellas criaturas metidas incesantemente entre la calma y la soledad.

-- Mamá, dijo Eugenia, ¿llevarémos luto por mi tío?

-- Tu padre decidirá de esto, respondió madama Grandet.

Y se quedaron de nuevo silenciosas. Eugenia tiraba los puntos con una regularidad de movimientos, que hubiera revelado á un buen observador los fecundos pensamientos de su meditacion. El primer deseo de aquella adorable jóven era partir el luto con su primo.

A eso de las cuatro un aldabazo brusco hizo temblar el corazon de madama Grandet.

-- Que tendrá tu padre? dijo á su hija.

El viñero entró muy alegre, se quitó sus guantes, restregó sus manos, cuya frotacion hubiera levantado su epidérmis á no estar curtido como el cuero de Rusia, salvo el olor de incienso, y se paseó como para hacer tiempo. Pero al fin se le escapó su secreto.

-- Mujer, dijo sin tartamudear, les he cojido.

Nuestro vino ya está vendido! Los Holandeses y los Belgas marchaban esta mañana, me he paseado por la plaza delante de su posada, haciéndome el tonto, cuando aquel que tú conoces me ha venido á encontrar. Todos los propietarios guardan su cosecha y quieren esperar. Yo no se lo impido. Nuestro Belga estaba desesperado. Yo lo he visto; negocio concluido. Toma la cosecha á veinte escudos la pipa, dinero contante. Me ha pagado en oro. Los billetes ya están corrientes.

Toma seis huses para tí. Dentro de tres meses los vinos harán una baja considerable.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una calma, tan profundamente irónica, que los negociantes de Saumur agrupados en aquel momento en la plaza, y espantados por la noticia de la venta que acababa de hacer M. Grandet, habrian ruidido como leones, si las hubiesen oido. Un terror pánico habria bajado los vinos de un cincuenta por ciento.

-- Este año tiene V. mil pipas, papá!

-- Si, mona mia.

Esta palabra era la espresion superlativa de la alegría del viejo tonelero.

-- Esto hace cien mil piezas de veinte sueldos.

-- Si, hija mia.

-- Y bien, ahora podria V. socorrer á Carlos.

La sorpresa, la cólera, la estupefaccion de Baltasar, viendo á su *Mane Tekel Pharés*, no podría compararse á la fria indignacion de M. Grandet, que no acordándose ya de su sobrino, lo hallaba en el corazon y cálculos de su hija.

-- Hola! desde que este mirliflor ha puesto los pies en mi casa, todo va revuelto. Vosotras os dais prisa á comprar azúcar, á hacer bromas y festines. Yo no quiero estas cosas. A mi edad sé como debo conducirme, tal vez! Por otra parte no he de

recibir lecciones de mi hija, ni de nadie. Haré por mi sobrino lo que será conveniente hacer, y no hay que meteros en eso. En cuanto á tí, Eugenia, no me hables mas de tu primo, sinó te envío á la abadía de Noyers con Mariana á ver si estoy yo allí; y no pasará de mañana si te oigo chistar. ¿Donde está pues este muchacho? ¿que no ha bajado todavía?

— No, amigo mio, respondió madama Grandet.

— ¿Y bien, qué hace?

— Lloro á su padre, respondió Eugenia.

M. Grandet, se calló y miró á su hija. — Mi hermano era un poco padre!....

Despues de haber dado una ó dos vueltas por la sala, subió repentinamente á su gabinete, para meditar un emplazamiento en los fondos públicos. Los dos mil yugadas de bosque que habia mandado cortar le habían valido un millon y quinientos mil francos. Ahora añadía á aquella suma, á la de los álamos, á la de los vendidos el año anterior, y á los del año corriente, otra suma de cien mil escudos de la venta que acababa de hacer, de manera que podia reunir dos millones y cuatrocientos mil francos. La ambicion del veinte por ciento que en poco tiempo podia ganar sobre las rentas que estaban á ochenta francos le atormentaba violentamente. El viejo cifró su especulacion sobre el mismo periódico, que publicaba la muerte de su hermano, oyendo sin escuchar los jemidos de su sobrino.

En esto Mariana se puso á golpear en la pared para invitar á su amo á la comida que estaba preparada. Pero ya bajaba la escalera por debajo de la bóveda, y aun se decia á si mismo:

— Pues que tocaré mis intereses al ocho por ciento, concluiré este negocio. En dos años tengo cuatro millones que puedo retirar de Paris en buen oro. — ¡Y bien! ¿dónde está mi sobrino?

— Dice que no quiere comer, respondió Mariana. Esto no va bien.

— Mejor; otro tanto de economizado, replicó el avaro.

— En efecto.

— Bah! bah! no llorará siempre. El hambre saca al lobo fuera del bosque.

La comida fué estrañamente silenciosa.

— Mi buen amigo, dijo madama Grandet despues de haber quitado los manteles, será menester llevar luto de tu hermano.

— En verdad, señora Grandet, que no sabe V. que inventar para desparramar el dinero. El luto está en el corazon, y no en el vestido.

— Mas el luto de un hermano es indispensable, y la Iglesia nos manda que.....

— Bien, pues, compraos vosotras luto con los seis luises que os he dado; á mí me daréis una gasa y esto me bastará.

Eugenia levantó los ojos al cielo, sin articular

una palabra. Por la primera vez, en su vida, sus jenerosos sentimientos, aletargados y comprimidos; pero despertados subitamente, se habian ajado por momentos.

Aquella tarde, en apariencia se parecia á las otras mil que habia pasado de su monotonia ecsistencia; pero era sin duda alguna la mas horrible. Eugenia trabajó sin levantar la cabeza, sin servirse del cofrecillo que Carlos habia desdeñado el dia anterior.

M. Grandet abismado en los cálculos cuyos resultados debian causar el dia siguiente la admiracion de todo Saumur, estuvo dando vueltas con los pulgares uno sobre otro, durante cuatro horas.

Aquel dia la familia no recibió visita alguna; toda la poblacion hablaba del esfuerzo de M. Grandet, de la quiebra de su hermano, y de la llegada de su sobrino.

Todos los propietarios de viñedos, mas ó ménos ricos de la poblacion, para obedecer á la necesidad de charlar sobre intereses comunes, se habian reunido en casa de Grassins donde se fulminaron terribles imprecaciones contra el astuto tonelero.

Mariana hilaba, y el ruido de su torno era el único que se oía en aquellas oscuras estancias.

—Que poco gastamos nuestras lenguas, dijo, mostrando sus dientes blancos y gruesos como almen-dras peladas.

—Aqui no se debe gastar nada, respondió Grandet, despertando de sus meditaciones.

Se veía en perspectiva catorce millones en tres años, y vogaba sobre aquel vasto lago de oro.

—Vámonos á dormir. Yo iré á dar las buenas noches á mi sobrino por todos, y veré si quiere algo.

Madama Grandet se quedó en el primer rellano, para oír la conversacion que iba á tener lugar entre Carlos y su marido. Eugenia, mas atrevida subió dos escalones.

—Y bien, sobrino mio, estás apesadumbrado! Si, llora, es natural. Un padre es un padre. Pero es menester sufrir las desgracias con resignacion. Yo me ocupo de tí mientras que tú lloras. Soy un buen pariente, ya lo ves. Vamos, valor. ¿Quieres beberte un vasito de vino?

El vino no cuesta nada en Saumur. Allí se ofrece como en Indias una taza de té.

Por que, estás á obscuras? continuó dirijiéndose hácia la chimenea. Malo, malo, es menester ver claro cuanto se hace.—Toma! exclamó ¿de donde diablos habrán sacado esa vela? Esas *arrastradas* arrancarían el entablado de la casa para encender fuego á ese chico.

Al oír estas palabras la madre y la hija se entraron en sus cuartos, y se metieron en sus camas con la celeridad de los ratones espantados al entrar en sus madrigueras.

— Señora Grandet, tiene V. algun tesoro? dijo el avaro al entrar en el cuarto de su mujer.

— Amigo mio, respondió con voz alterada la pobre vieja, ahora estoy rezando á Dios mis oraciones, espérate un poco.

— El diablo se te lleve á tí y á tu Dios, replicó murmurando Grandet.

Los avaros no creen en una vida venidera; todo es presente para ellos. Esta reflexion despide una horrible claridad sobre la época actual, en la que mas que en ningun otro tiempo el oro domina las leyes, la política, y las costumbres. Instituciones, libros, hombres, y doctrinas, todo conspira á minar la creencia de una vida futura, sobre la cual está apoyado, hace diez y ocho siglos, el edificio social. Mas ahora el circulo de la vida es una transicion inadvertida. El porvenir que nos aguarda mas allá del *requiem* ha sido traspuesto al tiempo presente. Llegar por *fas* ó por *nefas* al paraíso terrestre del lujo y placeres vanidosos, petrificar el corazon y macerarse el cuerpo á vista de posesiones pasajeras, como se sufría en otro tiempo el martirio de la vida á vista de los bienes eternos, es el modo de pensar jeneral; pensar escrito por todas partes hasta en las leyes que le preguntan à uno: *Que pagas?* en vez de decirle: *Que piensas?*

Cuando esta doctrina habrá pasado de la clase media á la ínfima del pueblo, ¿qué será del mundo? — ¿Has acabado, mujer? dijo el viejo tonelero.

— Amigo mio, ahora ruego á Dios por ti.

— Muy bien! buenas noches. Mañana nos veremos. La pobre mujer se durmió, como un estudiante que no habiendo aprendido su leccion, teme hallar al despertarse el rostro irritado de su maestro.

En el momento en que se cubria con las sábanas para no oír nada, Eugenia, lijerita, descalza, y en camisa, fue á darla un beso en la frente.

— ¡Oh mi buena madre! dijola, mañana *le* diré que he sido yo.

— No, hija mia, pues tu padre te enviaria á Noyers. Déjame hacer; que no ha de comerme á mí.

— ¿Oyes, mamá?

— ¿Que?

— Todavía llora.

— Vete á acostar, hija mia; tendrás frío en los pies; el suelo está húmedo.

Asi pasó aquel solemne dia que debia marcar época en la vida de la rica y pobre heredera, cuyo sueño no fué tan completo ni tan puro como lo habia sido siempre hasta entónces.

Acontecen con frecuencia ciertas cosas en la vida humana, que aunque verdaderas, parecen inverosímiles. Pero no provendrá eso del descuido de no deramar sobre nuestras determinaciones espontáneas una especie de luz psicológica, y de no explicar las razones misteriosamente concebidas que las han producido? Tal vez la profunda pasion de Eugenia de-

biera ser examinada en sus fibras mas delicadas, di-
rian algunos observadores, por que la considerarian
como una verdadera afeccion que influia en toda
su existencia. Gentes hay que prefieren negar los
desenlaces antes que medir la fuerza de los lazos, de
los nudos, y ataduras que unen secretamente un he-
cho á otro en el orden moral.

Aquí pues el *pasado* de Eugenia servirá para los
observadores de la naturaleza humana, de garantía á
la sencillez de su irreflexion y á la sinceridad de las
efusiones de su alma. Quanto su vida habia sido mas
tranquila tanto mas viva se desplegó en su alma la
piedad femenina, que es el mas ingenioso de los senti-
mientos. Asi turbada su alma por los acontecimientos
del dia anterior, se despertó muchas veces por sí mis-
ma para escuchar á su primo, creyendo haber oido
unos suspiros que desde la vijilia se habian grabado
en su corazon. Ya le veia espirar de pesadumbre, ya
le soñaba morir de hambre. Mas por la mañana
oyó de veras una terrible exclamacion: vistióse al mo-
mento y voló lijera con la escasa luz del alba al cuar-
to de Carlos, cuya puerta estaba abierta. La vela
habia quemado la boca del candelero. Su primo, ven-
cido por la naturaleza se habia quedado dormido,
sentado en un sillón, y reclinado sobre la cama. So-
ñaba como sueña el que tiene el estómago vacío. Eu-
genia pudo llorar á su sabor y admirar aquel rostro
juvenil y hermoso, petrificado por el dolor, aque-

llos ojos hinchados por las lágrimas, y que aun dur-
miendo parecian verterlas todavia. Carlos adivinó
simpáticamente la presencia de Eugenia, y abrien-
do los ojos, la vió enternecida.

— Perdon, querida prima, dijo, no sabiendo sin
duda ni que hora era, ni en que lugar se hallaba.

— Hay corazones que le sienten á V., Carlos,
y hemos creido que tendría V. necesidad de alguna
cosa. En esta postura se fatiga V. ¿ Por que no se
acuesta!

— Es verdad.

— Entonces, adios.

Eugenia se salió ruborosa y contenta de haber vi-
sitado á su primo. Solamente la inocencia tiene tales
audacias. La virtud instruida calcula lo mismo que
el vicio. La misma jóven que no habia temblado cer-
ca de Carlos pudo apenas tenerse en pié cuando es-
tuvo fuera del cuarto.

Su vida de ignorancia habia cesado de improviso,
razonó y se hizo mil cargos.

— ¡ Que idea va á formar de mi! Creerá que le
amo!....

Y esto era precisamente lo que ella deseaba mas.
El amor sincero tiene sus presentimientos y sabe
que amor con amor se escita. ¿ Para una doncella
solitaria podia haber acontecimiento mas extraordi-
nario que el haberse introducido furtivamente en el
cuarto de un jóven? Hay en el amor pensamientos

y acciones que equivalen para ciertas almas á santos esponsales.

Una hora despues, entróse en el cuarto de su madre y la vistió segun costumbre. Luego fueron á sentarse enfrente de la ventana, y esperaron á M. Grandet con aquella ansiedad que hiela el corazon ó le abochorna, le comprime ó le dilata, segun los caracteres, cuando se teme una escena, ó un punible desenlace; sentimiento por otra parte tan natural, que los animales domésticos lo experimentan á punto de gritar por la débil sensacion de una correccion, aquellos mismos que se callan cuando se les ha herido inadvertidamente. Al fin bajó M. Grandet, habló á su mujer con aire distraido, abrazó á Eugenia, y sentóse en la mesa, sin acordarse al parecer de las amenazas de la noche anterior.

— ¿Qué hace mi sobrino? Muy poco molesto está el pobre chico.

— Duerme, amo mio, respondió Mariana.

— Mejor; así no tendrá necesidad de luz, dijo el avaro con un tono chocarrero.

Aquella clemencia insólita, aquella amarga alegría llamó la atencion á madama Grandet, que no pudo ménos de clavar los ojos en su marido y escamarlo muy detenidamente.

El avaro tomó su sombrero, y sus guantes, y dijo al marcharse: — Voime á dar cuatro vueltas por la plaza para ver si encuentro á nuestros amigos los Cruchot.

— Eugenia, tu padre tiene algun proyecto entre manos.

Efectivamente M. Grandet, poco dormidor, empleaba la mitad de las noches en cálculos preliminares, que daban á sus miras, á sus observaciones, á sus planes, aquella admirable exactitud y precision, y le aseguraban aquella constante salida, aquel acierto que eran la admiracion de los habitantes de Saumur. Todo poder humano es un compuesto de paciencia y de tiempo. Los poderosos y ricos quieren y velan. De manera que la vida del avaro es un constante ejercicio de la pujanza humana puesta al servicio de la *personalidad*, que en efecto no se apoya mas que en dos sentimientos: el amor propio y el interés. Mas, siendo el interés el mismo amor propio sólido y bien entendido, ó el convencimiento continuo de una superioridad real, son dos partes de un mismo todo, el *egoismo*. De aqui dimana tal vez aquella excesiva curiosidad que escitan los avaros hábilmente puestos en escena, llamando la espectacion de los ánimos de los observadores. Se adaptan á todos los sentimientos humanos, porque participan de todos. ¿Como hallar un hombre sin deseos? y qué deseo social podrá satisfacerse sin el oro?

Realmente M. Grandet proyectaba algo, segun la expresion de su mujer. Hallábase en él, como en todos los avaros, un persistente deseo de jugar una partida con los demas hombres, y ganarles legalmen-

te sus intereses. Imponer á otro ; no es acaso hacer uso del poder, y abrogarse de continuo el derecho de despreciar à aquellos que demasiado débiles, se dejan vilmente cobijar? Oh! quien ha comprendido jamas al cordero echado humildemente à los pies de Dios, emblema el mas interesante de todas las víctimas de la tierra, emblema de la vida humana, el *Sufrimiento* en fin y la *Debilidad* glorificadas? El avaro deja à este cordero engordarse, lo aprisca, lo mata, lo come y lo desprecia. El pasto de los avaros es el oro, y el desden.

Durante la noche las ideas del avaro habian tomado otro rumbo: de ahí su clemencia.

Habia urdido un plan para mofarse de los Parisienses, para retortijarlos, arrollarlos, amasarlos, hacerlos, ir y volver, sudar, consumirse, palidecer, sufrir, y hacer de ellos su juguete: él, viejo tonelero, en el fondo de su sala pálida, subiendo la carcomida escalera de su casa de Saumur. Su sobrino le habia ocupado. Quería salvar el honor de su difunto hermano, sin costarle un sueldo ni à él ni à su sobrino. Sus fondos iban á ser emplazados por tres años y como no debía ya administrar mas sus bienes, era menester un alimento á su actividad maliciosa; por entonces lo habia encontrado en la bancarrota de su hermano. No teniendo entre manos algo que estrujar, queria machacar à los Parisienses en provecho de Carlos, y mostrarse escelente hermano á buen

precio. El honor de la familia entraba por tan poca cosa en su plan, que podría compararse su buena voluntad al deseo que experimentan los jugadores de ver jugar una partida, en la cual no les va interés alguno. Los Cruchot le eran necesarios, no quería irles á buscar, y habia decidido hacerles venir á su casa, y empezar aquella misma noche una comedia cuyo *escenario* habia ordenado, á fin de ser el dia siguiente, sin costarle un cuarto, el objeto de la admiracion de *su villa*.



PROMESAS DE AVARO.

PROTESTAS DE AMOR.

Durante la ausencia de su padre, Eugenia tuvo la dicha de poderse ocupar libremente de su amado primo, en derramar sobre él sin temor los tesoros de su piedad, la única de las sublimes superioridades de la mujer, la sola que ella quiere hacer sentir, y que perdona al hombre de dejarse tomar sobre él. Por tres ó cuatro veces Eugenia se fué á escuchar la respiracion de su primo, á saber si dormia ó si habia despertado ya. Cuando se levantó, la nata, el café, los huevos, las frutas, los platos, el vaso, todo cuanto hacia parte de su desayuno, fué para ella objeto de algun cuidado. Subió muy lista la vieja escalera

para escuchar el ruido que hacia su primo. Se vestia tal vez? lloraba todavía? Asomóse hasta la puerta:

—¿Primo mio?

—Primita.

—¿Quiere V. el almuerzo en la sala ó aquí?

—Donde V. quiera.

—¿Como está V.?

—Querida prima, me doy vergüenza de tener hambre.

Esta conversacion al traves de la puerta era para Eugenia todo un episodio de novela.

—Muy bien! nosotras le traerémos el almuerzo en el cuarto para no contrariar á mi padre.

Y bajóse á la cocina con la lijereza de un pajarito.

—Mariana, vé pues á arreglar el cuarto.

Aquella escalera tantas veces subida y bajada que retemblaba al menor ruido, parecia haber perdido para Eugenia su carácter de antigüedad; la veía luminosa, hablaba, era jóven como ella, jóven como su amor á quien servia. En fin su madre, su buena é indulgente madre quiso prestarse gustosa á las fantasías de su amor, y cuando estuvo arreglado el aposento, se fueron juntas á *hacer* compañía al desgraciado Carlos. ¿Por ventura no ordenaba consolarle la caridad cristiana? Estas dos mujeres sacaron de la rejion un gran número de pequeños sofismas para justificar sus excesos.

Carlos Grandet se vió pues el objeto de los cuidados

mas tiernos y afectuosos. Su corazon dolorido sentia vivamente la dulzura de esa amistad sincera, de esa esquisita simpatía, que estas dos almas siempre comprimidas supieron desplegar al hallarse libres un momento en la rejion de los sufrimientos, su natural esfera. Autorizada por el parentesco Eugenia se puso á componer la ropa, baratijas del tocador que su primo llevaba consigo, y pudo admirar á sus anchuras las lujosas chucherias, los adornos de plata que le venian á la mano, y que, so pretesto de ecsaminarlas, sostenia largo rato. Entónces Carlos no vió sin un enternecimiento profundo el jeneroso interés de su tia y de su prima para con él, pues conocia sobrado bien la sociedad de Paris para estar bien convencido de qué en su posicion no habria encontrado mas que corazones indiferentes y frios. Entónces contempló á Eugenia en todo el esplendor de su especial belleza, admirando ya la inocencia de aquellas costumbres, de que se burlaba el dia anterior.

Por esto cuando Eugenia tomó de manos de Mariana la taza de café con leche para dársela con toda la injenuidad del sentimiento y lanzándole una espresiva mirada, sus ojos se llenaron de lágrimas, y tomándola la mano, se la besó.

—Y bien! ¿que tiene V. todavía? preguntó ella.

—Lloro de reconocido.

Eugenia se volvió bruscamente hácia la chimenea, como para tomar los candeleros.

— Mariana, toma, llévate eso.

Cuando volvió el rostro á su primo le tenia aun muy colorado, pero alomenos sus ojos pudieron mentir y no pintar el excesivo gozo de que estaba inundado su corazon; no obstante, sus miradas espresaron un mismo sentimiento, asi como sus almas se confundieron en una misma idea. El porvenir era para ellos. Aquella dulce emosion fué mucho mas deliciosa para Carlos en medio de su pesadumbre inmensa, porque era mas inesperada.

Un aldabazo llamó la atencion de las dos mujeres, que volvieron á sus asientos con tanta celeridad por ventura, que cuando entró M. Grandet trabajaban ya. A no haber sido asi poco habria bastado para suscitar sus sospechas.

Despues del almuerzo, que el avaro tomó sin sentarse, el guarda-campos á quien habia prometido una recompensa llegó de Froidfond con una liebre y algunas perdices, muertas en el parque, y con dos patos, y algunas anguilas que enviaban los molineros.

— Hola! hola! aquí llega el pobre Cornoiller que viene como pedrada en ojo de boticario. ¿Que eso que traes se puede comer?

— Sí, mi buen amo, no hace mas que dos dias que se ha cójido.

— Vamos, Mariana, levántate, toma todo eso y arréglalo para la comida; pues hoy he convidado á dos de los Cruchot.

Mariana abrió tamaños ojos y se puso á mirar á todos los que la rodeaban.

— ¿De dónde sacaré lardo y especias?

— Mujer, da seis francos á Mariana, y recuérdame que he de ir á la bodega á sacar buen vino.

— Y bien, señor Grandet, interrumpió Cornoiller, que de antemano se habia preparado su arenga para cobrar el prometido salario.

— Ta, ta, ta, ta, respondió el avaro, ya sé á donde vas, tu eres un guapo chico y ya me sé yo lo que he de hacer; ahora estoy ocupado. — Mujer, dale cinco francos. Y se marchó en seguida.

La pobre señora tuvo por buena suerte el haber comprado la paz con once francos; pues ya sabía que Grandet se callaba durante quince dias, cuando la estafaba algun dinero.

— Toma, Cornoiller, dijo entregándole diez francos. Otro dia satisfarémos mejor tus servicios.

El guarda-campos no tuvo que decir y salióse.

— Señora, dijo Mariana, que se habia puesto su escofieta negra y tomado su cesto, ya tengo bastante con tres francos, guarde V. los otros tres, que por eso no faltará nada.

— Haz una buena comida, Mariana, y mi primo bajará.

— Necesariamente debe pasar alguna cosa extraordinaria, dijo madama Grandet. Esta es la tercera vez, despues de nuestro matrimonio, que tu padre convida á alguno.

A eso de las cuatro, en el instante en que Eugenia y su madre acababan de poner seis cubiertos para otras tantas personas, en el mismo en que el amo de la casa acababa de salir de la bodega con algunas botellas de aquel vino esquisito, que la jente de provincia guarda con tanto amor, entró Carlos en la sala. Estaba pálido; sus jestos, su continente, sus miradas y el sonido de su voz tenían una tristeza llena de gracia. No fingía dolor, sino que lo sentía en verdad; y el velo de amargura que cubría sus facciones, le daba aquel aire tan interesante y tan querido de las mujeres. Por tanto Eugenia le amó mucho mas. Acaso la desgracia les había aprosimado tambien. Carlos no era ya aquel jóven gallardo y rico, colocado en una esfera inaccesible para ella, no: érase un pariente sumerjido en la miseria mas espantosa, y es bien sabido que de la miseria nace la igualdad. La mujer parte con los ánjeles la posesion de los seres que sufren. Carlos y Eugenia se comprendieron y habláronse con los ojos solamente; porque el pobre *dandy* caído, el triste huérfano se sentó en un rincón, donde permaneció mudo con calma y orgullo al mismo tiempo; pero de vez en cuando alumbrábale la mirada dulce y acariciadora de su prima, obligándole á dejar sus tristes pensamientos, y á lanzarse en pos de ella por los campos de la esperanza y del porvenir, donde Eugenia queria que la acompañase.

Todo Saumur hablaba entónces de la comida ofrecida por M. Grandet á los Cruchot mas que no había hablado el dia anterior por la venta de su cosecha que constituía contra el tonelero un crimen de alta traicion. Si el político Grandet hubiese dado su comida con el pensamiento que costó la cola al perro de Alcibiades, (21) acaso habria sido un grande hombre, pero sobrado superior á una poblacion de que él se burlaba, pues no la hacia ningun caso. Asi que los de Grassins supieron el suicidio y la quiebra del padre de Carlos, resolvieron ir aquella misma noche á visitar á su cliente para tomar parte en su dolor y darle pruebas de amistad, al mismo tiempo que podrian informarse de los motivos que le habían determinado á convidar á los Cruchot en tales circunstancias. A las cinco en punto se presentaron el señor presidente C. de Bonfons y su tio el notario, endomingados de pies á cabeza; sentáronse á la mesa y empezaron á comer talcual bien. M. Grandet estaba grave, Carlos silencioso, Eugenia muda, y su madre callada como de costumbre, de manera que aquel convite parecia una verdadera comida de luto.

Quando se levantaron de la mesa Carlos dijo á sus tios: — Permítanme VV. que me retire. Debo ocuparme en una larga y triste correspondencia.

— Bien, sobrino.

Y asi que hubo partido y el tonelero pudo presumir que Carlos, ocupado en escribir, no podia ya

oirles, miró gazmoñamente á su mujer, y dijola: Mira, lo que hemos de hablar sería latin para tí. Ya son las siete y media y debieras retirarte á tu habitación. Hija mia, buenas noches: Abrazó á Eugenia, y luego esta y su madre dejaron solos á su padre y á los dos Cruchot.

En seguida comenzó una escena en que el malicioso Grandet, se valió mas que en cualquier otra ocasion de su vida, de la habilidad que habia adquirido en el comercio de los hombres, y que le habia granjeado de aquellos á quienes mordía un poco mas de lo regular el apodo de *perro viejo*. Si el antiguo maire de Saumur hubiese levantado mas su ambicion, si afortunadas circunstancias metiéndole en las esferas superiores de la sociedad, le hubiesen conducido á los congresos en que se tratan los intereses de las naciones, sin duda que sirviéndose del jenio con que le habia dotado su interés personal, habria podido sacar un gran partido en pro de la Francia. Sin embargo, acaso hubiera sido muy probable que sacado de Saumur el tonelero hubiese hecho una tristísima figura.

¿ Si sucederá con los talentos lo que con ciertos animales que llevados á climas estraños dejan de enjendrar?

— Se, se, se, señor pre, pre, presidente, deciiia V., que..... que la quiebr.....

El tartamudeo que desde tanto tiempo antes afec-

taba el pícaro viejo, que todos tenian por natural, lo mismo que la sordera de que se quejaba en los dias lluviosos, fué en aquella coyuntura tan fatigosa para los Cruchot, que escuchándole jesticulaban sin advertirlo, haciendo esfuerzos como si quisiesen acabar las palabras en que el otro se empotraba por su gusto.

Aqui será necesario quizás dar la razon y la historia del tartamudeo y de la sordez de M. Grandet.

Nadie en Anjou entendia mejor ni podia pronunciar mas netamente el frances que allí se habla, que el tonelero.

En cierta ocasion, á pesar de su astucia, se habia burlado de él un judio que durante las discusiones aplicaba la mano al oido á guisa de trompetilla, so pretesto de oir mejor, y trampeaba tan bien buscando sus palabras, que Grandet, víctima de su humanidad se creyó obligado á sujerir las espresiones é ideas que parecia buscar el tunante judio, á concluir por si mismo las razones del pícaro habreo, á hablar como debia hacerlo el maldito israelita y á ser en fin el judio y no Grandet; estraño combate del que salió perdedor el tonelero del único contrato que se le frustró en toda su vida comercial. Pero lo que perdió pecuniariamente hablando, lo ganó moralmente y con usuras en una buena leccion de que mas tarde recojió los frutos. De suerte que llegó á bendecir al judio que le habia enseñado el arte de

impacientar á su adversario mercantil, haciéndole perder de vista su pensamiento, mientras le ocupaba en terminar y espresar el ajeno.

Ahora bien: ningun asunto habia ecsijido en tanto grado el auxilio de la sordez, del tartamudeo, y de los ambages mas incomprensibles con que solia Grandet envolver sus ideas, que el que le ocupaba á la sazón. Desde luego no queria endozar la responsabilidad de sus ideas; y despues queria permanecer dueño de su palabra y dejar en duda sus verdaderas intenciones.

— Señor de Bon, Bon, Bonfons.....

Por la segunda vez despues de tres años llamaba Grandet señor de Bonfons al presidente. Este pudo creerse por un momento que era elejido yerno por Grandet.

— De de, de, deciiii, decia V., pues, que, que las quiebr, br, bras, pueden impedirse en, en, en, cier... ciertos casos.

— Los mismos tribunales de comercio pueden atajarlas. Esto se ve cada dia, dijo M. C. de Bonfons cojiendo la idea del pícaro Grandet, ó creyendo adivinarla y queriendo espresarla afectuosamente. Oiga V.

— Escucho, respondió humildemente el solapado tonelero, tomando el malicioso continente de un muchacho que se rie interiormente de su profesor, cuando parece que le presta mas atencion.

— Cuando un hombre digno de consideracion y bien reputado como lo era el hermano de V. por ejemplo, en Paris....

— Mi hermano, sí.

— Si amenaza inminente quiebra, el tribunal de comercio, que debe juzgarle (oiga V. bien) tiene facultad de nombrar liquidadores para la casa del que se juzga. Liquidar no es quebrar; el que quiebra se deshonor; pero el que liquida permanece hombre de bien.

— Esto es muy di... di.. di.. diferente sino... o...o... cuesta maaaaas caro.

— Pero una liquidacion puede hacerse tambien sin autorizacion ni mandato del tribunal de comercio.

— ¿Por que, de que modo se declara una bancarota? preguntó el presidente fungando una toma de tabaco.

— Jamas he peeeensado een ello.

— Primero, repuso el majistrado, se deposita en la escribanía del tribunal el balancé hecho por el comerciante mismo ó por su apoderado, en debida forma. Luego sigue la convocacion de acreedores; y que sucede si el comerciante no deposita el balancé y no se presenta acreedor alguno que reclame del tribunal un juicio por el cual se le declare en quiebra?

— Sí, veamos.

—Entonces la familia del difunto, sus representantes ó el comerciante mismo si acaso no ha muerto, ó sus amigos si está oculto, liquidan. ¿Acaso quiere V. liquidar los asuntos de su hermano?

—Oh! Grandet, esto estaria muy bien hecho, exclamó el notario. En el fondo de nuestras provincias ecsiste mucho honor, y si V. salvase su nombre, porque el nombre de su hermano es el de V., seria un hombre.....

—Sublime, dijo el presidente, interrumpiendo á su tío.

—En verdad que si: (a) mi hermano se llamaba Grandet lo mismo que yo. No cabe duda alguna, ni yo lo niego tampoco.

—¿Pero esta liquidación podria ser útil en todo caso y ventajosa á los intereses de mi sobrino, á quien estimo mucho? Es menester ver esto. Yo no conozco á los *perillanes* de Paris. No salgo de Saumur, como ven ustedes. No cuido mas que de mis viñas, de mis campos, y de mis quehaceres: yo nunca he hecho billetes. ¿Qué significa un billete? Yo he recibido muchos, muchísimos; pero no he firmado uno solo. Se reciben y se cuentan, se en-

(a) Balzac hace hablar tartamudo á Mr. Grandet y copia la manera de tartamudear como nosotros hemos hecho hasta aqui; pero esto podria ser pesado á los lectores que pueden figurarse sin necesidad de que se les diga como hablaria Grandet.

tregan y se vuelven á contar, y no sé nada mas. No obstante he oido decir que pueden volverse á comprar.

—Si, dijo el presidente, mediante un tanto por ciento. ¿Entiende V.?

M. Grandet ahuecó la mano, la aplicó al oido, y el presidente le repitió la frase.

--Es decir que en esto hay algun tiempo que gastar. A mi edad ya no me entiendo en nada de eso. Yo debo estarme aqui para cuidar de mis granos. De ellos sale el dinero para pagar todo lo demas. Antes que todo son las cosechas, y en Froidfond tengo intereses mas importantes que llaman mi atencion. No es regular que abandone mi casa por un *embrollamini-gentes* de treinta diablos, en que no entiendo una jota. Ustedes dicen que deberia irme á Paris para liquidar ó impedir la declaracion de quiebra; pero yo no puedo hallarme en dos partes á la vez, á ménos de convertirme en golondrina. Y...

--Ya entiendo, exclamó el notario. Muy bien, amigo mio, aqui tiene V. amigos muy verdaderos, capaces de hacer cualquier sacrificio por V.

--Vamos! decídete! pensaba Grandet.

--Y si alguno se iba á Paris, y buscando al acreedor principal de su hermano de V. Guillermo...

--Oiga V. una palabra, repuso el avaro. ¿Qué habia de decirle? Alguna cosa así, por ejemplo:--

M. Grandet de Saumur por aquí, M. Grandet de Saumur por allá: M. Grandet estimaba mucho á su hermano y no quiere ménos á su sobrino: es un buen pariente, tiene buenas intenciones, ha vendido bien su cosecha. Con que no declaren V. la quiebra, reúnanse, nombren liquidadores, y M. Grandet se decidirá. Para V. es mas ventajoso liquidar, que poner el negocio en manos de la justicia. ¿No es esto?

-- Cabal, dijo el presidente.

-- Ya ve V. señor de Bonfons, que ántes de decidirme, y sobre todo en negocios graves, es menester conocer los recursos y medios de que uno puede echar mano. ¿No es esto?

En efecto, dijo el presidente. Yo soy de dictámen que dentro de algunos meses se podrán volver á comprar los créditos, y pagarse íntegramente por un arreglo. Ya sabe V. que á los perros se les hace ir muy léjos enseñándoles un hueso. Mientras no se declare la quiebra y tenga V. los títulos de créditos se queda V. blanco como la nieve.

-- Como la nieve, repitió Grandet, ahuecando otra vez la mano y acercándola al oído. No comprendo eso de la nieve.

-- Entonces escuche V., replicó el presidente.

-- Ya escucho.

-- Un efecto, cualquiera que sea, es una mercadería que sube y baja. Esto es una deducción de

Jeremias Bentham sobre la usura. Este publicista ha probado que la preocupación que reprobaba á los usureros era una necedad.

-- Quéééé? dijo el avaro.

-- Tomando por principio, segun Bentham, que el dinero es una mercadería y que lo que representa el dinero se convierte igualmente en mercadería: atendiendo á que sometida á las variaciones habituales que rijen los asuntos mercantiles, la mercadería billete abunda ó falta en la plaza, que vale mucho ó nada, el tribunal ordena.... (toma! que bestia soy! disimule V.) Yo creo que podrá V. recobrar todo lo de su hermano por veinte y cinco del ciento.

-- Y V. le ha llamado Jeremias Ben..Ben..Ben....

-- Bentham, un ingles.

-- Ese Jeremias nos evitará muchas lamentaciones en nuestros negocios, dijo el notario riéndose.

-- Esos ingleses alguna vez tienen sentido comun, dijo M. Grandet. Así, segun Bentham, si los efectos de mi hermano valen; no valen. Sí, ya digo bien. No es verdad? Esto está claro. Los acreedores serían...no, no serian. En fin yo me entiendo.

-- Déjeme V. que le explique todo esto, dijo el presidente. Por derecho, si V. posee los títulos de todos los créditos debidos por la casa Grandet, su hermano de V. ó sus herederos no deben nada á nadie. Bien.

-- Bien, repitió Grandet.

-- En equidad, si los haberes de su hermano de V. se negocian (negocian; ¿entiende V. bien esta palabra?) en la plaza á tanto por ciento, si un amigo de V. pasa por allí y los compra, los acreedores, no estando obligados por violencia alguna á cederlos, la sucesion del difunto M. Grandet de Paris se queda lealmente libre.

-- Negocios son negocios, dijo el tonelero. Bajo esta suposicion ¿no comprende V. sin embargo que es muy difícil? yo no tengo dinero, ni tiempo, ni...

-- En efecto, V. no puede salir de aquí; pero, si quiere, yo iré á Paris (y V. me pagará el viaje, que no monta un comino). Veré á los acreedores, les hablaré, les iré ladeando, y se arreglará todo con un suplemento de pago, que V. puede añadir á los valores de la liquidacion, para poder entrar en los títulos de crédito.

-- Bien, ya veremos eso. Yo no puedo, ni quiero comprometerme sin que... El que no puede no puede ¿entiende V.?

-- Y es muy justo.

-- Ya tengo abierta la cabeza con todo lo que V. acaba de explicarme. Esta es la primera vez de mi vida que me veo obligado á pensar en...

-- Oh! como V. no es letrado!

-- Yo soy un pobre viñador, y no entiendo pizca

en lo que V. acaba de decirme. Es menester que lo reflexione mas.

-- Bien, repuso el presidente, como queriendo reasumir la discusion.

-- Sobrino, dijo el notario con tono enigmático é interrumpiéndole.

-- ¿Que quiere V. tio? respondió el presidente.

-- Deja que M. Grandet explique sus intenciones, puesto que se trata de un asunto tan importante. Nuestro buen amigo debe definirlo....

Un aldabazo que anunció la llegada de la familia de Grassins, luego despues su entrada y sus saludos no permitieron que M. Cruchot concluyese la frase: y el notario se alegró de la interrupcion, pues M. Grandet ya le miraba de soslayo, y el lobadillo de su nariz indicaba una tempestad interior. Pero desde luego el prudente notario no encontraba conveniente que el presidente de un tribunal de primera instancia fuese á Paris para capitular con acreedores y meter mano en un monopolio que hollaba las leyes de la estricta probidad. Luego, no habiendo oido que M. Grandet manifestase ningun deseo de desembolsar, temblaba instintivamente por su sobrino, si acaso se metia en aquel negocio. Aprovechó pues la entrada de los Grassins para tomar del brazo al presidente y separarle hácia el derramo de una ventana.

-- Basta de ofrecimientos, sobrino, ya te has ma-

nifestado suficientemente. El deseo de tener la hija te ciega, y no es menester ir como una corneja que derriba nueces. Déja que por ahora lleve yo el timon y tú conténtate con ayudar á la maniobra. ¿Está bien que comprometas tu dignidad de majistrado en un?.....

No concluyó porque oía á M. de Grassins, que hablaba con el tonelero y le decia:

—Grandet, hemos sabido la terrible pérdida que ha sufrido la familia de V., el desastre de la casa de Guillermo Grandet y su muerte: por tanto, venimos á consolarle á V., manifestándole que participamos en mucho de su sentimiento.

—La única desgracia es la muerte de M. Grandet, dijo el notario, interrumpiendo al banquero. Ni esta se hubiera verificado tampoco si hubiese pedido socorro á su hermano, el cual honrado y pundonoroso como es, piensa liquidar las deudas de la casa de M. Grandet de Paris. Mi sobrino el presidente, para evitarle el embolismo de un negocio del todo judicial, le ofrece irse en seguida á Paris, á fin de transijir con los acreedores, y satisfacerles lo mejor posible.

Estas palabras confirmadas por la actitud del tonelero, sorprendieron extraordinariamente á los tres de Grassins, que durante el camino habian maldecido á su sabor la avaricia de M. Grandet, casi acusándole de fraticida.

—Bien lo sabia yo, exclamó el banquero mirando á su mujer. ¿No te acuerdas que te lo decia por el camino? Grandet es muy honrado, y no sufrirá la mas lijera mancha en su nombre. El dinero sin el honor es una enfermedad y no falta honor en nuestras provincias. Bien hecho, Grandet, muy bien hecho. Yo soy un antiguo militar, no sé disfrazar mis sentimientos, y todo lo digo con sinceridad: esto es sublime, canario!

—Entónces lo sublime es bien caro, respondió el avaro, mientras que el banquero le sacudia calorosamente la mano.

—Mas esto, querido Grandet, no se enfade el señor presidente, es un negocio puramente comercial y requiere un negociante consumado. ¿No es menester estar enterado de las cuentas de cambios, desembolsos y cálculos de intereses? Yo debo ir á Paris por mis negocios, y entonces podria encargarme de.....

—Procuraríamos pues arreglarnos los dos en las posibilidades relativas y sin empeñarme en cosas que yo no quisiera, dijo bostezando M. Grandet. Porque ya ve V., el señor presidente me pediría naturalmente los gastos del viaje.

En estas últimas palabras no tartamudeó.

—Ah! dijo madama de Grassins, si es un placer ir á Paris. Yo pagaría de buena gana por ir.

É hizo una señal á su marido, como para esfor-

zarle á soplar esta comision á sus adversarios á todo trance. Luego lanzó una irónica mirada á los dos Cruchot que pusieron grima al escucharla.

M. Grandet tomó al banquero por un boton de la casaca y lo condujo á un rincon.

—Yo tendria mas confianza en V. que en el presidente, le dijo. Ademas hay moros en la costa, añadió removiendo su lobadillo. Yo quiero entrar en la renta. Tengo que comprar algunos millares de francos y no quiero pagarlos mas que á ochenta. Esta mecánica baja, segun dicen se verifica al fin de cada mes. V. conoce bien esto ¿no es verdad?

—¡Pardiez si lo conozco! Y bien, entonces tendré yo algunos miles de libras de renta que levantar por V.

—No es gran cosa para empezar. *Chiton*. Quiero jugar sin que nadie lo sepa. V. me concluirá un negocio para el fin del mes; no diga V. nada á los Cruchot, esto les incomodaria. Puesto que va V. á Paris, verémos al mismo tiempo por mi pobre sobrino de que color están los.....

—Quedamos entendidos, mañana partiré en posta, dijo en alta voz M. de Grassins, y vendré á tomar las últimas instrucciones de V. á.....¿á que hora?

—A las cinco de la mañana, dijo el viñero, frótándose las manos.

Los dos partidos se quedaron cara á cara algunos

instantes y M. de Grassins dijo despues de una breve pausa, golpeando sobre la espalda de M. Grandet.

—¡Que agradable es tener parientes buenos como este!.....

—Sí, sí, sin que tenga esto visos de tal, soy un buen pariente. Yo amaba á mi hermano y lo probaré bien si no cuesta.....

—Nos vamos, Grandet, dijo el banquero interrumpiéndole felizmente ántes de concluir su frase. Se acerca mi partida y tengo algunas cosas que poner en órden.

—Bien, bien. Yo tambien, para lo que V. sabe, voy á retirarme en mi cuarto de deliberaciones, como dice el *presidente Cruchot*.

—Peste! ya no soy mas de Bonfons, pensó tristemente el majistrado, cuya figura tomó una espresion de melancolía judiciaria, la espresion de un majistrado cansado de un pleito.

Los jefes de las dos familias rivales se marcharon juntos. Ni unos ni otros se acordaron mas de la traicion de que Grandet se habia hecho culpable por la mañana y se sondearon mutuamente, bien que en vano, para ver lo que pensaban sobre las intenciones reales del avaro en este nuevo negocio.

—Viene V. con nosotros á ver á madama de Orsonval? dijo M. de Grassins al notario.

—Mas tarde irémos, respondió el presidente. He

prometido despedirme, si mi tío no lo halla á mal, de la señorita de Gribaucourt, y despues daremos la vuelta por allá.

— Siendo así, hasta luego, señores, dijo madama de Grassins.

Y así que estuvieron á distancia de algunos pasos de los dos Cruchot, Adolfo dijo á su padre.:— Están que rabian, eh?

— Cállate, hijo, le replicó su madre, pueden oírnos; además lo que dices no es muy sabroso y huele á universidad.

— Con que, tío, exclamó el majistrado, cuando vió alejados á los Grassins, he comenzado por ser el presidente de Bonfons y he concluido por ser simplemente un Cruchot.

— Ya lo he observado, pero el viento estaba en popa para los de Grassins. Eres un bestia con todo tu talento. Déjales embarcar sobre un *verémos* del tío Grandet, y estáte tranquilo, que por eso Eugenia no dejará de ser tu esposa.

En pocos momentos la magnánima resolución de M. Grandet fué esparcida en tres casas á la vez. Ya no hubo otra conversacion en toda la villa que su sacrificio fraternal. Todo el mundo le perdonó la venta hecha en desprecio de la fe jurada entre los propietarios, admirando su honor y jenerosidad de que nadie le hubiera creído capaz. Es carácter de los franceses entusiasmarse, acalorarse y apasionar-

se por el metéoro de un momento. Los seres colectivos, los pueblos, carecen acaso de memoria!

Cuando Grandet hubo cerrado la puerta, llamó á Mariana.

— No sueltes el perro, ni duermas tampoco; hoy hemos de trabajar juntos. A las once Cornoiller debe estar en la puerta con el chirrion de Froidfond. Oyele venir á fin de impedir que llame, y harásle entrar en silencio. Las leyes de policía no permiten el ruido nocturno. Por otra parte el cuartel no debe saber que yo me pongo en camino.

Dicho esto, M. Grandet subiése á su laboratorio, en que Mariana le oía removerse, hojear, ir y volver, pero con precaucion. No queria en realidad despertar ni á su mujer, ni á su hija, y sobre todo, no llamar la atención de su sobrino, á quien habia empezado ya por maldecir viendo que tenia luz en su cuarto.

En medio de la noche, Eugenia, preocupada en su primo creyó haber oído el llanto de un moribundo, y para ella ese moribundo era Carlos. Le habia dejado tan pálido, tan desesperado! Tal vez se habrá suicidado! se decia. De repente embozóse con un sobretodo y salió de su cuarto. Una luz viva que pasaba por las hendiduras de la puerta la hizo temer por el fuego; pero se serenó luego, al oír los pasos y la voz de Mariana que se confundian entre los relinchos de los caballos.

— Mi padre se lleva á mi primo, se decia, entreabriendo la puerta con mucha precaucion para impedirle de chirriar, más de manera que pudiese ver lo que pasaba en el corredor.

Lo primero que se le presentó fué la vista de su padre, cuya mirada, aunque vaga é insustancial, la llenó de terror. Iba con Mariana llevando sobre su hombro derecho una gruesa barra, de la que se hallaba suspendido un barrilito de aquellos que hacia M. Grandet á ratos perdidos.

— ¡Virgen santa! señor, ¡cuanto pesa! decia en voz baja Mariana.

— ¡Que desgracia que no sean esto escudos! respondió el avaro. Cuidado con el candelero.

Esta escena estaba iluminada por una sola vela, colocada entre dos barras de la escalera.

— Cornoiller, dijo M. Grandet á su *guarda-partibus*, ¿has tomado las pistolas?

— No por cierto, señor, ¿que hay que temer por el dinero de V.?.....

— Ah! nada, nada, respondió Grandet.

--Por otra parte tambien irémos corriendo. Los arrendadores de V. le han escojido los mejores caballos.

--Bien, bien, tu no les has dicho á donde íbamos?

--Si yo no lo sabía.

--Bien, bien, ¿el carruaje es bueno?

--¡Yo lo creo! muy récio! ¿Que es lo que hay en esos barriles que pesa tanto?

— Toma, dijo Mariana, ya lo sabemos! Hay á la raya de mil ocho cientos!

— Quieres callar, Mariana! Dirás á mi mujer que he salido al campo; al medio dia ya estaré de vuelta. Será menester alijerar el paso, Cornoiller, quiero estar en Angers ántes de las nueve.

El carruaje partió. Mariana cerró la puerta grande, soltó al perro, acostóse con la espalda algo magullada y nadie del barrio sospechó ni la partida de M. Grandet, ni el objeto de su viaje: la discrecion del tonelero era completa. Nadie vió jamás un sueldo en aquella casa llena de oro. Habiendo sabido por la mañana por las noticias de la plaza que el oro habia doblado de precio, por razon de los numerosos armamientos que se hacian en Nautes, y que algunos especuladores habian llegado á Anjers para comprarlo, el tonelero con un simple empréstito de caballos hecho á sus arrendadores, se puso en disposicion de ir, vender el suyo, y volverse con valores recibidos del pagador jeneral, sobre el tesoro, que aumentados de aquel modo formaban la suma necesaria para adquirir la renta antedicha.

— Mi padre se va! dijo Eugenia que desde lo alto de la escalera lo habia oido.

— El silencio se habia restablecido en la casa, y el lejano ruido del carruaje que fué cesando por grados, no resonaba ya en la poblacion de Saumur sumerjida en el sueño. Entónces Eugenia oyó en su corazon

antes de escucharlo por los oídos, un quejido que atravesó las puertas, y venía del cuarto de su primo. Una ráfaga luminosa, fina como el cortante de un sable, traspasaba la abertura de la puerta y cortaba horizontalmente las tablas de la vieja escalera.

— Como sufre! se decía, subiendo dos escalones.

Un segundo gemido la hizo llegar hasta la puerta. Estaba entreabierta y empujola. Carlos dormía con la cabeza inclinada fuera del sillón; su mano había soltado la pluma y tocaba casi en el suelo. La respiración fatigosa que le causaba su postura, espantó á Eugenia que entró corriendo.

— Cuan fatigado se debe hallar! decía Eugenia, mirando unas diez cartas cerradas sobre la mesa, cuyos sobres leyó.

A M. Juan Robert, sillerero. A M. Buisson, sastre, etc.

— Habrá arreglado todas sus cosas para dejar luego la Francia! pensaba tristemente.

Después echó la vista sobre dos cartas abiertas. Estas palabras con que empezaba una de ellas *Querida Anita*, la causaron un vértigo. Palpitó su corazón y quedó clavada en el suelo.

— Su querida Anita! La ama y es amado de ella! Ya no me queda ninguna esperanza! Qué deberá decirle!

Estas ideas le atravesaban la cabeza y el corazón, las leía por todo, hasta en el suelo con rasgos de fuego.

— ¡Debo ya renunciar á él! No, no quiero leer esa carta. Debo salirme de aquí. Mas, sin embargo si la leyera!...

Al fin clavó los ojos en él, tomóle suavemente la cabeza, se la colocó sobre el respaldo del sillón, y Carlos se la dejó conducir, á manera de un niño, que aun durmiendo conoce á su madre, y recibe sin despertarse sus besos y cuidados. Como una madre Eugenia levantó su mano pendiente, y como una madre le besó dulcemente los cabellos.

Querida Anita! Un demonio repetía en sus oídos estas dos palabras.

— Ya sé que hago mal, mas quiero leer esta carta.

Su noble probidad se estremeció. Eugenia volvió la cabeza. Por primera vez en su vida el bien y el mal se hallaban de frente en su corazón. Hasta entonces no había tenido que ruborizarse de acción alguna; mas al fin vencieronla la curiosidad y la pasión. A cada frase se dilataba su pecho mas y mas, y el ardor que animaba su vida, durante esta lectura, la hizo mas penetrantes los placeres de su primer amor.

Querida Anita, nada debía separarnos en este mundo á no ser la desgracia que me anonada y que ninguna prudencia humana hubiera podido evitar. Mi padre se ha suicidado; su fortuna y la mia se han

perdido completamente. He quedado huérfano en una edad en que por la naturaleza de mi educacion puedo pasar por niño, y debo sin embargo levantarme hombre del abismo en que estoy sumergido. Acabo de pasar una parte de esta noche en mis cálculos. Si, abandono la Francia como hombre honrado, y en esto no hay la menor duda, no tengo cien francos de que disponer para probar fortuna en las indias ó en la América. Sí, mi pobre Ana, iréme á probar fortuna en los climas mas mortíferos; allí es, segun dicen, la suerte segura. En cuanto á permanecer en Paris, no puedo: mi alma, ni mi cara no están hechas para soportar las afrentas, la frialdad, el desden que se le espera á un hombre arruinado, al hijo de un hombre que ha quebrado! Buen Dios, deber tres millones! Moriria de un duelo á la primera semana: no quiero volver mas. Tu amor, el mas tierno y decidido que jamas haya podido ennoblecer el corazon de un hombre, no tendria poder bastante para llevarme á Paris. Ah! mi bien me falta dinero para ir á donde tú estás, darte y recibir un postrer beso, un beso que me diera la fuerza que necesito para mi empresa.

—Pobre Carlos, dijo Eugenia enjugando sus lágrimas, he hecho bien en leer! Yo tengo oro y se lo daré.

Y continuó.

—Jamás habia pensado en los horrores de la mi-

seria. Si puedo alcanzar los cien luises indispensables para el viaje, no me resta un sueldo siquiera para una pacotilla. Pero no, ni cien luises me quedarán pagadas las deudas de mi padre. Sino me queda nada partiré tranquilamente á Nántes, me embarcaré como simple marinero, y empezaré como han empezado los hombres de enerjía, que, jóvenes, no poseian un sueldo, y han vuelto ricos de las Indias. Desde esta mañana he mirado muy friamente mi porvenir. Es mas horrible para mi que para cualquier otro; yo, mimado por una madre que me adoraba, querido por el mejor de los padres, y que para colmo de felicidad en el mundo, habia encontrado el amor de una Ana! No he conocido mas que las flores de la vida! tal felicidad no debia durar. Con todo, cara Anita, tengo mas valor de lo que era permitido á un jóven desauiciado ya, á un jóven habituado á las caricias de la mas deliciosa mujer de Paris, mecido entre los alhagos de la familia, á quien todo sonreía en derredor, y cuyos deseos eran leyes para un padre..... Oh! mi padre, Anita, ya murió!

Ahora bien, he reflexionado mi situacion, he reflexionado la tuya tambien. He velado mucho en veinte y cuatro horas! Mi querida Ana, si para tenerme á tu lado en Paris sacrificarás todos los placeres de tu lujo, tu tocado, tu palco en la opera, no llegaríamos de mucho, al número de gastos ne-

cesarios á mi disipada vida: ademas yo no sabia aceptar tantos sacrificios. Asi pues, hoy nos separamos para siempre.

— ¡La deja! ¡virjen santa! ¡Oh dicha!....

Eugenia saltó de alegría. Carlos hizo un movimiento, ella se heló de terror; pero, felizmente él no se despertó.

Y continuó su lectura:

— ¿Cuando volveré? ¡quien sabe! El clima de las Indias envejece muy pronto á un europeo, y sobre todo á un europeo que trabaja. Señalemos por término diez años. De aqui á diez años tu hija que tendrá diez y ocho, será tu compañera, y tu guarda. Entónces el mundo será para tí muy cruel, y tu hija aun mas. Hemos visto ejemplos de esos juicios mundanos, y de esas ingratitudes de las jóvenes; sepamos aprovecharlos. Guarda en el fondo de tu alma como yo guardaré en el fondo de la mia la memoria de esos cuatro años de felicidad, y sé fiel, si puedes, á tu pobre amigo. No sabia esci-
jértelo para siempre, porque ya ves, cara Anita, debo conformarme con mi suerte, mirar seriamente la vida y cifrarla en lo mas real. Debo pensar en el casamiento, que se hace una de las necesidades de mi nueva ecsistencia, y creo haber encontrado aqui en Saumur, en casa de mi tío, una prima, cuyos modales, figura, talento y corazon te agradarían, y que á mas, me parece tener.....

Hasta aqui llegaba la carta.

— Debia estar muy fatigado, cuando ha cesado de escribirla, dijo para sí Eugenia.

— ¡Justificábale! Parece imposible cuando aquella inocente niña apercibió la frialdad que estaba marcada en su carta. En una jóven educada en la relijion, ignorante y pura, todo es amor desde el momento que pone el pié en las rejiones encantadoras del amor. Paséase rodeada de la celeste luz que refleja su alma y que se fija en su amante. Colórale con los fuegos de su propio sentimiento y le presta sus mas preciosos pensamientos. Los errores de la mujer provienen casi siempre de su creencia en el bien, ó de su confianza en la verdad. Las palabras *mi cara Anita, mi bien* resonaban en su corazon como el mas hechicero lenguaje del amor, y acariciaban su alma, como en su infancia las palabras *venite adoremus* acompañadas por el órgano recreaban sus oidos. Por otra parte las lágrimas de que estaban todavía llenos los ojos de Carlos por su padre le revelaban todas las cualidades del corazon mas seductoras para una jóven.

— ¿Podia dudar que, si Carlos amaba tanto á su padre y le lloraba tan de véras, aquella ternura procedia tanto de las bondades de su corazon como de las de su padre? Los padres de Carlos, satisfaciendo siempre las fantasías de su hijo, le daban todos los placeres de la fortuna y esto le habia im-

pedido de hacer los horribles cálculos de que son culpables la mayor parte de los hijos en Paris, unos mas otros menos, porque en presencia de los goces de aquella capital forman deseos y conciben planes, que con pesar suyo ven prolongados é incesantemente impedidos por la vida de sus padres. De ahí es que la prodigalidad del de Carlos llegó á sembrar en su pecho un verdadero amor filial, sin ulterior intencion. No obstante Carlos era un jóven parisiense, habituado por las costumbres de Paris y hasta por la misma Ana, á calcularlo todo y á ser viejo con la máscara de jóven. Habia recibido la espantosa educacion del gran mundo, donde en una noche se cometen mas crímenes por pensamiento ó por palabra de los que castiga la justicia en los tribunales; donde los chistes asesinan las grandes ideas; donde nadie es tenido por fuerte hasta que se ve justo, y allí ver justo es no creer en nada, ni en los sentimientos, ni en los hombres, ni aun en los sucesos, porque tambien se finjen: para ver justo es menester pesar cada mañana la bolsa de un amigo, saberse hacer superior políticamente á cuanto acontece, y provisóriamente no admirar nada, ni las obras del arte, ni las nobles acciones, y dar por móvil de todo al *interés personal*.

Despues de mil locuras, aquella gran dama, la hermosa Anita, obligaba á Carlos á pensar nuevamente. Hablábale de su posicion futura al mismo

tiempo que le pasaba por los cabellos su perfumada mano; al tiempo de componerle un bucle le hacia calcular la vida. Afeminábale, materializándole: doble corrupcion; pero elegante fina, y de buen gusto.

—Carlos, ¡que sencillo es V.! solia decirle: mucho me costará hacerle conocer el mundo. Hoy ha estado V. muy mal con M. de Gerente. Ya sé yo que es un hombre poco honorable; pero aguarde V. que esté caido y entónces podrá menospreciarle á su sabor. ¿Sabe V. lo que nos decia madama Campan:—Hijos mios, miéntras un hombre está en el ministerio adoradle; caido, ayudadle á llevar al cementerio. Miéntras está en el poder es una especie de Dios; fuera de él, es inferior á Marat en su ruina, (22) porque él vive y Marat estaba muerto. La vida es una serie de combinaciones que es menester estudiar y seguir de contínuo para llegar á mantenerse siempre en buena posicion.

Carlos era un hombre demasiado á la moda, habia sido demasiado dichoso de parte de sus padres, y el mundo le habia adulado muy mucho para tener grandes sentimientos. El grano de oro que su madre le habia sembrado en el corazon se habia estendido en el crisol parisiense, y él lo habia empleado en su superficie cuando debia usarlo por el frote. Pero Carlos no tenía mas que veinte y un años, y á esta edad, la juventud de la vida parece inseparable del candor del alma. La voz, la

mirada, la figura parecen estar en armonía con los sentimientos. Por esto el juez mas duro, el abogado mas incrédulo, el usurero ménos facil, vacilan siempre en creer envejecido el corazon, y corrompidos los cálculos de aquel cuyos ojos nadan en un fluido puro, y cuya frente está sin arrugas. Carlos no habia tenido jamas ocasion de aplicar las máximas de la moral parisiense, y hasta entónces habia sido hermoso por la inesperienza; pero, sin saberlo él, se le habia inoculado el egoismo. Los jérmenes de la economía política al uso del parisiense, ocultos en su corazon, no debian tardar en florecer, tan pronto como el espectador ocioso pasase á ser actor en el drama de la vida real.

Casi todas las jóvenes se abandonan á las dulces promesas de estas exterioridades; pero Eugenia, aunque hubiese sido tan prudente y observadora como lo son algunas hijas de provincia; habria podido desconfiar de su primo, cuando en él los modales, las palabras y las acciones iban tan acordes con las inspiraciones del corazon? Un azar, fatal para ella, la hizo enjugar las últimas efusiones de verdadera sensibilidad de aquel corazon juvenil, y oír, por decirlo asi, los últimos suspiros de su conciencia.

Asi pues, dejó aquella carta, llena para ella de amor y se puso á contemplar con complacencia al adormido primo. Las frescas ilusiones de la vida jugaban todavía sobre su rostro y ella fué la primera

en jurar que le amaria siempre. Luego echó los ojos sobre otra carta, sin dar mucha importancia á aquella indiscrecion; y si comenzó á leerla fué para adquirir nuevas pruebas de las nobles cualidades con que se complacia en dotar al que habia elegido para amante, pareciéndose en esto á todas las demas mujeres.

«Mi querido Alfonso, cuando leerás esta carta, yo no tendré ya amigos; mas te aseguro que si bien he dudado de las jentes del mundo habitadas á prodigar esta palabra, jamas he dudado de tu amistad. A tí te encargo pues, el arreglo de mis intereses, y cuento contigo para sacar un buen partido de todo lo que poseo. Debes conocer sin embargo mi posicion. No tengo ya nada, y quiero partir para las Indias. Acabo de escribir á todas las personas á quienes creo deber algun dinero; adjunta va la lista de ellos, que he arreglado ecsacta como ha sido posible á mi memoria. Mi biblioteca, mis muebles, mis coches, mis caballos, etc., bastarán, creo, para pagar mis deudas. No quiero reservarme mas que las chucherías sin valor, que sean suficientes para hacerme un comienzo de pacotilla. Mi querido Alfonso, para esta venta te enviaré desde aqui un poder en forma, para caso de contestaciones. Me

enviarás todas mis armas, y mi Briton lo conservarás para tí: nadie pagaria el valor de ese admirable animal y prefiero ofrecértelo, como el anillo que suele legar un moribundo á su ejecutor testamentario. Roberto me tiene hecha una elegante carretela de viaje que no ha entregado todavía. Haz que la guarde y que no me pida indemnizacion. Si reusase este arreglo, evita cuanto pueda mancillar mi lealtad en las circunstancias en que me encuentro. Debo seis luises al insular perdidos en el juego; no dejes de...

Eugenia no continuó.

— Querido primo! dijo dejando la carta, y marchándose muy pasito á su cuarto con una vela encendida.

Llegado que hubo no sin una viva emocion de placer, abrió el cajon de un antiguo mueble de encina, uno de los mejores trabajos de la época llamada el *renacimiento*, en que se veia aun medio borrada la famosa Salamandra real. Sacó una gruesa bolsa de color carmesí con borlas de oro, bordada de cañutillo usado, que provenia de la sucesion de su abuela. Luego ponderó con orgullo la bolsa y se puso á verificar la cuenta de su peculio.

Primeramente separó veinte portuguesas, nuevas todavía, acuñadas en el reinado de Juan V, en 1725, cuyo valor efectivo era de cinco lisboesas, ó ciento sesenta y ocho francos sesenta y cuatro céntimos cada una, como solia decir su padre; pe-

ro cuyo valor convencional era de ciento ochenta francos, atendida la rareza y hermosura de aquellas piezas, que relucian como soles.

Item cinco genovesas ó piezas de cien libras de Génova, moneda tambien rara cuyo valor ascendia á ochenta y siete francos al cambio, pero que valian ciento para los aficionados al oro. Se las habia regalado el viejo señor La-Bertellière.

Item, tres onzas de oro españolas de Felipe V, acuñadas en 1729, dadas por madama Gentillet, que al entregárselas solia repetirle siempre la misma frase:—Este hermoso canario, ese amarillito vale noventa y ocho libras! Guárdalo bien, hermosa mía, esto será la nata de tu tesoro.

Item, (lo que su padre estimaba mas porque el oro de estas piezas era de veinte y tres quilates y una fraccion.) cien ducados de Holanda, acuñados el año 1756, cuyo valor era de doce francos poco mas ó menos.

Item, una grande curiosidad; una especie de medallas preciosas para los avaros, tres con el signo de la balanza, y cinco con el signo de virgo, todas de oro puro á veinte y cuatro quilates, la sublime moneda del gran Mogol, cuyo valor de cada una era de treinta y siete francos cuarenta céntimos por el peso, y de cincuenta francos á lo menos para los conocedores que prefieren el oro.

Item, el napoleon de cuarenta francos, recibido

el día anterior, y que ella había puesto negligentemente en la bolsa de carmesí.

En este tesoro había contenidas piezas nuevas y vírgenes, verdaderas bellezas del arte, de que se informaba M. Grandet y que revisaba de vez en cuando, para detallar á su hija sus virtudes intrínsecas, la hermosura del cordon, el trabajo del cuño y la riqueza de las letras todavía no rayadas. Pero ella ni pensaba en aquellas rarezas, ni en la manía de su padre, ni en el peligro que corría en desprenderse del tesoro tan querido para él; no pensaba mas que en su primo, y pudo por último comprender, cometiendo algunas faltas de cálculo, que poseía cerca de cinco mil y ocho cientos francos en valores reales, que convencionalmente podían venderse por dos mil escudos.

A la vista de sus riquezas se puso á aplaudir con las dos manos á la manera de un niño á quien se va á entregar un juguete deseado. De esta manera padre é hija habían valorado su fortuna; aquel para vender el oro, esta para arrojar el suyo en un oceano de amor. Volvió á meter las monedas en la bolsa carmesí, tomóla, y subióse otra vez al cuarto de su primo sin vacilar. La secreta miseria de Carlos le hacía olvidar el lugar y las delicadezas. Luego, estaba fortalecida por su conciencia, por su amor y su felicidad. Al punto de llegar al lindar de la puerta, teniendo en una mano la vela y en la otra la

bolsa, Carlos se despertó, vió á su prima, y quedóse estático. Eugenia se adelantó, colocó el candelero sobre la mesa, y dijo en voz conmovida:

—Primo, tengo que pedirle á V. perdón de una falta grave que he cometido con V.; pero Dios me perdonará este pecado, si V. quiere borrarlo.

—¿Pero, en qué consiste? dijo Carlos, frotándose los ojos.

—He leído esas dos cartas.

Carlos se ruborizó.

—Ahora ya no se decir como lo he hecho, y porque razon he subido aquí: pero casi estoy tentada de no arrepentirme de haber leído las cartas, pues que me han hecho conocer su corazon, su alma, y...

—Y qué? preguntó Carlos.

—Y sus proyectos de V., con la necesidad en que está de poseer una cantidad.....

—Prima mía.....

—Silencio! silencio! primo mio, no hable V. tan alto; no sea que se despierte alguno. Aquí tiene V. las economías de una pobre muchacha, que no tiene falta de nada. Carlos, acéptelas V. Esta mañana ignoraba lo que era el dinero; V. me lo ha enseñado. Veo que no es mas que un medio, y puesto que un primo es casi un hermano, bien puede V. aceptar la bolsa de su hermana.

Carlos se quedó mudo.

Eugenia tan mujer como niña no había previsto que su primo podía reusar.

—Y bien, ¿qué me responde V.?

—Carlos bajó la cabeza.

—¿Podría V. reusar? preguntó Eugenia, cuyas palpitaciones resonaron en aquel profundo silencio.

La indecision de su primo la había humillado. La necesidad en que se hallaba el infeliz se presentó mas vivamente en su espíritu y doblando la rodilla le dijo:

—No me levantaré de aquí hasta que acepte V. este dinero. Tómele V., primo mio, por favor, respóndame V.! Sepa yo alménos si V. me honra, si es jeneroso, si.....

Al oír este noble grito de desesperacion, Carlos derramó lágrimas sobre las manos de su prima que tomó para impedirle que se arrodillase, y apretándose las con ardor, Eugenia tomó la bolsa y echó el dinero sobre la mesa.

—¿Acepta V.? Sí, no es verdad? dijo llorando de alegría. No tema V. nada, primo mio, será V. rico. Este oro le dará á V. la fortuna; y un día me lo devolverá V. Por otra parte, nos asociaremos; en fin, yo pasaré por todas las condiciones que V. me imponga. Pero no debería V. dar tanto valor á este ofrecimiento.

Al fin Carlos pudo espresar sus sentimientos.

—Sí, Eugenia, tendría una alma muy pequeña, si no aceptára. Sin embargo, nada por nada, confianza por confianza.

—Qué quiere V. decir? preguntó espantada Eugenia.

—Oiga V., querida prima, yo tengo aqui...

Y se interrumpió para mostrarla sobre la cómoda una cajita cerrada, envuelta en una bolsa de cuero.

—Aquí ve V. una cosa que me es tan preciosa como la vida. Este cofrecito es un regalo de mi madre. Desde esta mañana he pensado que si mi madre pudiese salir de la tumba, ella misma vendería el oro que su ternura la había hecho prodigar en este recuerdo; pero esta accion hecha por mí me pareciera un sacrilejio.

Eugenia apretó convulsivamente la mano de su primo al oír estas últimas palabras.

—No, continuó despues de una breve páusa, durante la cual se lanzaron una mirada húmeda y brillante, no, yo no quiero destruirlo, ni arriesgarlo en mis viajes. Querida Eugenia, V. será la depositaria. Jamas amigo habrá confiado cosa mas sagrada á otro amigo.

Y fuése á tomar la cajita, sacóla de la bolsa, la abrió y enseñó tristemente á su prima admirada una joya en que el trabajo daba al oro un precio muy superior al de su peso.

—Lo que V. admira es nada, dijo apretando un

resorte que descubrió un nuevo fondo. Esto es lo que para mí vale la tierra entera.

Y sacó dos retratos, dos maravillas del arte de madama Mirbel, ricamente engastados en perlas.

— Oh! ese hermoso retrato debe ser de la señora á quien V. escrib.....

— No, dijo Carlos con una sonrisa. Esa mujer es mi madre; este mi padre: los tios de V., Eugenia. Yo debiera suplicarla á V. que me guardase este tesoro. Este oro podrá servir á V. de garantía si yo muero perdiendo su pequeña fortuna, y solo á V. puedo dejar estos dos retratos, porque solo V. es digna de conservarlos. Pero destrúyalos V. para que despues de su muerte no pasen á otras manos...

Eugenia callaba.

— Y bien, lo hará V. ¿no es verdad?

Al oír sus últimas palabras, Eugenia echó sobre su primo la primera mirada de mujer amante, una de aquellas miradas tan llenas de coquetería, como profundas. Carlos la tomó la mano y se la besó.

— Anjel de pureza, el dinero no será ya jamas nada para nosotros. El sentimiento que hace de él alguna cosa lo será todo de hoy en adelante.

— Se parece V. á su madre? ¿Tenia tambien la voz dulce como la de V.?

— Oh! mucho más dulce.....

— Sí, para V., dijo bajando los ojos. Vamos, Carlos, acuéstese V., yo lo quiero; está V. fatigado. Hasta mañana.

Y apartó suavemente la mano de entre las de su primo, que alumbrándola la acompañó.

Cuando estuvieron ambos sobre el lindar de la puerta: — Porqué estoy arruinado! dijo Carlos.

— Bah! mi padre es rico, segun yo creo, respondió ella.

— ¡Pobre hombre! repuso Carlos adelantando un paso y apoyando su espalda en la pared, su padre de V. no habria dejado morir al mio, ni la dejaria á V. en tal pobreza, y viviria él de otro modo, si fuese rico.

— Pero tiene á Froidfond.

— ¿Y qué vale Froidfond?

— No lo sé, pero tambien tiene á Noyers.

— ¿Alguna mala quinta?

— Hay viñas y prados.....

— Miserias, dijo Carlos con un aire desdeñoso. Si el padre de V. tuviese tan solo veinte y cuatro mil libras de renta ¿habitaria V. ese cuarto frio y desnudo? añadió avanzando el pié izquierdo.

— Aquí estarán pues mis tesoros, dijo señalando un viejo baul, para encubrir sus pensamientos.

— Váyase V. á dormir, dijo ella impidiéndole de entrar en un cuarto puesto todo en desórden.

Carlos se retiró, y se dieron las buenas noches con un mútuo suspiro. Durmiéronse con un mismo pensamiento y Carlos empezó á echar algunas rosas sobre su duelo.

Por la mañana siguiente madama Grandet halló á su hija paseándose antes del almuerzo en compañía de Carlos. Esta estaba triste todavía, como debía estarlo un desgraciado descendido, como quien dice, al fondo de los pesares, y que midiendo la profundidad del abismo en que habia caído, habia sentido todo el peso de su vida futura.

—Mi padre no vendrá hasta el medio dia, dijo Eugenia viendo la inquietud pintada en el rostro de su madre, que pudo entonces esplicarse el paseo de su hija.

Fácil era ver en las maneras, en la figura de Eugenia, y en la singular dulzura que contrajo su voz, una conformidad de ideas entre ella y su primo. Sus almas se habian unido ardientemente ántes tal vez de haber sentido bien la fuerza de sentimientos que aprosimaba uno á otro. Carlos se quedó en la sala, en que su melancolía fué respetada.

Cada una de las tres mujeres fuése á seguir sus faenas. Habiendo M. Grandet olvidado sus asuntos, fuéron á su casa un gran número de personas: los jornaleros, el albañil, el carpintero, los unos para terminar contratos relativos á reparaciones, los otros para pagar los arriendos ó cobrar dinero. Madama Grandet y Eugenia se vieron pues obligadas á ir, volver y contestar á las interminables preguntas de los obreros y jente del campo. Mariana continuaba sus economías en la cocina: es-

peraba siempre las órdenes de su amo para saber lo que debia guardar para la casa y lo que debia vender en el mercado. La costumbre del avaro á guisa de un gran número de jentilhombres de campo, era de beber su vino malo y comer sus frutos peores.

A las cinco de la tarde M. Grandet llegó de Angers con veinte y tantos miles de francos de su oro, llevando en su cartera billetes sobre el tesoro, y vales reales que le ganaban el interés hasta el día en que podria pagar sus rentas. Había dejado á Cornoiller en Angers, para reanimar á los caballos, medio muertos, y regresar lentamente despues de haber reposado bien.

—Vengo de Angers, mujer, tengo hambre.

Mariana gritó desde la cocina:

—¿No ha comido V. nada desde ayer?

—Nada, respondió el avaro.

Mariana sirvió la sopa. M. de Grassins vino á tomar las órdenes de su cliente al momento en que la familia estaba sobre la mesa. El tío Grandet aun no habia visto siquiera á su sobrino.

—Coma V. tranquilo, Grandet, dijole el banquero. Entre tanto charlarémos. ¿Sabe V. cuanto vale el oro en Angers desde que han venido á buscar de Nántes? Quiero enviar el mio.

—No lo haga V. respondió el tonelero, ya le hay suficiente. Somos demasiado amigos para que deje de evitar á V. una pérdida.

—Pero el oro vale trece francos y medio.

—Diga V. valía.

—¿De dónde diablos habrá venido?

—Yo he ido esta noche á Angers, contestó Grandet en voz baja.

El banquero se erizó de sorpresa. Luego se entabló una conversacion entre los dos de oído á oído, durante la cual M. de Grassins y Grandet miraron á Carlos varias veces. Y en el momento en que sin duda el avaro propuso al banquero que le comprase doscientas mil libras de rentas, M. de Grassins dejó escapar adrede un jesto de admiracion.

—Señor Grandet, dijo á Carlos, yo parto para Paris; si tuviese V. algun encargo que hacerme...

—Ninguno, Señor, se lo agradezco á V. infinito, contestó Carlos.

—Agradéceselo un poco mas, sobrino. El señor Grassins va para arreglar los negocios de la casa de Guillermo Grandet.

—¿Habrá tal vez alguna esperanza? preguntó Carlos.

—Por supuesto, recaló el tonelero. ¿No eres mi sobrino? tu nombre no es el mio tambien? no te llamas Grandet?

Carlos se levantó, abrazó á su tío, palideció y salióse. Eugenia contemplaba á su padre con admiracion.

—Vamos, adios, mi buen amigo de Grassins, que vaya todo bien, y cuidado con aquellas jentes.

Los dos diplomáticos se dieron un apretón de mano, el tonelero acompañó al banquero hasta la puerta, y despues de haberla cerrado, volvióse á sentar en su sillón y dijo á Mariana.

—Trae vino!

Pero como era sobrada su conmocion para estar sentado mucho rato, levantóse, miró el retrato de M. de la Bertellière y se puso á cantar, haciendo lo que Mariana solía llamar *pasos de danza*:

En la guardia francesa
Yo tuve un buen papá.

Mariana, madama Grandet y su hija se ecsaminaron mutuamente y en silencio. La alegría estremada del amo les causaba miedo casi siempre.

La velada terminó luego. Grandet quiso acostarse temprano y cuando él se acostaba todos los de la casa debian dormir ya, del mismo modo que cuando Augusto bebia, la Polonia debia estar embriagada. Por otra parte Mariana, Carlos y Eugenia no estaban menos cansados que el avaro. Por lo que toca á la señora Grandet, esta comia, bebia, dormia, y andaba segun queria su marido. No obstante, durante las dos horas señaladas para la dijestion, el tonelero, mas humorado que nunca, dijo muchos apotegmas particulares, de los cuales podrá calcularse por uno solo. Asi que hubo apurado el vino miró su vaso y exclamó: Apenas se aplican los lá-

bios á un vaso y ya está vacío. Ved ahí nuestra historia. De ningún modo se puede ser y haber sido. El dinero no puede correr y estarse quieto en el bolsillo; de otra suerte la vida sería sobrado hermosa.

Estaba jovial y clemente: Cuando Mariana se presentó con el torno la dijo: —Deja ese cáñamo que debes estar cansada.

—Vaya! pues qué he de hacer! respondió la criada.

—Pobre Mariana! ¿quieres un poquito de vino?

—Ah por lo que toca al vino no lo reuso.

La señora lo compone mejor que los boticarios que lo que estos venden es una droga.

—Ponen demasiado azúcar... tanto, que despues no sabe á nada, observó el amo.

El día siguiente á las ocho, la familia estaba ya reunida y el cuadro de la escena primera de aquel día ofrecía una intimidad bien real. La desgracia habia puesto pronto en relacion á madama Grandet, á Eugenia y á Carlos. La misma Mariana simpatizaba con ellos sin pensarlo, y los cuatro empezaron á formar una familia. En cuanto al viejo tonelero, su avaricia satisfecha y la certeza de ver que su sobrino debia partir luego, sin tener que pagarle mas que el viaje hasta Nantes, le hizo indiferente su permanencia en la casa. Por esto dejó libres á los dos muchachos como él solia llamar á Carlos y á Euge-

nia, para que se comportasen como mejor les pareciese, á la vista de madama Grandet, en quien él tenia completa confianza por lo que concernía á la moral pública y religiosa. El alineamiento de sus prados y sus plantaciones de álamos en el Loira, con los trabajos de invierno en sus fincas, y sobre todo en Froidfond le ocupaban exclusivamente.

Entonces empezó para Eugenia la primavera del amor. Desde aquella escena nocturna en que habia entregado su tesoro á Carlos, su corazon se le habia entregado tambien. Cómplices ambos en el mismo secreto, mirábanse, manifestando una mútua inteligencia que profundizaba sus sentimientos haciéndoselos mas comunes y mas íntimos, segregándolos, por decirlo así, de la vida ordinaria. ¿No autorizaba el parentezco cierta dulzura en el acento y alguna ternura en las miradas? De ahí es que Eugenia se complació en adormecer los sufrimientos de su primo en los goces infantiles de un naciente amor. ¿Deja de haber cierta graciosa semejanza entre los principios de la vida y los del amor? ¿No se mece á un niño entre dulces cantos y alegres miradas? ¿No se le cuentan maravillosas historias que le doran el porvenir? ¿No le despliega de continuo sus alas radiantes la esperanza? ¿No derrama sucesivamente lágrimas de placer, de dolor ó de alegría? ¿No se queja por nonadas, por piedras con las cuales quiere formar un palacio móvil, y por flores,

tan pronto cojidas como olvidadas? ¿No está deseoso de cojer el tiempo y avanzar en la vida? El amor es nuestra segunda transformacion. Entre Carlos y Eugenia la infancia y el amor fueron una misma cosa: fueron la pasion primera con todas sus niñerías, tanto mas alagüeñas para el corazon en cuanto las cubre un tinte de melancolía. Debatiéndose en su nacimiento bajo las negras gasas de luto, aquel amor estaba mucho mas en armonía con la sencillez provincial de aquella casa medio arruinada.

Carlos comprendió la santidad del amor, del que su querida Ana no le habia hecho conocer mas que las borrascosas tormentas, y comprendióla al hablar con su prima cabe el brocal del pozo, en aquel silencioso patio, ó bien al permanecer con ella en el jardín, sentados ambos en un banco muzgoso hasta la caída del sol, ocupados en decirse fruslerías, ó recojidos en la calma que reinaba entre la muralla y la casa, asi como suele estarse bajo los arcos de una iglesia. En tales instantes, Carlos prefería el amor puro y verdadero á la pasion brillante, coqueta y vanidosa de Paris. Despues, hacia ya tres dias que se encontraba en aquella casa, cuyas costumbres empezaba á comprender.

Por la mañana bajaba temprano á fin de poder hablar un rato con Eugenia antes que su padre bajase á dar las provisiones, y salíase al jardín asi que oían por la escalera los pasos de M. Grandet.

La pequeña criminalidad de aquella cita matinal que estaba oculta hasta para la madre de Eugenia y que Mariana finjia no ver, daba al amor mas puro del mundo la vivacidad de los placeres vedados. Cuando M. Grandet se iba despues del almuerzo á ver sus propiedades y explotaciones, Carlos se quedaba entre la madre y la hija, sintiendo delicias desconocidas, en prestar sus manos para ovillar el hilo de las madejas; en verlas trabajar y oirlas hablar. La sencillez de aquella vida casi monástica que le reveló las bellezas de aquellas almas, á quienes el mundo era desconocido, le sorprendió vivamente. Habia creído que aquellas costumbres eran imposibles en Francia, y no admitia su ecsistencia mas que en Alemania, aunque no fuese sino fabulosamente, y en las novelas de Augusto Lafontaine. (23) Pero luego Eugenia fué para él el ideal de Margarita de Goethe, pero sin manchilla. (24)

En fin, de dia en dia sus miradas y sus palabras hechizaron mas y mas á la pobre doncella que se abandonó deliciosamente á la corriente del amor. Cojió su felicidad á la manera que un nadador toma la rama de un sauce para salir del rio y reposarse en la orilla. ¿No la entristecian ya los pesares de una prócsima ausencia en las horas mas alegres de aquellos fugaces dias? Luego cualquier leve acontecimiento la recordaba su cercana separacion. Tres dias despues de

la partida de M. de Grassins, Carlos fué conducido por su tío al tribunal de primera instancia, con la solemnidad que la jente de provincia usa en tales casos, á fin de firmar una renuncia á la sucesión de su padre. Reputacion terrible, especie de apostasía doméstica. Luego fuése á ver á M. Cruchot para que le hiciese dos poderes; uno para M. de Grassins, y el otro para el amigo encargado de su mobiliage. Despues fuéron necesarias las formalidades requeridas del que quiere un pasaporte para el extranjero. En fin, cuando le llegaron los sencillos vestidos de luto que habia pedido de Paris, llamó á un sastre de Saumur, y le vendió su guardaropa inútil, acto que plugo singularmente á M. Grandet.

—Bien! héte ahí como un hombre que debe embarcarse y que quiere hacer fortuna, díjole al verle vestido con una levita de paño negro no muy fino. Bien! perfectamente.

—Ruégole á V. que crea, le respondió Carlos, que sabré tener el valor suficiente para conocer mi situación.

—¿Que es eso? preguntó el avaro, cuyos ojos se animaron al ver un puñado de oro que Carlos le enseñaba.

—He reunido mis botones, mis anillos, todas las superfluidades que tienen algun valor; pero como no conozco á nadie en Saumur, queria rogar á V. esta mañana....

—Que te lo compre, interrumpió M. Grandet.

—No señor, sino que me indique V. alguno que...

—Dame eso, sobrino, yo iré á valorarlo arriba y vuelvo á decirte lo que vale, sin faltar una malla. Oro de joya.... dijo ecsaminando una larga cadena, de diez y nueve á veinte quilates. Abrió luego su ancha mano, y llevóse el oro.

—Prima mia, dijo Carlos, permita V. que le ofrezca esos dos botones, que podrán servirle para hacerse de ellos un bracelete á la moda.

—Acepto sin vacilar, primo mio, dijo ella echándole una mirada de intelijencia.

—Querida tia, aquí tiene V. el dedal de mi madre que he guardado preciosamente en mi *necesaire* de viaje, dijo Carlos presentando un lindo dedal de oro á su tia, la cual hacia diez años que deseaba uno.

Estas palabras fueron pronunciadas con un profundo acento.

—No sé como agradecerlo, sobrino, dijo la vieja, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Mañana y tarde añadiré en mis súplicas la mas viva de todas para V. rezando la de los viajeros. Si yo muero, Eugenia conservará esta joya.

—Esto vale mil nueve cientos ochenta y nueve francos setenta y cinco centésimos, sobrino, dijo

Grandet, abriendo la puerta. Pero para evitarte el trabajo de venderlo, te lo voy á comprar y te lo pagaré *en libras*.

La palabra *libras* significa en el litoral del Loira, que los escudos de seis *libras* deben ser aceptados por seis *francos*, sin deducción.

—Yo no osaba proponérselo á V., respondió Carlos y me repugnaba, el revender mis joyas en esta villa. Napoleon decia que la ropa sucia debe lavarse en casa. Aprecio pues infinito la complacencia de V.

Grandet se rascó la oreja, y hubo un momento de silencio.

—Mi querido tío, continuó Carlos mirándole con aire inquieto, como si hubiese temido herir su susceptibilidad, mi prima y mi tía han querido aceptar un débil recuerdo mio, quiera V. á su turno aceptar tambien unos botones de camisa que me son inútiles, y ellos le recordarán á V. un pobre muchacho, que léjos de V., pensará ciertamente en aquellos que de hoy mas son toda su familia.

—Chico, chico! no es menester que te desprendas de todo de esta manera... —¿Que es esto? mujer, dijo volviéndose á ella con avidez, ah! un dedal de oro. —¿Y tu, hija mia, toma! toma! broches de diamantes! —Vamos, acepto tus botones, muchacho, añadió apretando la mano de Carlos. Pero... me permitirás que te pague el viaje hasta las Indias. Si; quiero

pagar tu pasaje. Por otra parte ya ves tu mismo que en tus joyas no he contado mas que el oro en bruto; y puede haber alguna ganancia en las hechuras. Asi pues, lo dicho dicho. Te daré un millar de escudos, *en libras*. Cruchet me las prestará, pues yo no tengo un *liar* (25) en casa, á menos que Perrottet, me pague el arriendo que aun me debe satisfacer. Toma, voy á verlo en seguida. Tomó su sombrero, sus guantes y salió.

—Conque quiere V. marchar! dijo Eugenia á su primo echándole una mirada de tristeza mezclada de admiracion.

—Es preciso! dijo Carlos bajando la cabeza.

Hacia algunos dias que el ademan, las maneras, las palabras de Carlos, se habian vuelto las de un hombre profundamente aflijido, pero que, sintiéndose pesar sobre él inmensas obligaciones, adquiere un nuevo valor en su desgracia. No suspiraba ya; se habia hecho hombre. Jamas Eugenia pudo augurar mejor del carácter de su primo que al verle bajar con sus vestidos de paño negro ordinario, que tan bien cafan á su pálida figura y asombroso continente. En este dia tomaron el luto las dos mujeres que asistieron con Carlos á un oficio *de requiem* celebrado en la parroquia por el alma de Guillermo Grandet.

Al medio dia, Carlos recibió cartas de Paris y las leyó.

—Y bien, primo mío, ¿está V. contento por sus negocios? díjole Eugenia en voz baja.

—No hagas jamas estas preguntas, hija mia, respondió Grandet. ¿Por qué has de meterte en los negocios de tu primo? Déjale estar.

—Oh! yo no tengo secretos, dijo Carlos.

—Ta, ta, ta, ta, sobrino, mas tarde sabrás lo que conviene contener la lengua en asuntos de comercio.

Cuando los dos amantes estuvieron solos en el jardín, Carlos dijo á Eugenia, atrayéndola al viejo banco en que se habian sentado antes debajo del nogal:

—Habia presumido bien que Alfonso se portaria como un hombre. Ha concluido mis negocios con prudencia y lealtad. Ya no debo nada en Paris, todos mis muebles están vendidos, y me anuncia, despues de los consejos de un capitán de larga esperiencia, que ha empleado tres mil francos que le quedaban en una pacotilla compuesta de curiosidades europeas, de que se saca un buen partido en Indias. Ha dirijido mis fardos á Nántes, en donde se halla un barco cargado para Java. De aqui á cinco dias, Eugenia, será menester despedirnos, para siempre tal vez, aloménos para largo tiempo. Mi pacotilla y diez mil francos son un muy pequeño comienzo: no puedo pues pensar en mi vuelta de muchos años. Siendo asi, querida prima, no pongá

V. en balanza mi vida y la de V.; yo puedo morir: tal vez se la presentará un rico partido...

—¿Me ama V.? dijo ella.

—Oh! sí, muchísimo.

—Esperaré, Carlos. ¡Dios mio! mi padre está en la ventana, exclamó, repeliendo á su primo, que se acercaba para abrazarla. Y habiendo corrido á ocultarse bajo la bóveda, Carlos la siguió: al verle Eugenia, retiróse al pié de la escalera, abrió la puerta batiente, y sin saber adonde iba, encontróse ante el cuchitril de Mariana, en el paraje ménos claro del pasillo. Carlos, que la habia acompañado hasta allí, la tomó la mano, atrájola sobre su corazon, abrazóla por la cintura y la apoyó suavemente sobre sí. Entonces Eugenia no resistió ya, y recibió y dió el mas puro, el mas dulce, pero tambien el mas entero de todos los besos.

—Querida Eugenia, la dijo Carlos, un primo vale mas que un hermano pues que puede desposarte.....

—Así sea! respondió Mariana abriendo la puerta de su cuarto. Los dos amantes espantados corrieron á la sala donde Eugenia se puso á trabajar y Carlos á leer las letanías de la virgen en el devocionario de madama Grandet.

—Toma! dijo Mariana, todos rezamos.

Desde que Carlos manifestó su prócsima partida, M. Grandet se puso en movimiento para hacerle

creer que le llevaba mucho interés. Mostróse liberal de todo lo que no le costaba nada, y encargóse de buscarle un embalador; pero pensando que costarian sobrado caras las cajas, hechas por aquél, quiso á todo trance hacerlas él mismo, y empleó para ello tablas viejas. Levantóse muy de mañana para cepillar, igualar, ajustar, y clavar las tablas, de que hizo hermosas cajas, en las cuales embolsó todos los efectos de Carlos, encargándose de hacerlos embarcar en el Loira, asegurarlos, y despacharlos en tiempo útil en Nántes.

Después del beso que recibió en el pasillo, las horas pasaban para Eugenia con admirable rapidez: á veces veíase tentada á seguir á su primo. El que haya conocido la más fuerte de las pasiones, aquella cuya duración es abreviada cada día por la edad, por el tiempo, por una enfermedad mortal, por alguna de las fatalidades humanas, podrá tan solo conocer los tormentos de Eugenia. Lloraba con frecuencia por aquel jardín, que entonces demasiado estrecho para ella, así como el patio, la casa, y la villa entera, y se lanzaba de antemano por la vasta extensión de los mares.

Al fin llegó el día anterior al de la partida. Por la mañana, durante la ausencia de M. Grandet y de Mariana, el precioso cofrecillo en que se hallaban los dos retratos, fué solemnemente instalado en el único cajón del baul que cerraba con llave y en que

estaba la bolsa vacía. El depósito de ese tesoro fué acompañado de un gran número de besos y lágrimas; y al esconder Eugenia la llave en su pecho, no tuvo valor para impedir que besase Carlos aquel precioso lugar.

— Jamas saldrá de aquí, amigo mio.

— Y aquí, amor mio, estará siempre mi corazón.

— Ah! Carlos, esto está mal hecho, dijo ella con un acento algun tanto resentido.

— ¿Por qué? ¿no somos casados? respondió Carlos, yo tengo tu palabra, toma tú la mía.

— Siempre tuya!

— Tuyo para siempre!

Jamás promesa alguna fué mas pura sobre la tierra; el candor de Eugenia habia momentáneamente santificado el amor de Carlos.

A la mañana siguiente el almuerzo fué triste. Apesar del vestido de oro y una cruz hermosa que le habia regalado Carlos, la misma Mariana, mas libre de espresar sus sentimientos, derramó algunas lágrimas.

— Pobre señorito! se va por el mar! Dios le acompañe!

A las diez y media la familia se puso en camino para acompañar á Carlos á la diligencia de Nántes. Mariana habia soltado al perro, cerrado la puerta, y quiso llevar el *saco de noche* de Carlos. Toda la jente de aquella antigua calle aguardaba en

pié sobre el umbral de las tiendas , para ver pasar la comitiva , á la que se juntó en la plaza maese Cruchot.

-- No llores Eugenia , la dijo su madre.

-- Sobrino mio, dijo M. Grandet abrazando á Carlos pártes pobre, vuelve rico, y hallarás salvo el honor de tu padre. De eso yo te respondo, yo, Grandet, y solo dependerá de tí que.....

-- Ah! tio, V. dulcifica la amargura de mi partida. ¿No es este el mejor regalo que podia V. hacerme?

No comprendiendo Carlos las palabras del viejo tonelero á quien él habia interrumpido, derrámaba sobre el curtido rostro de su tío lágrimas de reconocimiento, mientras que Eugenia apretaba con todas sus fuerzas las manos de su primo y de su padre.

Solamente el notario se sonreía admirando la astucia de Grandet, porque él solo le habia comprendido bien.

Los cuatro Saumurenses permanecieron rodeados de muchas personas delante de la diligencia hasta que partió; luego cuando hubo desaparecido y no resonaba mas que á lo léjos: -- Buen viaje! dijo el viñero.

Afortunadamente nadie sino maese Cruchot oyó esta exclamacion. Eugenia y su madre se habian ido á una subida del camino desde donde podian divisar todavía la diligencia, y ajitaban sus pañuelos

blancos, signos á que correspondió Carlos desplegando el suyo tambien.

-- Madre mia, quisiera tener por un momento el poder de Dios, dijo Eugenia luego que dejó de ver el pañuelo de Carlos.

Ahora será menester para no interrumpir los sucesos que pasaron en el seno de la familia Grandet, echar anticipadamente una mirada á las operaciones, que el buen tío practicó en París, por su intermediario M. de Grassins.

Un mes despues de la partida del banquero, M. Grandet poseía una escritura de doscientas mil libras de renta compradas á ochenta francos en limpio. Las noticias dadas en su muerte por su inventario no han prestado la menor luz sobre los medios que su desconfianza le sugirió para cambiar el precio de lo escritura con la escritura misma. Maese Cruchot creyó que Mariana, sin saberlo ella misma, fué el instrumento fiel del transporte de los fondos: porque en aquella época la criada estuvo ausente unos cuatro dias so pretexto de ir á arreglar alguna cosa en Froidfond, como si el avaro hubiese sido capaz de descuidar algo.

En cuanto á lo concerniente á los negocios de la casa Guillermo Grandet, todas las previsiones del tonelero se realizaron.

En el banco de Francia se hallan, como todo el mundo sabe, las noticias mas ecsactas sobre las

grandes fortunas de Paris y de los departamentos. Los nombres de M. de Grassins y de M. Felix Grandet de Saumur eran en ella bien conocidos y gozaban de la estima acordada á los célebres financieros que se apoyan sobre inmensas propiedades territoriales, libres de hipotecas. La llegada del banquero de Saumur, encargado segun se decia, de liquidar por honor la casa de Grandet de Paris, bastó pues para evitar á la sombra del negociante la vergüenza de las protestas. Levantáronse los sellos en presencia de los acreedores y el notario de la familia procedió regularmente al inventario de la sucesion. M. de Grassins reunió muy pronto á los acreedores, que unánimes elijieron por liquidadores al banquero de Saumur, en union con uno de sus cofrades de Paris, principal de una rica casa, uno de los mas interesados, y les confiaron plenos poderes para que pudiesen salvar á la vez el honor de la familia y los créditos. El de Grandet de Saumur, la esperanza que este derramó en el corazon de los acreedores, cuyo órgano fué M. de Grassins, facilitó las transacciones, sin hallarse uno solo que se hiciera dificultoso entre los acreedores: Nadie pensaba en pasar su crédito en cuenta de pérdidas y ganancias, y cada uno se decia:—«M. Grandet de Saumur pagará.»

Pasaron seis meses. Todos los parisienses se habían reembolsado ya los efectos de circulacion, y los

conservaban en el fondo de sus carteras. Este era el primer resultado que el tonelero queria obtener.

Nueve meses despues de la primera reunion los dos liquidadores distribuyeron el veinte y dos por ciento á cada acreedor. Esta suma fué el producto de la venta de los muebles, posesiones, bienes y casas del difunto Guillermó Grandet, cuya venta fué hecha con escrupulosa fidelidad.

La probidad mas ecsacta presidia á esta liquidacion, y los acreedores se complacieron en reconocer al admirable é incostestable honor de los Grandet. Cuando estas alabanzas hubieron circulado convenientemente, los acreedores demandaron el resto de su dinero, y fué preciso escribir una carta colectiva á M. Grandet.

—¡Aqui os queria, amigos míos! dijo tirando la carta al fuego. Paciencia, paciencia! Por respuesta á las proposiciones contenidas en dicha carta, M. Grandet de Saumur pidió que se depositasen en poder de un notario todos los títulos de crédito existentes contra la sucesion de su hermano, acompañando un estado de pagos hechos ya, bajo pretesto de apurar cuentas y establecer correctamente el estado de la sucesion. Este depósito sublevó mil dificultades.

El acreedor por lo jeneral es una especie de maniático. Hoy está pronto á transijir; mañana quiere pasarlo todo á sangre y á fuego; mas tarde se obli-

ga á una transaccion. Hoy su mujer está de buen humor, á su hijuelo le empieza á despuntar algun diente, todo marcha bien en la casa, y no quiere perder un dia; mañana llora, no puede salir, está melancólico y dice que *si* á todas las proposiciones que *pueden terminar un asunto*, la mañana siguiente necesita garantías; al fin del mes quiere ejecutar, ¡verdugo!

Grandet habia observado las vicisitudes atmosféricas de los acreedores, y los de su hermano obedecieron á todos sus cálculos. Algunos pocos tan solo se irritaron y se negaron *netamente* al depósito.

— Bueno! eso va bien! se decia Grandet frontándose las manos, á la lectura de las cartas que al objeto le escribia M. de Grassins.

Algunos otros no consintieron en el citado depósito sino bajo la condicion de hacer constar bien sus derechos, sin renunciar á ninguno de ellos, y reservándose el de hacer declarar la quiebra. Nueva correspondencia, despues de la cual Grandet de Saumur consintió en todas las reservas pedidas. Mediante esta concesion, los acreedores *benignos* hicieron entender la razon á los acreedores *duros*, y tuvo lugar el depósito, no sin algunas quejas.

— Ese diablo, decian á Grassins, se mofa de nosotros y de V.

Veinte y tres meses despues de la muerte de Guillermo Grandet muchos comerciantes, arrastrados

por el movimiento de los negocios de Paris, habian olvidado sus recobros. Por lo que toca á Grandet ya no pensaban en él mas que para decirse:— Empiezo á creer que todo lo mas que podré sacar de esto será el veinte y dos por ciento.

El tonelero habia calculado sobre el poder del tiempo, que, segun él decia, era un buen diablo. Pero la palabra de que se servia empezaba por la segunda letra del alfabeto, y causa aquí una lijera inexactitud. (26)

Al fin del tercer año M. de Grassins escribió á M. Grandet, que mediante el diez por ciento de dos millones cuatrocientos mil francos que quedaban en deuda por la casa Grandet, habia inducido á los acreedores á devolverle los títulos.

M. Grandet respondió que el notario y agente de cambios, cuyas espantosas quiebras habian causado la muerte de su hermano, vivian todavía, *vivian!* se habian vuelto íntegros, y que era menester accionarles á fin de sacar de ellos alguna cosa y disminuir la cantidad del déficit.

A últimos del cuarto año, el déficit fué reducido bien y debidamente á la suma de dos millones. Hubo cuestiones que duraron seis meses entre liquidadores y acreedores, entre aquellos y M. Grandet. En una palabra, amenazado vivamente M. Grandet de Saumur con la ejecucion, respondió á los dos liquidadores, hácia el noveno mes de aquel mismo año,

que su sobrino había hecho fortuna en Indias, y que, habiéndole manifestado la intencion de pagar íntegramente las deudas de su padre, él no podía ni quería saldarlas fraudulentamente *sin haberle consultado*, y que por lo tanto esperaba una respuesta.

Los acreedores á mediados del quinto año estaban todavía en espectacion sobre la palabra *íntegramente* soltada de vez en cuando por el sublime toneletero, que se reía á sus barbas y que acompañaba de un sonris ó un juramento la palabra: —BUENOS PARIISIENSES !!!...

Empero los acreedores fuéron reservados á una suerte inaudita en los fastos del comercio; y se hallarán por consiguiente en la posicion misma en que les había mantenido M. Grandet en el momento en que los acontecimientos de esta historia les obligarán á reaparecer en ella.

Cuando las rentas llegaron á 109, el tio Grandet vendió, retiró de Paris cuatro millones, tres cientos mil francos en oro, que reunieron en sus barrilitos el millon y quinientos mil francos de intereses compuestos que le habian dado sus inscripciones.

M. de Grassins vivia en Paris; hé aqui el porqué: De pronto fué nombrado diputado; despues fastidiado de la vida Saumurense, se enamoró, aunque padre de familia, de una de las mas lindas actrices del teatro de Madama, (27) y seria inútil

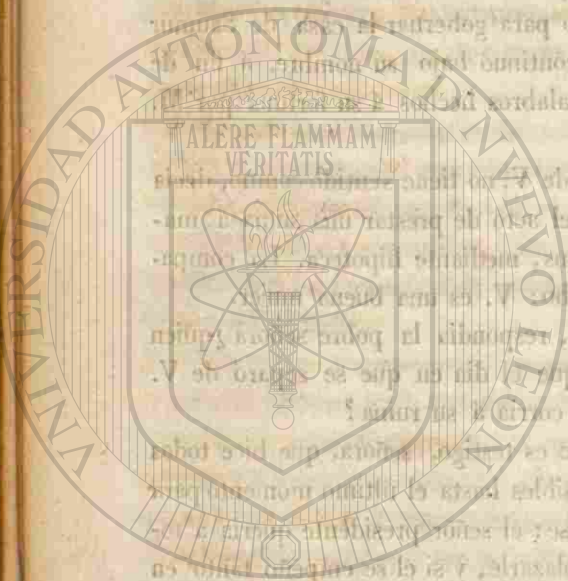
hablar aquí de su conducta. En Saumur fué juzgado de profundamente inmoral. Su mujer fué bastante feliz en tener separados sus bienes y en conservar suficiente talento para gobernar la casa de Saumur cuyos intereses continuó bajo su nombre, á fin de reparar los descabros hechos á su fortuna por M. de Grassins.

— El marido de V. no tiene sentido comun, decia M. Grandet en el acto de prestar una suma á madama de Grassins, mediante hipoteca. La compadeczo á V. mucho: V. es una buena mujer.

— Ah! señor, respondia la pobre señora ¿quien habia de creer que el dia en que se separó de V. para ir á Paris, corria á su ruina?

— El cielo me es testigo, señora, que hice todos los esfuerzos posibles hasta el último momento para impedir que fuese: el señor presidente queria á todo trance reemplazarle, y si él se empeñó tanto en prestarse á ello, ya sabemos ahora porqué.

De este modo M. Grandet no debia obligacion alguna á M. de Grassins.



PESARES DE FAMILIA.

En cualquier situación de la vida, las mujeres tienen mas motivos de dolor que no el hombre y sufren mas que él. El hombre tiene su fuerza y el ejercicio de su poder; obra, va, viene, se ocupa, piensa, abarca el porvenir y encuentra consuelos, como le sucedia entónces á Carlos. Pero la mujer permanece quieta y cara á cara con la pesadumbre de que nadie la distrae, baja hasta el fondo del abismo que ella misma se ha abierto, lo mide y llena frecuentemente con sus lágrimas y votos, como lo hacia Eugenia. Entónces se iniciaba en su destino. Sentir, amar, sufrir, sacrificarse será

siempre el texto de la vida de las mujeres, y Eugenia debía ser mujer en todo, menos en lo que la consuela. Su felicidad *amontonada como los clavos esparcidos en una pared*, según la sublime expresión de Bossuet, no debía llenarle un día el hueco de la mano. Los pesares no se hacen esperar y para ella llegan muy pronto.

El día siguiente al de la partida de Carlos la casa Grandet recobró su fisonomía para todos menos para Eugenia, que la encontró de repente bien vacía. Sin saberlo su padre, quiso que el cuarto de Carlos quedase en el estado en que él lo había dejado. Su buena mamá y Mariana fueron voluntariamente cómplices de aquel *statu quo*.

— Quien sabe si volverá antes de lo que nosotras pensamos.

— Ya quisiera verle aquí, respondió Mariana. Yo me le acostumbraba ya! Era un jóven tan guapo! bien perfecto, muy bizarro, y tierno como una muchacha.

Eugenia contempló á Mariana.

— Virgen santa! V. tiene los ojos perdidos! no mire V. de esa manera.

Desde aquel día la hermosura de la señorita Grandet tomó un nuevo carácter. Los graves pensamientos de que el amor inundaba su alma, la dignidad de la mujer amada dieron á sus facciones aquella especie de brillo que los pintores figuran por el

auréola. Antes de la llegada de su primo, Eugenia podía ser comparada á la vírjen ántes de la concepción; despues de la partida de Carlos podía compararse á la vírjen madre, pues habia concebido el amor. Estas dos Marías tan diferentes y tan bien representadas por algunos pintores italianos, constituyen una de las mas brillantes figuras de que abunda el cristianismo.

Al volver de la misa, á la que asistió el día siguiente al de la partida de Carlos, y á la que habia hecho voto de asistir todos los días, compró en casa del librero de la villa un mapamundi que colocó junto al espejo, á fin de seguir á su primo en su viaje á las Indias, á fin de introducirse un poco mañana y tarde en el navio que le transportaba, y verle, preguntarle mil cosas, y decirle: — ¿Estás bien? sufres mucho? ¿piensas en mí al ver las nubes en que me has hecho conocer las bellezas y delicias del amor?

Por la mañana, permanecía largo espacio pensativa debajo del nogal, sentada en aquel banco de madera carcomida por los gusanos, tapizada de mugriento muzgo, en que se habian hecho tantos castillos en el aire de su futura felicidad. Clavaba los ojos al cielo por aquel pequeño espacio que la permitian las paredes, y meditaba su porvenir. Era el amor solitario, el amor verdadero que persiste, se engolfa en todos sus pensamientos y se hace sus-

tancial, ó como dijeran nuestros padres, la estofa de la vida.

Cuando los amigos de M. Grandet iban por la tarde á hacer la partida, ella estaba alegre, disimulaba; pero toda la mañana hablaba de Carlos con su Madre y Mariana. Esta habia comprendido que podía muy bien aliviar los sufrimientos de su señorita sin faltar á los deberes para con su amo, y la entablaba alguna vez conversacion.

—Si yo hubiese tenido un hombre mio, yo le habria... qué... en fin, habria querido exterminarme por él, pero... nada: moriré sin saber lo que es la vida. ¿Creeria V. señorita, que ese viejo Cornouiller, que es un buen hombre tal como es, me hace el enamorado? lo mismo que esos que vienen aqui á oler la manga de nuestramo, haciéndole á V. la corte. Yo ya veo esto, porque soy muy fina, aunque sea así gruesa: pero, ¿sabe V. que me causa placer, aunque esto no sea amor?

Así transcurrieron dos meses. Aquella vida doméstica, tan monótona en otro tiempo, era entonces mas animada por el inmenso interes del secreto que ligaba mas íntimamente á las tres mujeres. Para ellas, bajo las oscuras paredes de aquella sala, Carlos vivia, iba, venia, y hablaba aun. Mañana y tarde Eugenia abria el cofrecillo, y contemplaba el retrato de su tia. Un domingo por la mañana fué sorprendida por su madre en el momen-

to mismo en que estaba ocupada en buscar en el retrato la fisonomía de Carlos: entónces madama Grandet fué iniciada en el terrible secreto del cambio hecho por el viajero con el tesoro de Eugenia.

—¿Se lo has dado todo? dijo la madre espantada. ¿Qué dirás ahora á tu padre el dia que venga á visitar tu oro?

Eugenia fijó los ojos y ambas sintiéronse acosadas de un terror mortal por espacio de media mañana. Hallábanse demasiado turbadas para no faltar á la misa mayor, y fueron tan solo á la misa militar.

Dentro tercer dia finia el año 1819, y dentro tres dias debia tener principio una terrible accion, una tragedia horrorosa aunque sin veneno, sin puñal y sin derramar sangre; pero, que relativamente á los actores, era mas cruel que todos los dramas acaecidos en la ilustre familia de los Atridas.

—Sabe Dios lo que va á suceder! dijo madama Grandet á su hija.

La pobre madre sufría tales sobresaltos desde dos meses ántes, que la camisilla de lana que se estaba haciendo para el invierno no estaba terminada aun. Este hecho doméstico, tan mínimo en apariencia, tuvo tristes resultados para ella; pues por falta de camisilla el frio se la apoderó en medio de una crisis ocasionada por una terrible cólera de su marido.

—Yo pensaba, pobre hija mia, que si me hubie-

ses confiado tu secreto habríamos tenido tiempo para escribir á M. de Grassins que está en Paris para que nos enviase monedas de oro semejantes á las tuyas, y aunque Grandet las conoce bien, quizas...

—Pero de donde habríamos sacado tanto dinero?

—Habria empeñado *mis bienes*; y por otra parte M. de Grassins bien hubiera.....

—Ya no hay tiempo. ¿No debemos ir mañana por la mañana á felicitarle en su cuarto y á desearele un año venturoso?

—Pero, hija mia, ¿por que no he de ir á ver á los Cruchot?

—No, no; esto seria entregarme á ellos, y ponernos bajo su dependencia; y luego, yo he tomado ya mi partido, he obrado bien, y venga lo que viniere, no me arrepiento de nada; Dios me protegerá; cúmplase su santa voluntad. Ah! si V. hubiese leído su carta, no habria pensado mas que en él.

Por la mañana siguiente que era el 1 de enero de 1820, el inminente terror de que estaban poseidas madre é hija les sujerió la mas natural excusa para no presentarse solemnemente al cuarto de M. Grandet. El invierno de aquel año fué uno de los mas rigurosos de la época: la nieve cubria los tejados. Madama Grandet, luego que oyó á su marido removerse, entró en su cuarto y le dijo:

—Grandet, haz que Mariana encienda un poco de fuego en mi cuarto, porque hace un frio tan in-

tenso que me hielo dentro de la cama. He llegado ya á una edad en que necesito de algun cuidado. Además, añadió despues de una breve pausa, Eugenia vendrá á vestirse en él. La pobre criatura, podria tener una enfermedad si permaneciese en su cuarto en un tiempo como este. Despues vendremos á felicitarte el año en la sala, junto al fuego.

—Ta, ta, ta, ta, ¡que lengua! como empiezas el año, madama Grandet! en tu vida habias hablado tanto; y esto que no has comido pan mojado en vino, segun creo!

Hubo un momento de silencio.

—Vaya! voy á complacerte madama Grandet, respondió el avaro, á quien sin duda movió la proposicion de su mujer. Eres en verdad una buena esposa, y no quiero que te suceda desgracia alguna en la declinacion de tu edad; bien que los *La Bertellière* en jeneral todos sois contruidos con débiles cimientos.

—Heh! no es verdad? añadió tras una breve pausa. Pero, en fin, hemos heredado de ellos alguna cosa, y se lo perdono.

Y en seguida se puso á toser.

—Estás muy alegre esta mañana, Grandet, respondió gravemente la pobre mujer.

—Yo siempre alegre!

Siempre alegre y placentero
pasa el tiempo el tonelero.

añadió entrando en el cuarto de su mujer. — Sí, sí; peste de pestes! hoy hace bonitamente frio; pero tambien almorzaremos bien, mujer. Grassins me envia un buen pastel, que ahora mismo voy á buscar en la administracion de diligencias. Y acercándose al oido de su mujer, añadió:—Tambien vendrá sin duda un doble napoleon para Eugenia. Mira, á mí no me queda ya oro. Bien tenia algunas piezas arrinconadas, á tí ya te lo puedo decir, pero ha sido preciso soltarlas.

—Para celebrar el día primero del año, Grandet besó á su mujer sobre la frente.

—Eugenia! gritó la buena madre, yo no sé sobre que lado ha dormido tu padre esta noche; pero lo cierto es que está tan manso como un cordero. Vamos, ya saldremos del apuro.

--¿Qué diablos tiene hoy nuestro amo? dijo Mariana al entrar á encender fuego en el cuarto de su señora. Primero me ha dicho:--«Buen día! buen año, bestiaza! Ve á encender fuego al cuarto de mi mujer que tiene frío:» Luego me he quedado tonta como un canasto al ver que me alargaba la mano para darme un escudo de seis francos, que por cierto no está borrado. Tome V., señora, mírelo V.! Oh! cuan bueno es mi amo! Vamos, como quiera que sea, es un buen señor. Hay hombres que cuanto mas viejos se hacen, mas se endurecen; pero él se pone tierno como un muchacho y dulce como un almíbar.

El secreto de esta alegría se hallaba en una entera dependencia con la especulacion de M. Grandet. M. de Grassins, despues de haber segregado las sumas de que el tonelero le era deudor por el descuento de ciento cincuenta mil francos en efectivo, y por el plus que él le habia adelantado para completar el dinero necesario á la compra de doscientas mil libras de renta, le enviaba por la diligencia treinta mil francos en escudos, restantes del semestre de sus intereses, y le anunciaba una buena noticia, la subida de los fondos públicos. Estos se hallaban entónces á 89, y los mas célebres capitalistas los compraban á fines de enero á 92. De manera que Grandet ganaba en dos meses el doce por ciento de sus capitales, habia asegurado sus créditos y cobraba en adelante cien mil francos cada seis meses, sin tener que pagar reparos, ni impuestos. Entendia en fin la renta, cosa por la cual las jentes de provincia manifiestan una repugnancia invencible; y se veia, antes de cinco años, dueño de un capital de seis á siete millones, aumentado sin muchos cuidados, y que, unido al valor territorial de sus propiedades, componia una fortuna colosal. Los seis francos regalados á Mariana eran sin duda la recompensa de un inmenso servicio que la criada habia hecho, á su amo sin saberlo ella misma.

—Hola! hola! ¿donde va M. Grandet que corre

tan de mañana, como un galgo? se decian los mercaderes ocupados en abrir sus tiendas.

Despues viéronle venir seguido de un factor de mensajerías que transportaba sacos llenos en un carrito:

--El agua va siempre al rio, el avaro á sus escudos, decia uno.

--Le llega oro de Paris, de Froidfond y de Holanda, añadia el otro.

--Si acabará por comprar á todo Saumur? esclamaba el tercero.

--El se burla del frio y está siempre en sus negocios, decia una mujer á su marido.

--Eh! Eh! M. Grandet, si eso pesa demasiado, ya puede V. dejarlo aquí, le dijo un comerciante de paños, su mas prócsimo vecino.

--Bah, bah, no es mas que cobre! respondió el viñero.

--Plata! plata! dijo el factor en voz baja.

--Si quieres que te pague bien, ponte un freno en la lengua, dijo Grandet al factor, abriendo la puerta.

--Ah! zorro viejo, yo le creía sordo, pensó el factor, parece que cuando hace frio oye bien.

--Aquí tienes veinte sueldos por aginaldo, y chito! vé! le dijo Grandet. Mariana te devolverá el carrito.

--Mariana, ¿han ido á misa las mujeres?

--Sí, señor.

--Vamos! vamos! al trabajo, exclamó, cargándola de sacos.

En un momento fueron transportados los escudos á su cuarto, en el cual se encerró.

--Cuando esté listo el almuerzo, me llamarás en la pared. Vuelve entre tanto el carrito á las Mensajerías.

La familia no almorzó hasta las diez.

--Asi tu padre no te pedirá que le enseñes tu oro, dijo madama Grandet á su hija al salir de la iglesia. Por otra parte, harás como que tienes frio. Despues ya tendremos tiempo para reemplazar tu tesoro para el dia de tu cumpleaños....

M. Grandet bajaba la escalera pensando en cambiar luego sus escudos parisienses en buen oro, y en la admirable especulacion de rentas sobre el estado. Se habia decidido á poner en fondo sus productos, hasta que la renta llegase á 95 francos. Meditacion funesta para Eugenia.

Así que entró, las dos mujeres le felicitaron un buen año, su hija saltándole al cuello y acariciándole, madama Grandet gravemente y con dignidad.

--Ah! ha! hija mia, la dijo besándola en las mejillas, yo trabajo para tí, ya lo ves, solo quiero tu felicidad. Para ser feliz es menester dinero. Sin él nada se hace. Toma, aquí tienes un napoleon nuevo que me han enviado de Paris. Cáspita! no hay un grano de oro en todo Saumur: solo hay el tuyo, solo tú tienes oro, enséñamelo, hija mia.

--Ah, bah! ahora hace frio, almorzemos.

--Bien, bien! despues, eh? Esto nos ayudará á decir.

--Ese gordo de Grassins nos ha enviado este pastel, como quiera que sea. Asi pues, comed, hijas mias que esto no nos cuenta nada. Grassins se porta bien, estoy muy contento de él. Hace un buen servicio á Carlos y *gratis* todavía. Arregla muy bien los negocios de ese pobre difunto Grandet!

Ououg! ououg! hizo con la boca llena despues de una pausa, esto es bueno! Cómelo, mujer, esto nutre aloménos por dos dias.

--No tengo apetito; estoy enfermiza; ya lo sabes.

--No importa, ya puedes comer sin miedo de reventar, eres una La Bertellière, una mujer sólida; eres una planta amarillenta, pero á mí tambien me gusta lo amarillo.

La esperanza de una muerte ignominiosa y pública es menos horrorosa tal vez para un condenado, que no lo era para madama Grandet y su hija la esperanza de los acontecimientos que debian terminar aquel almuerzo familiar. Cuanto mas alegremente hablaba M. Grandet mas se comprimía el corazon de las dos mujeres. La hija sin embargo tenia un sosten firme en tal conjuntura, pues apoyaba su fuerza en su amor.-- Por él, por él, se decia, sufriría mil muertes!

A este pensamiento echaba á su madre vibrantes miradas de valor.

--Quita todo eso, dijo Grandet á Mariana á cosa de las once, despues de haber concluido el almuerzo. Pero déjanos la mesa.--Aquí estaremos mejor para ver tu pequeño tesoro. Pequeño! á fe mia que no; posees, valor intrínseco, cinco mil nueve cientos cincuenta y nueve francos, y cuarenta de esta mañana hacen seis mil francos menos uno. Bien! ese franco te lo daré yo para completar la suma; porque ya ves, hija mia, que.....

--Y bien! ¿por que nos escuchas, bestia? Veamos tus talones, Mariana, y vete á tu obligacion, dijo el avaro.

Mariana salió al momento.

--Escucha, Eugenia, es menester que me des tu oro. ¿No lo reusarás á tu padre, eh?

Las dos mujeres enmudecieron.

--Yo he acabado el oro ya; tenia una porcion y ya no tengo. Te daré seis mil francos *en libras*, y tú las emplearás como te diré. Ya no es menester que pienses en la dote. Cuando te casaré, que será luego, te hallaré un marido que te podrá ofrecer la mas bella dote de que se habrá hablado jamas en provincia. Escucha pues, hermosa mia, se presenta la mas bella ocasion para colocar tus seis mil francos en el gobierno y sacarás cada seis meses cerca de dos cientos de interés, sin impues-

tos, ni reparaciones, ni yelos, ni frios, ni maréas, ni nada que pueda estorbar los productos. ¿Repugnas, tal vez, en separarte de tu oro, eh, monita? Pues tráemelo, y te reuniré las piezas de oro, las holandesas, las portuguesas, las jenovesas, las rupias del Indostan y las monedas que te daré los días de tus fiestas, y dentro de tres años habrás restablecido tu lindo, lindito, muy lindo tesoro! ¿Que dices, hija mia? Vamos, levanta la cabeza, vé á buscar tu tesoro. Debieras besarme los ojos porque te revelo secretos de vida y muerte con respeto al dinero. En verdad que los escudos viven y se revuelven, van y vienen, sudan y dan sus productos.

Eugenia se levantó y despues de haber dado algunos pasos hácia la puerta, volvióse hácia su padre cara á cara y díjole:

— El oro no le tengo ya.

— ¡Como que no le tienes! exclamó Grandet enderezándose sobre sus jarretes como un caballo que oye á diez pasos el tiro del cañon.

— No, señor, no le tengo ya.

— Pero tú te engañas sin duda, Eugenia.

— No, señor.

— Por el alma de mi padre!

Cuando el tonelero juraba de este modo, temblaba toda la casa.

— ¡Ay Dios mio! mi señora se desmaya, gritó Mariana.

— Grandet, dijo la pobre mujer, tu cólera me hará morir.

— Ta, ta, ta, ta, no hay cuidado, los de vuestra familia no morís jamas. — Eugenia, ¿que has hecho de tu dinero? prorrumpió lanzándose hácia ella.

— Señor, respondió la hija puesta de rodillas delante de su madre, vea V. de que manera sufre mi buena mamá, no la mate V.

Grandet se quedó espantado al ver la palidez del rostro de su esposa, antes tan amarillo.

— Mariana, dijo la buena señora, ven, ayúdame á acostar. Yo muero.

Mariana dió en seguida el brazo á su señora, Eugenia hizo lo mismo y con muchísima pena pudieron subirla hasta su cuarto, porque caía desfallecida en cada escalon. M. Grandet se quedó solo. No obstante, pasados algunos momentos, subió siete ú ocho escalones y gritó:

— Eugenia, baje V. en seguida que su madre se haya acostado.

— Bien, papá.

Luego que hubo tranquilizado un poco á su madre, bajóse.

— Hija, V. vá á decirme en seguida donde tiene su tesoro.

— Padre mio, respondió friamente Eugenia, al tiempo que buscaba el doble napoleon por encima

de la chimenea y presentádoselo luego, si V. me hace regalos de que no pueda yo disponer, recóbrelos V.

M. Grandet tomó ávidamente el napoleon y metióselo en la faltriquera.

—Puedes estar bien segura que no te daré nada mas en tu vida; ni solo esto! dijo haciendo crujir la uña del pulgar entre sus dientes. V. desprecia á su padre, señorita! V. no tiene confianza en él! V. no sabe lo que es un padre. Si no lo es todo para V. tampoco será nada. ¿Donde está el oro?

—Padre mio, yo le amo á V. y le respeto apesar de su cólera; pero yo le haré observar muy humildemente que tengo veinte y tres años. Me ha dicho V. muchas veces que soy mayor, para que yo lo sepa. He hecho de mi dinero lo que me ha parecido bien, y esté V. seguro que está bien empleado...

—¿En qué?

—Esto es un secreto inviolable, dijo ella. ¿No tiene V. sus secretos?

—¿No soy yo jefe de la familia? ¿no puedo tener yo mi política, y mis negocios?

—Bien, este es un negocio mio.

—Este negocio debe ser malo, si no puede saberlo su padre de V., señorita Grandet.

—Es un negocio escelente, y sin embargo no puedo decirlo á mi padre.

—A lo menos diga V. cuando ha regalado su oro?

Eugenia hizo con la cabeza una señal negativa.

—Usted lo tenia aun en el dia de su cumpleaños, eh?

Eugenia que se habia vuelto tan astuta en amor como lo era su padre en avaricia, repitió el mismo movimiento de cabeza.

—¿Se habrá visto tenacidad igual ni robo semejante! dijo Grandet con una voz que iba aumentando y que hacia gradualmente retemblar la casa. Aquí, en mi propia casa, ante mis barbas te han robado el oro, el único oro que habia! y yo no he de saber quien! El oro es una cosa muy cara. Las hijas mas honradas pueden cometer faltas, dar cualquier cosa, esto se ve en casas de señores y aun de mercaderes, pero dar el oro! porque V. lo ha dado á alguien, eh?

Eugenia permaneció impasible.

—Se habrá visto una hija igual? ¿y soy yo su padre? Si V. lo hubiese prestado tendria V. recibido...

—Era yo libre ó no de hacer de él lo que me pareciese? ¿No era mio?

—Pero tú eres una niña....

—Mayor de edad.

Absorto Grandet por la lójica de su hija, palideció, pateó, juró y luego, hallando todavía palabras exclamó.

—Maldita serpiente de hija! ah! mala zizaña, demasiado sabes que te amo, y por eso abusas de mi amor, degüellas á tu padre. Pardiez! habrás echado nuestra fortuna á los pies de ese miserable que lleva botas de marroquin. Por el alma de mi padre! no puedo deseredarte, voto al diablo! pero te maldigo á tí, á tu primo y hasta á tus hijos! Ya no puede suceder nada de bueno de todo esto ¿entiendes? Si es Carlos á quien... pero no, no es posible. Como! aquel títere de sobrino podría haberme robado?...

Y clavó los ojos en su hija que continuaba siempre muda y fria.

—No se moverá, no, no bajará los ojos! ira de Dios, mas Grandet es ella que yo. Al ménos no habrás dado tu oro por nada. Veamos, dí?

Eugenia echó á su padre una mirada irónica de que se ofendió.

—Eugenia, estás en mi casa, en casa de tu padre; para permanecer en ella debes estar bajo mis órdenes. Los confesores te mandan obedecerme.

Eugenia bajó la cabeza.

—Me ofende V. en lo que tengo mas caro, continuó, no quiero verla á V. mas que sumisa. Vaya V. á su cuarto, y allí vivirá V. encerrada hasta que yo le permita la salida. Allí Mariana la llevará á V. pan y agua. ¿Me ha entendido V.? Ea! fuera!.....

Eugenia rebentó en lágrimas y se fué junto á su madre.

Despues de haber dado Grandet un cierto número de vueltas en su jardin, por encima la nieve, sin apercibirse del frio, se acordó que su hija debia encontrarse en el cuarto de su mujer. Entónces, contento de poder sorprenderla en contravencion de sus órdenes, subió la escalera con la ajilidad de un gato, y apareció en el cuarto de madama Grandet, en el acto que esta acariciaba los cabellos de Eugenia, cuyo rostro descansaba en el seno maternal.

—Consuélate, pobre hija mia, tu padre se aplacará.

—Ya no tiene padre! contestó el terrible tonelero.

—¿Es posible, mujer; que tú y yo hayamos hecho una hija desobediente como esta? ¡Linda educacion! ¡y relijiosa sobre todo!—Y bien! ¿es este su cuarto de V.? Vamos, á la prision, á la prision, señorita!

—¿Querrás privarme de mi hija, Grandet? dijo la pobre señora, con el rostro enrojecido por la fiebre.

—Si quieres á tu hija, llévatela, y salidme las dos de casa. Cuerpo de Dios, ¿donde está el oro? ¿que se ha hecho del oro?

Eugenia se levantó, lanzó una mirada de orgullo á su padre, y entró en su cuarto, cuya puerta cerró aquel con llave.

—Mariana, gritó en seguida, apaga el fuego de la sala.

Y fué á sentarse en un sillón junto á la chimenea de su mujer, diciéndola:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO..."

APR. 1825 MONTREY, MEXICO

—Lo habrá dado sin duda á ese miserable seductor de Carlos, que no queria mas que nuestro dinero.

Madama Grandet, halló en el peligro que amenazaba á su hija, y en el sentimiento mismo que tenia por ella, bastante fuerza para permanecer en apariencia fria, muda y sorda.

—Yo nada sabia de todo esto, respondió, volviéndose al otro lado de la cama para no ver las feroces miradas de su marido. Sufro tanto por tu violencia que si he de creer mis pensamientos, no saldré de aquí mas que para el sepulcro. En este momento debieras tenerme compasion, Grandet, á mi que no te he dado jamás la menor pesadumbre; á lo menos así lo creo. Tu hija es inocente como el niño que acaba de nacer; así, no la hagas sufrir mas penas, revoca la prision. El frio es muy vivo y podrias causarla una grave enfermedad.

—No quiero verla ni hablarla. Permanecerá en su cuarto á pan y agua solamente, hasta que haya satisfecho á su padre. Rayo de Dios, un jefe de familia debe saber por donde va el oro de su casa. Ella poseia las únicas rupias que habia en Francia tal vez, las únicas jenovesas, los únicos ducados de Holanda.

—Grandet, Eugenia es nuestra hija, y aun cuando las hubiese arrojado al rio....

—¡Al rio! ¡al rio! exclamó. Estás loca, mujer. Lo que yo he dicho, está dicho, ya lo sabes.

Si quieres tener la paz en casa, confiesa á tu hija, y escudriñala bien; las mujeres se entienden mejor que nosotros en estos asuntos. Cualquier cosa que haya hecho, por eso me la comeré yo acaso? tiene miedo de mi? Aunque hubiese dorado á su primo de pies á cabeza, ahora está en alta mar, y yo no puedo correr tras él...

—Y bien, Grandet!

Escitada por la crisis nerviosa en que se hallaba ó por la desgracia de su hija que la desplega su ternura y su intelijencia, la perspicacia de madama Grandet la hizo aperebir un movimiento terrible en el lobadillo de su marido, en el momento en que iba á contestar: entónces cambió de idea sin mudar de tono.

—Y bien, Grandet, yo no tengo mas imperio sobre ella que tú. Ella nada me ha dicho. Está bajo tu poder.

—Canario! como tienes la lengua esta mañana! Ta, ta, ta, ta! tu quieres confundirme segun parece. Yo creo que estais acordes las dos.

Y miró fijamente á su mujer.

—En verdad, Grandet, si quieres matarme, no tienes mas que continuar de esta manera. Ya lo he dicho, y aunque hubiese de costarme la vida, repitiera siempre lo mismo: obras mal contra tu hija; ella es mas razonable que tú. Ese dinero la pertenecia, ha podido hacer de él un buen uso, y Dios solo tie-

ne derecho de conocer nuestras buenas obras. Grandet, te suplico vuelvas á tu hija la libertad y tu amor. De esta manera disminuirás el efecto del golpe que me ha causado tu cólera, y me salvarás tal vez la vida. Mi hija, Grandet! vuélveme á mi hija!

— Me marchó! dijo él. Mi casa es inaguantable! madre é hija razonan y hablan como si... Brooouh! Puah!

— No me ha dado V. mal aguinaldo, Eugenia. Sí, sí: ya puede V. llorar. No la faltarán á V. remordimientos. ¿De que demonio sirve confesarse dos veces y comulgar otras tantas cada mes, si despues da V. á hurtadillas el oro de su padre á un holgazán, que, cuando no tenga otra cosa, la roerá á V. el corazón? Ya verá V. lo que vale ese Carlos con sus botas de marroquin y su cara tan linda. Ese mozalvete no tiene corazón ni alma, pues se atreve á llevarse el tesoro de una pobre muchacha, sin el consentimiento de sus padres.

Así que la puerta de la calle estuvo cerrada, Eugenia salió de su cuarto y fuése al de su madre.

-- Cuanto valor ha tenido V. por mí, madre mia!

-- Ya ves, hija mia, lo que producen las cosas ilícitas. Tú me has obligado á mentir.

-- Oh! ya pediré á Dios que me castigue á mi sola.

-- Señorita! dijo Mariana llegando toda fatigada, este pastel podrá durarla á V. ocho dias; y como

hace frio, no se echará á perder. Así alménos no estará V. rigurosamente sujeta á pan y agua; lo cual no puede ser sano de ningun modo.

-- Pobre Mariana! respondió Eugenia, apretándola la mano.

-- Lo he hecho bueno y sabroso, y él no lo ha visto. Con mis seis francos, de que soy dueña y señora, he comprado lardo, laurel y lo demas que necesitaba.

Y se fué en seguida creyendo oír á M. Grandet.

Por espacio de algunos meses, el viñero fué á ver constantemente á su mujer, á horas diferentes, durante el dia, sin pronunciar jamas el nombre de su hija, sin verla, ni hacerla alusion alguna. Madama Grandet no salió de su cuarto, y de dia en dia su salud empeoró. Nada fué bastante para ablandar al viejo tonelero. Permanecía inflexible, frio, y áspero como una columna de granito. Iba y venia, segun su costumbre. Solamente no tartamudeó mas, bostezó menos, y se mostró en los negocios mas duro que lo habia sido jamás. Lo que hacia era equivocar con frecuencia algun guarismo.

-- Alguna cosa ha pasado en casa Grandet, decian los Cruchotinos y Grassinistas.

-- ¿Que ha sucedido en casa Grandet? Esta era la cuestion jeneral en todas las tertulias de Saumur.

Eugenia asistia á los oficios, acompañada de Mariana. Cuando, al salir de la iglesia, madama de

Grassins la dirigía alguna palabra, respondía de una manera evasiva y sin satisfacer su curiosidad.

Sin embargo, á los dos meses fué imposible estar oculto por mas tiempo, ya á los tres Cruchot, ya á madama de Grassins, el secreto de la reclusion de Eugenia. Pasaron algunos dias en que faltaron pretestos para justificar su perpetua ausencia; pero luego, sin que fuese posible saber por quien habia sido descubierto el secreto, toda la villa supo que, desde el primer dia del año, la señorita Grandet estaba, por orden de su padre, encerrada en su cuarto á pan y agua y sin fuego; que Mariana la entraba de vez en cuando alguna cosa al escondite, durante la noche; y se sabía aun mas, que la jóven no podia ver, ni cuidar á su madre sino cuando su padre estaba ausente de la casa.

Entonces la conducta de M. Grandet fué juzgada con toda severidad. Toda la villa lo puso como quien dice fuera de la ley, acordándose de sus traiciones y de sus durezas, y lo escomulgó. Cuando pasaba por la calle, todo el mundo chuchoteando le señalaba con el dedo.

Al bajar su hija por aquella calle tortuosa para ir á misa ó á vísperas, acompañada de Mariana, todos los habitantes salian á sus ventanas para examinar con curiosidad el continente de la rica heredera y aquel rostro en que se veía impregnada la melancolía y una dulzura anjelical. Su reclusion

y el haber caido en desgracia de su padre era muy poca cosa para ella. ¿No veía el mapamundi, el pequeño banco, el jardin, el musgo de las paredes, y no saboreaba todavía en sus labios la miel que habian dejado en ellos los besos del amor? Ignoraba, como tambien su padre, las conversaciones de que era objeto en la villa: relijiosa y pura ante Dios, su conciencia y el amor la ayudaban á sufrir pacientemente la cólera y venganza paternal.

Pero un dolor profundo superaba á los demas dolores. Su madre, dulce y tierna criatura, á quien embellecia el resplandor que desprendia su alma al acercarse á la tumba, aquella madre perecía de dia en dia. Eugenia se reprochaba con frecuencia de haber sido la causa inocente de la cruel y lenta enfermedad que la devoraba, y sus remordimientos, aunque calmados por su madre, la unian mas estrechamente á su amor. Todas las mañanas, luego de haberse salido su padre, se iba al borde de la cama de su madre, y allí Mariana la ofrecia su desayuno. Pero la pobre Eugenia triste y sufriendo por las angustias de su madre, mostraba su rostro á Mariana, lloraba, y no se atrevia á hablar de su primo.

Madama Grandet era la primera que se esforzaba en decirle:

—¿Donde se hallará? ¿por que no escribe?

Madre é hija ignoraban completamente las distancias.

—Pensemos en él, madre mia, respondia Eugenia y no hablemos mas. V. sufre! V. sobre todo.

Todo era él.

—Hijos míos, decia madama Grandet, no siento perder la vida. Dios me ha protegido haciéndome arrostrar con alegría el colmo de mis miserias.

Las palabras de aquella mujer eran siempre cristianas y santas. Cuando á la hora del almuerzo su marido iba á pasearse en su cuarto, durante los primeros meses del año, repitióle siempre los mismos discursos con una dulzura anjelical, pero con la firmeza de una mujer, que, sintiendo acercarse su muerte, sacaba fuerzas que no habia tenido durante la vida.

—Te doy las gracias, amigo mio, por el interés que te tomas por mi salud, respondiáale cuando la preguntaba la cosa mas leve, pero si quieres que mis últimos instantes sean menos amargos y desees aliviar mis dolores, vuelve tu gracia á nuestra hija, y muéstrate buen padre y buen esposo.

Al oír estas palabras, M. Grandet se sentaba cerca de la cama, á la manera de un hombre que, viendo venir un aguacero, se pone tranquilamente al abrigo de una puerta cochera. Escuchaba con calma á su mujer y no respondia palabra. Cuando su esposa le dirijia las mas penetrantes y tiernas exclamaciones, solia decirla:—Estás un poco pálida hoy, mujer.

El mas completo olvido de su hija parecia estar gravado sobre su frente rugosa y en sus labios cerrados. Ni le estimulaban tampoco las lágrimas que sus vagas respuestas hacian correr por el blanco rostro de su esposa.

—Dios te perdone, Grandet, como yo te perdono. Algun día tendrás necesidad de indulgencia.

Desde aquella larga enfermedad, Grandet no habia osado servirse de su terrible ta, ta, ta, ta, ta! pero, no por esto habia desarmado su despotismo para con aquel ánjel de dulzura cuya belleza aumentaba de día en día, por la espresion de las cualidades morales que florecian sobre su rostro.

Su mujer era todo alma. El jenio de la súplica parecia purificar y ennoblecer los mas groseros rasgos de su cara, que se la veian resplandecer. ¡Quien no ha observado el fenómeno de esta transfiguracion en la imájen de los santos, en que las habitudes del alma acaban por triunfar de los rasgos mas rudamente contorneados, imprimiéndoles la animacion particular de la nobleza y la pureza de elevados pensamientos? El espectáculo de esta transformacion, llevada á su colmo por los sufrimientos que consumaban los restos del ser humano en aquella mujer, obraba, aunque débilmente en el tonelero, cuyo carácter permanecia de bronce; pues si bien sus palabras no eran ya desdeñosas, un imperturbable silencio, que salvaba su superioridad de padre de familia, dominó su conducta.

Cuando su fiel Mariana iba al mercado, no dejaban de zumbarle en los oídos algunas sátiras y quejellas contra su amo; pero, aunque la opinión pública condenaba altamente al tío Grandet, la criada le defendía con orgullo, por el honor de la casa.

— Y bien! decía á los detractores del avaro, el endurecerse un poco no es propio de todos los viejos? que extraño es que lo sea un tanto mi amo? Callad pues tantas mentiras: mi señorita está como una reina: está sola, y bien! este es su gusto. Por otra parte, mis amos tienen allá sus razones.

En fin, una tarde, cercana al fin de la primavera, madama Grandet devorada por un pesar mas cruel todavía que la enfermedad misma, no habiendo podido alcanzar, á pesar de sus súplicas, la reconciliación de Eugenia con su padre, confió sus secretas penas á los Cruchot.

— Tener una hija de veinte y tres años á pan y agua! exclamó el presidente de Bonfons, y sin motivos! Oh! esas son crueldades de tormento, y ella puede protestar tanto en tribunal, como.....

— Vamos, sobrino, dijo el notario, déjate esa jergonza forense. Y V. señora Grandet, esté segura que desde mañana concluirá esta reclusión.

Eugenia, así que oyó que hablaban de ella salióse de su cuarto.

— Señores, dijo adelantándose con un movimiento lleno de orgullo, ruego á ustedes que no se ocu-

pen en este negocio. Mi padre es el amo de la casa, y por tanto debo obedecerle mientras la habite. Su conducta, de que él no debe cuenta mas que á Dios, no se ha de someter á la aprobación ó desaprobación de nadie. Así reclamo de la amistad de ustedes el mas completo silencio con respecto á mí. Criticar á mi padre sería atacar mi propia consideración. Agradezco á ustedes el interés que se toman por mí, pero me obligarán todavía mas, si acallan los murmullos que corren por la villa, y que por casualidad han llegado á mis oídos.

— Mi hija tiene razon, dijo madama Grandet.

— Señorita, respondió respetuosamente el notario, móvido de la belleza que el retiro, la melancolía y el amor habian impreso en el rostro de Eugenia; señorita, la mejor manera de acallar esos murmullos es hacer que su padre de V. la vuelva la libertad.

— Muy bien. Hija mia, deja que M. Cruchot arregle este negocio, supuesto que promete salir airoso: y así es de esperar, pues nadie sabe mejor que él como se debe tratar á tu padre. Si quieres verme dichosa, durante el poco tiempo que me queda de vida, es menester que tu padre y tú estéis reconciliados.

El día siguiente, según la costumbre que habia adaptado M. Grandet desde que Eugenia estaba en reclusión, se fué á pasear un rato por el jardín, y

este rato era siempre el que empleaba Eugenia para peinarse. Cuando el avaro llegaba al corpulento nogal, ocultábase detrás del tronco, y permanecía durante algunos instantes contemplando la larga madeja de pelo de su hija, flotando sin duda entre los pensamientos que le sujeria la tenacidad de su carácter y el deseo de abrazar á Eugenia. Sentábase con frecuencia en el mismo banco en que Carlos y Eugenia se habian jurado un amor eterno, mientras que ella contemplaba á su padre á hurtadillas ó en el espejo. Si él se levantaba y empezaba su paseo, sentábase ella á la ventana y poníase á examinar aquella pared, de la que colgaban las mas hermosas flores, y en cuyas grietas nacian *albohóles* y *arañuelas* y una planta pastosa blanca ó amarilla, muy abundante en Saumur y en Tours, y que se cria entre las viñas.

Una mañana pues del mes de junio presentóse muy temprano M. Cruchot, y halló al viñero sentado en el banquillo, apoyada la espalda en la pared mediera y ocupado en contemplar á su hija.

—¿Eu que puedo servir á V. maese Cruchot? dijo al ver al notario.

—Vengo á hablar á V. de negocios.

—Ha! ha! ¿Quiere V. que le cambie un poco de oro en escudos?

—No, no; no se trata de dinero, sino de Eugenia su hija de V. Todo el mundo habla de ella y de V.

—¿Que le importa al mundo? El carbonero es rey en su casa.

—Por supuesto, el carbonero es dueño de asesinarse, ó lo que es peor, de echar su dinero por la ventana.

—Como? como?

—Amigo mio, la mujer de V. está mala. V. debiera consultar á M. Bergerin: porque está en peligro de muerte, y si llega á morir sin haber sido cuidada como se debe, creo que no estará V. muy tranquilo, Grandet.

—Ta, ta, ta, ta, ¿sabe V. lo que tiene mi mujer? Esos médicos una vez han metido el pié en una casa, la visitan cuatro ó cinco veces al día.

—En fin, Grandet, hará V. lo que le plazca. Somos amigos de mucho tiempo, y no hay en Saumur un hombre que tome por V. el interés que yo: ahora ya se lo he dicho á V.; tiene V. juicio, y está en edad de saber lo que se hace. Por otra parte, tampoco es esto lo que me trae aquí: trátase de otra cosa quizás mas grave aun; pues me parece que V. no tiene ganas de matar á su mujer. Esle á V sobrado útil y, segun veo, V. no ha considerado todavía la situacion en que se hallaria cara á cara con su hija, si ella llegase á morir. Eugenia podria reclamar cuentas, y tendria el derecho de partir los bienes de V. y de hacer vender á Froidfond, puesto que V. no puede desheredar.

la, en razon de que al casarse con su madre se hizo comunidad de bienes.

Estas palabras produjeron el efecto de un rayo, pues el avaro que no entendia en cosas de lejislacion tanto como en comercio, no habia jamás pensado en una licitacion.

-- Por esto, añadió Cruchot, aconsejo á V. que trate á Eugenia con dulzura.

-- Pero ¿sabe V. lo que ha hecho?

-- Que? dijo el notario deseoso de recibir una confidencia de M. Grandet y de saber la causa de la querella.

-- Ha dado todo su oro.

-- ¿Y que? ¿no era suyo?

-- Todos me responden eso, repuso el avaro, dejando caer los brazos de un modo trájico.

-- Vamos! por una miseria, continuó Cruchot, quiere V. poner obstáculos á las concesiones que quiera V. pedirle cuando muera su madre?

-- Como! ¿miseria llama V. á seis mil francos en oro? Humf.

-- Amigo mio, ¿y sabe V. lo que valdrá el inventario y la division de bienes, si su hija Eugenia la requiere?

-- Cuanto?

-- ¡Veinte ó treinta mil francos! cincuenta ó sesenta mil acaso! ¿No sabe V. que será preciso manifestar su hacienda y pagar enormes derechos, en vez de que, arreglándose.....

-- ¡Por el alma de mi padre! exclamó el tonelero, que se sentó palideciendo, ya verémos esto, Cruchot.

Pasado un momento de silencio y de agonía, contempló al notario y le dijo:— La vida es bien dura, y está llena de dolores, Cruchot. ¿V. no me quiere engañar? Júreme V. sobre su honor que lo que me acaba de decir está fundado en derecho. Enséñeme V. el código, enséñemelo, que quiero verlo.

-- Pobre amigo mio, ¿cree V. que no sé aun mi oficio?

-- ¿Con que es cierto? con que mi hija me puede despojar, vender, matar y devorarme?

-- La herencia la pertenece.

-- Pues entonces ¿de que sirven los hijos? Oh! mi mujer, mi mujer! á mi mujer yo la amo! Afortunadamente es robusta, y está buena.

-- No tiene ni un mes de vida.

El tonelero se dió un golpe en la frente, marchó, volvió, y lanzando una mirada terrible á Cruchot, dijo:

-- ¿Pues que he de hacer?

-- Eugenia podrá renunciar pura y simplemente á la sucesion de su madre. V. no quiere deshacerla ¿no es verdad? Pues bien, para obtener una concesion de esta especie, es menester que V. no la maltrate. Lo que yo le digo á V. está en contra de mis intereses: porque á mí, que es lo que me con-

viene sino liquidaciones, inventarios, ventas y divisiones?

—Ya veremos, ya veremos. No hablemos más de esto, Cruchot, V. me ha revuelto las entrañas.

¿Ha recibido V. oro?

—No, pero tengo algunos luses, diez ó doce, que le enviaré á V. Amigo mio, haga V. la paz con Eugenia, pues todo Saumur le critica á V.

—¿Y que les importa á los que me critican?

—Vamos, dejemos eso. Las rentas están á 97 y 75. Está V. contento á lo menos una vez á la vida.

—¿A 97 y 75, Cruchot?

—Sí.

—Como! á 97 y 75! repitió acompañando á Cruchot hasta la puerta de la calle.

Luego hallándose sobrado ajitado por lo que acababa de oír para permanecer en casa, subióse al cuarto de su mujer y la dijo:—Vamos, hoy podrás pasar el día con tu hija, pues yo me voy á Froidfond. Estad alegres las dos. Este es el cumpleaños de nuestro casamiento. Toma, querida mia, ahí tienes diez escudos para la mesita de la procesion del Corpus. Hace ya tiempo que deseas tener una, con que ya puedes alegrarte y estar contenta tú y tu hija tambien. Divertios mucho y viva la alegría.

Echó pues diez escudos de seis francos en la cama de su mujer, de quien tomó con las manos la cabeza para besarla la frente.

—Te encuentras mejor ¿no es verdad?

—Como puedes pensar en recibir en tu casa al Dios que perdona, cuando tu hija está desterrada de tu corazon.

—Ta, ta, ta, ta, respondió cariñosamente, ya veremos esto.

—¿Bondad del cielo! Eugenia! gritó la buena madre encarnada de alegría, ven y abraza á tu padre que te perdona!

Pero este habia ya desaparecido, huyendo á mas correr hácia sus cercados, procurando poner en órden sus ideas desordenadas. Grandet entraba entonces en los sesenta y dos años de su edad. Es de saber que desde dos años antes su avaricia se habia acrecentado como se acrecientan todas las pasiones persistentes en el hombre. Siguiendo una observacion hecha sobre los avaros, los ambiciosos y los demás hombres cuya vida está consagrada á una idea dominante, sus sentimientos se habian inclinado mas particularmente al símbolo de su pasion. La vista del oro y su posesion eran su monomanía. Luego habiendo crecido su espíritu de despotismo en proporcion de su avaricia, el abandonar la direccion de la menor parte de sus bienes, por la muerte de su muger, le parecia una cosa CONTRA NATURA. Manifestar su fortuna á su hija y á..... Inventariar todos sus bienes muebles é inmuebles!!! Habia para cortarse el cuello, se dijo él mismo en

alta voz en medio de un cercado cuyas cepas contemplaba.

Por último tomó su partido y volvióse á Saumur á la hora de comer resuelto á dejarse doblegar por Eugenia, á acariciarla á mimarla y tenerla contenta á fin de poder morir de un modo real teniendo en sus manos hasta el último suspiro las riendas de sus millones.

Al mismo tiempo que el avaro, que por casualidad había tomado su pasaporte, subía la escalera á paso de lobo para ir al cuarto de su esposa, Eugenia había llevado y dejado el hermoso *necessaire* de Carlos sobre la cama de su madre. En la ausencia de Grandet se complacían entrambas en contemplar el retrato de Carlos examinando el de su madre.

— Esta es su misma frente, esta su misma boca! decía Eugenia cuando su padre abrió la puerta.

Al ver madama Grandet la mirada que su marido lanzó sobre el oro, exclamó: -- Santo Dios! tened piedad de nosotras!

El avaro saltó sobre el oro, como un tigre sobre un niño adormido.

— ¿Que es eso? dijo arrebatando aquel tesoro y colocándolo en la ventana. — Oh! esto es oro y buen oro... á lo menos pesa tres ó cuatro libras. Ah! ah! Carlos te dió esto contra tus hermosas monedas. Mira, porque no me lo decias? No has hecho mal

negocio, mona mia, no, tú eres mi hija, ahora te reconozco. Esto es de Carlos; no es verdad?

— Si, querido padre esto es de Carlos y no mio. Este mueble es un depósito sagrado.

— Ta, ta, ta, él te ha tomado tu fortuna, y es menester restablecértela.

— Padre mio!

— El avaro quiso servirse de un cuchillo para levantar una placa de oro, y se vió obligado á colocar el *necessaire* sobre una silla. Eugenia corrió á tomarlo; pero el tonelero que tenia á la vez la vista fija en Eugenia y en el cofrecito, la repelió tan violentamente alargando el brazo, que la pobre jóven fué á caer sobre el lecho de su madre.

— Grandet! Grandet! gritó la enferma levantándose en la misma cama.

Pero aquel había abierto su cuchillo y se preparaba á levantar la placa.

— Padre mio, gritó Eugenia arrodillándose y caminando de rodillas, para llegar hasta su padre hácia quien levantaba las manos: padre mio, en nombre de todos los santos, de la vírjen Maria, de Jesucristo que murió en la cruz, en nombre de la salvacion de V., padre mio, en nombre de mi vida, no toque V. eso. Ese cofrecillo no es de V. ni mio, sino de un desgraciado pariente que me lo ha confiado y á quien debo devolvérselo intacto.

— Si es un depósito; por qué lo mirabas tú? ver es peor que tocar!

-- Padre mio, no lo destruya V. ó me deshonorra. Padre mio, que no me oye V.!

-- Esposo, por favor! dijo la madre.

-- ¡Padre mio! gritó Eugenia con una voz tan fuerte que Mariana subió espantada. La infeliz hija se apoderó de un cuchillo que tenia cerca y se armó con él.

-- Y qué? dijo friamente Grandet y aun sonriendo.

-- Esposo, esposo, tú quieres esesinarme, exclamó la enferma.

-- Padre mio, si V. con su cuchillo levanta la mas pequeña partícula de ese oro yo me atravieso el corazon con el mio. V. ha matado ya á mi madre, mate V. tambien á su hija. Ahora obre V. como quiera, herida por herida.

M. Grandet dejó el cuchillo sobre el cofrecillo, miró á su hija algo suspensó, y luego dijo:

-- ¿Serías capaz, Eugenia?

-- Si, señor, respondió madama Grandet.

-- Ni mas ni menos que como lo dice, exclamó Mariana. Póngase V. en razon, una vez en la vida, amo mio.

El tonelero miró alternativamente por un instante al cofrecillo y á su hija. Madama Grandet se desmayó.

-- No vé V., amo mio? la señora se muere, exclamó Mariana.

-- Toma, hija, que no tenemos de reñir por

esa bagatela de cofre. Tómalo. Y al mismo tiempo el tonelero lo echó sobre la cama de su mujer.

-- Tú, Mariana, vé á buscar á M. Bergerin.

-- Vamos, mujer, añadió, besando la mano de su esposa, míra, ya hemos hecho la paz: ¿no es verdad, hija mia? ya no estarás mas á pan y agua, y comerás todo lo que te de gana. Ah! ya abre los ojos. Y bien! querida mia, esposa mia, amada mia, vamos, mira como abrazo á Eugenia. Puesto que ama á su primo, si ella quiere, se casará con él y le guardará el cofrecito. Pero es menester que tú vivas, mi buena esposa.

-- Dios mio, es posible que trates de este modo á tu mujer y á tu hija?

-- Te juro que no lo haré mas. En seguida vas á verlo.

Fuése corriendo á su cuarto, y volvió con un puñado de luises que esparció sobre la cama.

-- Toma, Eugenia, toma... y tú tambien, mujer, repitió, haciendo sonar los luises. Vamos, alégrate, ponte buena; pues de hoy en adelante no te hará falta nada, ni á Eugenia tampoco. Mira, ahora la doy cien luises de oro. Pero estos no los darás, Eugenia, ¿no es verdad?

Madama Grandet y su hija se contemplaron atónitas.

-- Tómelos V., padre mio, nosotras no queremos mas que la ternura de V.

— Muy bien, eso es lo que quiero yo tambien, respondió el avaro, metiéndose los luises en el bolsillo. Vivamos como buenos amigos, vámonos á la sala á comer juntos, y á jugar todas las noches á la lotería á dos sueldos cada vez; y así podréis divertirnos.

— Ah! bien lo quisiera yo, puesto que esto te es agradable, dijo la moribunda, pero no puedo levantarme.

— Pobre amiga mia. Tú no sabes como yo te amo, ni tú tampoco, hija mia.

Grandet abrazó á Eugenia y besóla.

— Oh! cuan bello es abrazar á una hija despues de una querella! Mona mia! Mira, esposa, ahora tu hija y yo no hacemos mas que uno. Ve á encerrar eso, Eugenia, añadió señalando el cofrecillo, ve, no temas nada. Ya no te hablaré mas de ello.

Al cabo de un rato llegó M. Bergerin, el médico mejor de todo Saumur. Terminada la consulta, declaró positivamente á Grandet que su mujer estaba muy mala; pero que con una gran calma de espíritu, un réjimen pacífico y muchos cuidados podrian alargar su vida hasta últimos de otoño.

— Y costará mucho esto? preguntó el avaro. Se necesitan drogas?

— Pocas drogas, pero muchos cuidados respondió el médico, que no pudo contener una sonrisa.

En fin, M. Bergerin, V. es un hombre hon-

rado, no es así? Yo fío en V. y ya puede V. venir tantas cuantas veces lo crea conveniente. Cúreme V. á mi esposa, á quien amo mucho, aunque no lo manifiesto, porque en mi casa somos reservados y su enfermedad me apesadumbra el alma. Tengo mucho sentimiento y hace ya que arrastro esta pena desde la muerte de mi hermano, por quien gasté en Paris sumas cuantiosas, y nunca termina su pleito. A dios, caballero, si se puede volver la salud á mi mujer, sálvemela V. aunque se hayan de gastar para ello mil francos, y aunque sean dos mil.

A pesar de los fervientes votos que hacia Grandet por la salud de su mujer, y de la complacencia que manifestaba en cualquier caso al cumplir los deseos de su esposa y de su hija que estaban admiradas, y sin embargo de los mas tiernos cuidados prodigados por Eugenia, madama Grandet corrió rápidamente hácia la muerte. Cada dia se enflaquecia y debilitaba como se debilitan casi todas las mujeres achacadas en tal edad. Estaba agostada como las hojas que caen de los árboles en otoño y los rayos del cielo la hacian resplandecer como resplandecen las hojas que él atraviesa y dora. Su muerte fué digna de su vida, fué una muerte plenamente cristiana, es decir, sublime.

En el mes de octubre, se mostraron mas particularmente sus virtudes, su paciencia de ángel y

su amor para con su hija. Estinguióse sin haber dado la menor queja. Cordero sin mancha, íbase al cielo y no sentia dejar mas que la dulce compañera de su fria vida á quien sus miradas parecian predecir mil males. Temblaba de dejar aquella oveja blanca como ella, sola en medio de un mundo egoista, que quería arrancarla su vellon y sus tesoros.

Hija mia, la dijo antes de espirar, no hay felicidad mas que en el cielo, ya lo sabrás algun dia.

El dia siguiente al de la muerte de su madre, Eugenia halló nuevos motivos para unirse mas y mas á la casa en que habia nacido, en que habia sufrido tanto y donde su madre acababa de espirar. No podia contemplar la ventana ni la silla en que se sentaba aquella, sin derramar lágrimas. Creía haber desconocido el alma de su anciano padre, viéndose objeto de sus mas tiernos cuidados. El tonelero le daba el brazo para bajar al comedor, la miraba de buen ojo durante horas enteras y por último la cuidaba como si fuese oro.

El avaro se parecía tan poco á si mismo, temblaba de tal modo ante su hija, que Mariana y los cruchotinos testigos de su debilidad, lo atribuyeron á su edad evanzada y hasta temieron que se debilitasen sus facultades. Pero desde aquel dia en que la familia tomó el luto, despues de la comida en que fué convidado maese Cruchot, el único que

conocía el secreto de su cliente, se declaro la conducta del avaro.

— Mi querida hija, dijo á Eugenia, así que se levantó la mesa y se hubieron cerrado cuidadosamente las puertas, tú eres heredera de tu madre y tenemos algunos negocios que arreglar entre los dos. ¿No es verdad, Cruchot?

— Sí.

— ¿Y es menester ocuparnos de esto hoy mismo, padre mio?

— Sí, sí, hija mia. No podria vivir en la incertidumbre en que me hallo. Tú no quieres causarme un pesar ¿no es eso?

— Oh! padre mio.

— Pues bien! es preciso arreglar todo eso esta misma noche.

— ¿Qué quiere V. que haga?

— No soy yo quien debe decirte esto, pregúntalo á Cruchot.

— Señorita, su señor padre no quisiera partir, ni vender sus bienes, ni pagar enormes derechos por el dinero contante que puede poseer, por lo que sería necesario dispensarse de hacer el inventario de toda la fortuna que en el dia se halla dividida entre su señor padre y V.....

— Cruchot, está V. bien seguro de esto para hablar así delante de una niña?

— Déjeme V. hacer, Grandet.

— Sí, sí, amigo mio. Ni mi hija, ni V. no querrán despojarme ¿no es verdad, hija mia?

— Pero, señor Cruchot, ¿que debo hacer? preguntó Eugenia.

— Y bien, dijo el notario, seria menester firmar esta acta, por la cual, renunciaria V. á la sucesion de su señora madre, y dejaria á su padre el usufructo de todos los bienes comunes entre ustedes, y de que él la asegura la propiedad....

— Yo nada comprendo de lo que V. me dice, respondió Eugenia, deme V. el acta, y enséñeme el lugar en que debo firmar.

El avaro miraba alternativamente el acta y á su hija, sintiendo tan vivas conmociones que tuvo que enjugarse varias veces el sudor que caia por su frente.

— Hija mia, la dijo, si en lugar de firmar esta acta, que costará mucho de hipotecar, quisieras renunciar pura y simplemente á la sucesion de tu difunta madre, y dejar que yo cuide de tu porvenir, yo prefiriera esto. Entonces te haré una renta cada mes de cien francos. Ya ves, podrás pagar tantas misas como quieras para quienes las mandes rezar... Eh? cien francos cada mes..... *en libras.*

-- Haré lo que V. quiera, papá.

-- Señorita, es mi deber hacerla observar que V. se despoja....

-- Y que me importa esto, Dios mio!

-- Callate, Cruchot. Lo dicho, dicho! exclamó Grandet tomando la mano de su hija y apretándosela, tú no querrás desdecirte porque eres una buena hija, eh!

-- Oh! padre mio.

Entonces la abrazó con efusion y la apretó entre sus brazos á punto de ahogarla.

-- Vé, hija mia, ahora das la vida á tu padre. Tú le vuelves lo que te ha dado, estamos quitos. He aquí como deben terminarse los negocios. La vida es como un negocio cualquiera. Yo te bendigo. Eres una hija virtuosa que ama á su papá. Sin embargo, harás lo que quieras.

— Hasta mañana, pues, Cruchot, dijo mirando al notario espantado. Vea V. de preparar el acta de renuncia para el tribunal.

La mañana siguiente, al medio día, fué firmada la declaracion por la cual Eugenia efectuaba por si misma su espoliacion.

Con todo, apesar de su palabra, al fin del primer año, el viejo tonelero no habia dado ni un sueldo de los cien francos por mes, tan solemnemente prometidos á su hija. De manera, que cuando Eugenia le habló de ellos por incidente no pudo menos de ruborizarle, pues subió con presteza á su gabinete, bajó y presentó á su hija cerca de la tercera parte de las joyas que habia tomado de su sobrino.

— Toma, picarilla, dijo con acento lleno de iro-

nía, ¿quieres todo esto por tus mil doscientos francos?

— O padre mio! En verdad, me los da V.?

Entonces le echó aquellos dijes en el regazo.

— El año que viene te daré otro tanto. Así en poco tiempo tendrás todas *sus* chucherías, añadió frotándose las manos, contento de poder especular con el sentimiento de su hija. A poco tiempo el viejo aunque robusto todavía, se vió en la necesidad de iniciar á su hija en los secretos de la casa. Durante dos años consecutivos la hizo ordenar en presencia suya todos los gastos y recibir los créditos de su cercados y arriendos. En fin, al cabo de tres años, la habia acostumbrado tan bien á sus maneras avaras, que le cedió sin temor las llaves de la despensa, y la constituyó señora de la casa. Pasaron cinco años sin acontecimiento alguno notable en la monotonía eclesiástica de Eugenia y de su padre. Se cumplieron constantemente los mismos actos con la regularidad cronométrica de los movimientos del antiguo reloj. La profunda melancolía de la señorita Grandet no era un secreto para nadie; pero si bien cada cual pudo presentir la causa, jamás ella pronunció una palabra que pudiese justificar las sospechas que todas las reuniones de Saumur formaban sobre el estado del corazón de la rica heredera. Su única sociedad eran los tres Cruchot, y algunos amigos suyos que

se habian introducido insensiblemente en la casa. La habian enseñado á jugar al wisth, y venian todas las tardes á hacer la partida.

Desde el año 1825 su padre se vió en la precisión de iniciarla en los secretos de su fortuna territorial y la decia que en caso de dificultad se informase del notario Cruchot, cuya probidad tenia bien experimentada. El avaro cumplió 79 años á fines del citado y se vió presa de una parálisis que hizo tan rápidos progresos, que M. Bergerin le desaució.

Cuando Eugenia pensó que iba á verse dentro de poco sola en el mundo, unióse mas estrechamente con su padre, por decirlo así, y estrechó mas fuertemente el último anillo de afectos que la ligaban á la sociedad. En su imaginación como en la de todas las demás mujeres, el amor era el universo entero, y Carlos no estaba allí. Eugenia estuvo sublime en los cuidados y atenciones que prodigó á su padre, cuyas facultades empezaban á deslizar aunque la avaricia se le sostenia por instinto. Por esto la muerte de aquel hombre no contrastó con su vida.

Por la mañana se hacia pasear desde la chimenea de su cuarto hasta la puerta de su gabinete, lleno sin duda de oro. Luego se quedaba estático, pero contemplaba alternativamente á los que le iban á ver y miraba la puerta forrada de hierro. Se hacia dar cuenta de cualquier ruido que oyése y con mucha

extrañeza oía hasta los bostezos del perro que estaba en el corral.

Salía de aquel aparente estupor á la hora y punto en que debía cobrar arriendos, arreglar cuentas con los labradores ó dar recibos. Entonces ajitaba su silla de ruedas hasta que se hallaba en frente de la puerta de su gabinete que hacía abrir por su hija, y cuidaba que ella misma colocase en secreto los sacos de plata unos sobre otros y que cerrase bien la puerta. Así que Eugenia le devolvía la llave preciosa, guardada siempre en la faltriquera de su chaleco, que tocaba de cuando en cuando, se volvía silenciosamente á su lugar. Por otra parte el anciano notario, presintiendo que la rica heredera debería casarse necesariamente con su sobrino el presidente, si Carlos Grandet no volvía, redobló sus atenciones y cuidados. Iba todos los días á ponerse á las órdenes de M. Grandet, visitaba á Froidfond, y las demás haciendas, vendiendo la cosecha, y permutándolo todo en oro y plata, que iba á reunirse luego con los sacos apilados en el gabinete. Llegaron por último los días de la agonía, en los cuales la naturaleza robusta del avaro luchó con la destrucción; mas no por eso quiso separarse de la chimenea, ni salir de enfrente del gabinete. Cuando le abrigaban para guardarle del frío, lo recojía todo y decía á Mariana:—Vé, corre, cierra eso, ciérralo, no sea caso que me roben. Cuando podía

abrir los ojos, donde se había oncentrado toda su vida, los volvía continuamente á la puerta de su gabinete, en que estaban encerrados sus tesoros, y decía á su hija con un sonido que denotaba una especie de terror pánico:—¿Están todavía? ¿están aun?

—Sí, papá.

—Guarda bien el oro, tráeme oro, y ponlo aquí delante.

Entonces Eugenia esparramaba algunos luises sobre una mesita, y su padre tenía los ojos fijos sobre ellos, como un niño que en el momento en que empieza á ver, contempla estúpidamente el mismo objeto, y como al niño se le escapaba una sonrisa penosa.

—Esto me anima! decía alguna vez, dejando ver en su rostro una espresion de felicidad.

Quando el cura de la parroquia fué á administrarle los sacramentos, sus ojos, muertos en apariencia desde algunas horas antes, se reanimaron á la vista de la cruz, de los candeleros y del hisopo de plata, mirólos fijamente y su lobadillo se removió por última vez. Luego, cuando el sacerdote le acercó á los labios el crucifijo para que lo besase hizo un espantoso movimiento para cojerlo... último esfuerzo que le costó la vida. Llamó á Eugenia, á quien no veía aunque la tenía delante arrodillada, y bañándole con lágrimas sus manos ya frías.

— Padre mio, bendígame V.!

— Ten buen cuidado de todo, pues me darás cuenta despues en el otro mundo! probando con eso que el cristianismo debe ser la religion de los avaros.

Eugenia Grandet se encontró sola en el mundo y en una casa en que no habia mas que Mariana á quien pudiese echar una mirada con la certidumbre de ser entendida, Mariana, único ser que la amase sin interés. Aquella criada era una providencia; por esto, desde entónces no fué ya mas que una amiga de su señorita. Esta supo despues de la muerte de su padre, y por relato de M. Cruchot, que poseía cuatrocientas mil libras de renta en bienes raices en el término de Saumur, doscientos cincuenta mil francos al tres por ciento, adquiridos á sesenta y un francos y que valian entónces setenta y siete; luego tres millones en oro y cien mil francos en escudos, sin contar algunas deudas que se debian cobrar. La suma total de sus bienes ascendía á veinte millones.

— ¿Donde está mi primo! se preguntó á sí misma.

El día en que el notario Cruchot entregó á su clienta la liquidacion de su herencia, estaba sola con Mariana, sentadas ambas una en cada lado de la chimenea de aquella sala, en que todo eran recuerdos, desde la silla en que se sentaba la ma-

dre de Eugenia hasta el vaso en que habia bebido su primo.

— Mariana, estamos solas.....

— Sí, mi señorita, y si yo supiera donde se halla su primo de V. iría á buscarle á pié descalzo.

— Nos separa un mar inmenso! dijo ella.

Miéntas que la pobre heredera lloraba en compañía de su antigua sirvienta en aquella fría y oscura casa, que para ella componia todo el universo, no habia otra cuestion desde Orleans á Nántes que la de los veinte millones de la señorita Grandet. Uno de sus primeros actos fué el dotar de mil doscientos francos de renta vitalicia á Mariana, la cual poseyendo ya otros seis cientos francos, fué un rico partido. En menos de un mes pasó del estado de doncella al de mujer, bajo la proteccion de Antonio Cornoiller, que fué nombrado guarda-jeneral de la hacienda de Froidfond. Madama Cornoiller llevó inmensa ventaja sobre sus contemporáneas; pues aunque tenia sesenta y tres años parecia no tener cuarenta. Sus groseras facciones habian resistido á los ataques del tiempo; y, gracias á su réjimen de vida enteramente monástico, revestia la vejez de una salud de hierro y un semblante indestructible. Tal vez, nunca habia estado tan guapa como lo fué el día de su casamiento. Tuvo los beneficios de su fealdad y apareció robusta, gorda, fresca, y con tal aire de dicha en su figura, que hizo envidiar á algunas personas la suerte de Cornoiller.

— Tiene buenos colores, decia el trapero.

— Es capaz de tener hijos, decia un comerciante de sal, porque se conserva como en salmuera, segun parece.

— Ella es rica y el perillan de Cornoiller da un buen golpe, añadia otro vecino.

Al salir de aquella antigua casa, Mariana que era querida de la vecindad, recibió continuos cumplimientos desde la tortuosa calle hasta la parroquia. Por presente de boda, Eugenia la dió dos docenas de cubiertos. Cornoiller, sorprendido de tanta magnificencia hablaba de su señorita con las lágrimas en los ojos, y se hubiera dejado matar por ella. Constituida dama de confidencia de Eugenia, la señora Cornoiller, tuvo en adelante un honor igual para ella al de poseer un marido. Tenia, en fin, una despensa que abrir ó cerrar y provisiones que distribuir por la mañana, como lo hacia su difunto amo. Luego tuvo que mandar á dos criados, una cocinera y una camarera, encargada de componer la ropa de la casa y hacer los vestidos de Eugenia. Cornoiller añadió á las funciones de guarda las de gobernador. Seria inútil decir que la cocinera y camarera elejidas por Mariana eran verdaderas *perlas*. La señorita Grandet tuvo tambien cuatro sirvientes, cuyo afecto para con ella era sin límites. Los operarios y arrendadores no se apercibieron de la muerte del avaro; este habia establecido

tan severamente los usos y costumbres de su administracion, que fueron cuidadosamente continuados por M. y madama Cornoiller.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

382

... las aventuras las días y costumbres en aquel
... que fueran cuidadosamente estudiadas
... y una gran cantidad de...

... mundo, interpretando su mundo entre ella
... el padre, el hijo, el hijo por su padre, casi ha-
... la vida de la que le dio el ser, y no
... la curaba más que dolores, mercedados de débiles
... De manera que hasta entonces se había
... hacia la dicha, perdidos sus instintos, sin
... En la vida moral así como en la vida
... existe una respiración y una aspiración; si
... el alma tiene necesidad de absorber los sentimientos
... de otra alma, de sentimientos, para resistirlos
... los después.

ASI VA EL MUNDO.

... el mundo, el mundo está en la vida, entonces la falta
... el amor, el amor y el amor, el amor y el amor
... Eugenia comprendió, para ella la forma
... en un poder, ni un consejo, no podía existir
... sino por el amor, por la religión, y por el amor.

A los treinta años, Eugenia no conocía aun ninguna de las felicidades de la vida. Su pálida y triste infancia se había deslizado junto á una madre, cuyo corazón desconocido y angustiado había sufrido siempre. Al terminar con placer la existencia, aquella madre, compadecía á su hija porque debía sobrevivirla, dejándola en el alma lijeros remordimientos y eterno pesar. El primero, el único amor de Eugenia era para ella un principio de melancolía. Luego de haber entrevisto á su amante por algunos días, le había entregado su corazón entre dos besos furtivamente aceptados y recibidos; después

habia partido, interponiendo un mundo entre ella y él. Este amor, maldecido por su padre, casi habia costado la vida de la que le dió el ser, y no le causaba mas que dolores, mezclados de débiles esperanzas. De manera que hasta entonces se habia lanzado hácia la dicha, perdiendo sus fuerzas, sin descansar. En la vida moral asi como en la vida física, ecsiste una respiracion y una aspiracion; sí, el alma tiene necesidad de absorver los sentimientos de otra alma, de asimilárselos, para restituírse-los despues mas ricos. Sin este delicioso fenómeno humano, el corazon está sin vida, entonces le falta el aire, sufre y perece.

Eugenia comenzaba á sufrir. Para ella la fortuna ni era un poder, ni un consuelo, no podia ecsistir sino por el amor, por la religion, y por su esperanza en el porvenir. El amor la esplicaba la eternidad. Su corazon y el evangelio la enseñaban dos mundos venideros. De dia y de noche se sumerjia en el seno de dos pensamientos infinitos, que para ella no componian mas que uno solo. Se replegaba en sí misma, amando y creyéndose amada. Hacia siete años que su pasion habia invadido á todo. Sus tesoros no eran los veinte millones cuyos créditos amontonaba negligentemente, éranlo sí el cofrecillo de Carlos, los dos retratos colgados en la cabecera de la cama, las joyas que habia recobrado de su padre, colocadas magníficamente sobre una almohadilla de

terciopelo en un cajon del tocador, el dedal de su tia de que se habia servido su madre y que tomaba todos los dias relijiosamente para trabajar en un bordado, obra de Penelope, emprendida solamente para poner en su dedo aquel oro lleno de recuerdos.

No parecia verosímil que la señorita Grandet quisiese casarse durante el luto; su verdadera piedad era conocida. Asi pues, la familia Cruchot, cuya política dirijia prudentemente el anciano abate, se contentó con no perder de vista á la heredera, rodeándola de los mas afectuosos cuidados.

En su casa, todas las noches, se llenaba la sala de una reunion compuesta de los mas ardientes y decididos Cruchotinos del pais, que se esforzaban en cantar las alabanzas de la señora de la casa bajo todos los tonos. Eugenia tenia su médico de cabecera, su gran limosnero, su chambelan, su primer ministro, y hasta su chanciller que todo se lo queria decir. Si la heredera hubiese querido un *portacola* se le habria encontrado tambien. Era una reina, la mas adulada de todas las reinas.

La lisonja sobreentiende un interés. Por esto las personas que concurrían cada noche á la tertulia de Eugenia, á la cual llamaban la *señorita de Froidfond*, sacaban siempre su partido llenándola de elogios. Este concierto de alabanzas, nuevas para Eugenia, la sonrojaba al principio, pero insensiblemente y por groseros que fuesen los cumplimientos,

se acostumbró tan bien á oír alabar su belleza, que si algun recien llegado la hubiese encontrado fea, esta observacion lá hubiera sido mas sensible entonces que ocho años antes. Por último acabó por apreciar aquellos inciensos que ella elevaba á su ídolo, y se acostumbró por grados á dejarse tratar á manera de soberana y á ver su corte llena todas las noches.

El presidente de Bonfons era el héroe de aquel pequeño círculo, en que su talento, su persona, su instruccion y su amabilidad eran alabadas sin cesar. El uno hacia observar que su fortuna habia aumentado de siete años á aquella parte, que Bonfons redituaba á lo menos diez mil francos de renta, y que se hallaba enclavado, como todos los bienes de los Cruchot, en los vastos dominios de la heredera.

—¿Sabe V., señorita, decia otro quidam que los Cruchot tienen á la raya de cuarenta mil libras de renta?

—Y sus economías! añadía una vieja Cruchotina, la señorita (28) de Gribeaucourt. Ha llegado últimamente un caballero de París, que ha ofrecido al señor Cruchot doscientos mil francos por su bufete: puesto que deberá venderlo si llega á ser nombrado juez de paz.

—Quiere suceder al señor de Bonfons en la presidencia del tribunal y toma sus precauciones, con-

testaba madama de Orsonval, porque el señor presidente llegará á ser consejero, y luego presidente de la corte, pues tiene muchos medios para dejar de serlo.

—Sí, es un hombre muy distinguido, decia otro. ¿No lo cree V. así, señorita?

El señor presidente habia tratado de ponerse en armonía con el papel que queria representar. Apesar de sus cuarenta años, apesar de su cara morena y arrugada, marchita como lo son todas las judiciarias, vestia como un jóven, jugueteaba con su palo-junco, se abstenia de tomar tabaco en casa de la señorita de Froidfond, y llevaba siempre corbata blanca, y camisa de pecheras cuyos grandes pliegues le daban un cierto aire de familia con los individuos del jénero pavo. Hablaba muy familiarmente á la bella heredera, y solia decirla: *¡nuestra cara Eugenia!*

En fin, salvo el número de personajes, poniendo el wisth en lugar de la lotería, y suprimiendo las figuras de los señores Grandet, en nada habia cambiado la escena con que empezamos esta historia.

Si Carlos hubiese vuelto de las Indias habria encontrado los mismos personajes y los mismos intereses; porque la señora de Grassins, por la cual

Eugenia se veía al colmo de las gracias y bondades, persistía en atormentar á los Cruchot; entonces como en otro tiempo la figura de su prima habria dominado aquel cuadro, y como en otro tiempo él hubiera sido allí el soberano del lugar. Sin embargo, habia un progreso: el ramillete presentado en otro tiempo por el señor presidente á Eugenia cuando sus dias, se habia hecho periódico. Todas las tardes llevaba á la rica heredera un grande y magnífico ramo, que madama Cornoiller colocaba de manifiesto en un vaso y echaba secretamente á un rincon del corral, luego de concluidas las visitas.

Al principio de la primavera, madama de Grassins probó de turbar la dicha de los Cruchotinos, hablando á Eugenia del marqués de Froidfond, cuya casa arruinada podia realizarse si la heredera quisiese devolverle su hacienda por un contrato matrimonial. Hablaba con afectada ostentacion de su dignidad de par, de su título de marques, y tomando la sonrisa de desden de Eugenia por una aprobacion, iba diciendo que el casamiento del presidente Cruchot no estaba tan adelantado como se creia.

— Aunque el señor de Froidfond tenga cincuenta años, decia la de Grassins, no parece menos ágil que M. Cruchot; es viudo, tiene hijos, es verdad; pero es marques, será par de Francia, y en estos tiempos, un partido de este jenero... Yo sé de bue-

na tinta que el tío Grandet, reuniendo todos sus bienes con la hacienda de Froidfond, tenia la intencion de emparentar con esta familia. Cuantas veces me lo dijo! Era muy picaruelo el tal Grandet!

— ¡ Que infeliz soy! Mariana, dijo una noche Eugenia al acostarse, en siete años no escribirme una sola vez!

Mientras que pasaban estas cosas en Saumur, Carlos hacia su fortuna en Indias. Su pacotilla al momento fué vendida muy bien, y reunió una suma de seis mil dollars. (29) Despues del bautismo de la línea, (30) se le desvanecieron muchas preocupaciones, y comprendió que el mejor medio de hacer fortuna en las rejiones intertropicales, lo mismo que en Europa, era vender y comprar hombres. Fuése pues á las costas de Africa y empezó á traficar con negros, añadiendo á su comercio de hombres el de sus mercaderías, que cambiaba de la manera mas ventajosa en los mercados á donde le conducian sus intereses, de que cuidaba con tanta actividad, que no le dejaban un momento libre. Dominábale la idea de volver á París con todo el esplendor de una fortuna colosal, y de ocupar una posicion mas brillante todavia que la que habia perdido.

A fuerza de viajar entre los hombres y los paisés, y de observar sus contrarias costumbres, sus ideas se modificaron y se hizo escéptico. No se fijaba ya en lo justo ni en lo injusto; veía tachar de crimen en

un país lo que era virtud en otro; además por su contacto continuo con los intereses, su corazón se enfrió, se contrajo y se desecó. La sangre de los Grandet no le fué necesaria para cumplir con su destino; fué áspero y empedernido; vendió chinos, negros, niños de golondrinas, niños y artistas, siendo usurero por mayor. La costumbre de defraudar los derechos de las aduanas le hizo menos escrupuloso para con los derechos de los hombres. Ibase á santo Tomás á comprar á un precio vil las mercaderías robadas por los piratas, y las iba á vender en las plazas en que habia falta de ellas.

Si bien la noble y pura figura de Eugenia le acompañó en su primer viaje á manera de aquella imájen de la vírjen que colocan en un navío los marineros españoles, y si bien atribuyó sus primeros éxitos á la influencia de los votos y ruegos de aquella dulce jóven; mas tarde, las negras, las mulatas, las blancas, las javanasas, las almeas, y despues sus orjías de todos colores, y las aventuras que tuvo en diversos países borraron completamente de su memoria á su prima, á Saumur con la casa, el banco, y hasta el beso furtivo del corredor. Solamente se acordaba de aquel pequeño jardín puesto en forma de cuadro por cuatro paredes viejas, porque allí habia empezado su desgracia; pero renegaba de su familia. Su tío era un perro viejo que le habia sonsacado sus joyas; Eugenia ya no ocupaba su corazón, ni sus pensa-

mientos; solamente tenia lugar en sus negocios como acreedora de una suma de seis mil francos.

De aqui el silencio de Carlos Grandet, que en Indias, en santo Tomás, en la costa de Africa, en Lisboa y en los Estados-Unidos, habia tomado el pseudónimo de *Chippart* para no comprometer su nombre, y poder así sin peligro, mostrarse por todas partes infatigable, audaz, ávido, y como un hombre que, resuelto á hacer fortuna de cualquier modo que fuese, se despacha en acabar con sus infamias para permanecer honrado lo restante de sus dias.

Con este sistema su fortuna fué rápida y brillante. En 1826, llegó á Burdeos con un lindo brick, llamado *Carolina*, perteneciente á una casa de comercio realista. Poseia un millon y seis cientos mil francos en tres tonelitos de polvo de oro, bien empaquetados, de los que esperaba sacar el siete ó el ocho por ciento amonedándolos en París.

En este brick se hallaba tambien un gentil-hombre de cámara de S. M. el rey Carlos X, M. de Aubrion, un buen anciano que habia cometido la locura de casarse con una mujer á la moda. Su fortuna se hallaba en las islas. Para reparar las prodigalidades de madama de Aubrion se habia visto precisado á recojer sus réditos. Los señores de Aubrion de Busch, cuyo último Captal murió ántes de 1789, se hallaban reducidos á veinte mil

libras de renta. Tenian una hija asaz fea, que la madre queria casar sin dote, pues su fortuna bastábales apénas para vivir en París. Esta era una empresa cuyo esito hubiera parecido problemático á la jente del mundo, apesar de la habilidad que este concede á una mujer á la moda. Así pues, madama de Aubrion, al ver á su hija, llegaba á desesperar hasta de poderla alcanzar un hombre hambriento de nobleza.

Erase aquella una niña prolongada como insecto, demacrada y delgadita como un mimbre, hendi- da su cara por una desdeñosa y ancha boca, sobre la cual caía una larguísima nariz cuya gruesa punta, hinchada ya en su estado normal, tomaba un color rojo subido despues de la comida, especie de fenómeno vegetal, mas desagradable en medio de un rostro pálido y descarnado que en cualquier otro. En fin era tal como podia desealarla una madre de treinta y ocho años, que fresca y hermosa todavía, no se ha despojado de las pretensiones de la juventud: pero para contrabalancear tales desventajas la marquesa de Aubrion habia dado á su hija un aire muy distinguido; habíala sometido á una hijiene que provisoriamente mantenía la nariz en un tono de carne razonable, la habia enseñado el arte de vestir con gusto y orijinalidad, la habia dotado de unos ademanes y maneras graciosas, la habia enseñado aquellas miradas melancólicas que interesan á un

hombre y le hacen creer que va á encontrar un ángel en su conquista, la habia hecho estudiar la manio- bra del pié para saberlo adelantar apropósito, ha- ciendo admirar su pequeñez en aquel momento en que la nariz tenia la impertinencia de enrojecer; y habia, en fin, sacado de su hija un partido muy satisfactorio. Por medio de anchas mangas, de en- gañosos y apretados corsés, y de ropas vistosas y bien guarnecidas, habia obtenido resultados femeniles tan curiosos, que para instruccion de las madres, de- berian haberse depositado en un museo.

Carlos se hizo íntimo con madama de Aubrion, la que precisamente queria relacionarse con él. Al- gunos han pretendido que la hermosa madama de Aubrion nada omitió para cautivar á un yerno tan rico y de su gusto.....

Al desembarcar en Burdeos, en el mes de junio de 1826, madama de Aubrion y su esposo, con su hija y Carlos, se hospedáron juntos en la misma fon- da y partieron juntos para París. La casa de Au- brion se hallaba empeñada con hipotecas, de que Carlos la debia libertar. La madre habíale hablado ya de la satisfacion que tendria en ceder el cuarto bajo á su yerno y á su hija; y sin participar de las preocupaciones de M. de Aubrion sobre la noble- za, habia prometido á Carlos Grandet obtenerle del bu en Carlos X una orden real que le autorizase á llevar el nombre de Aubrion, á tomar sus armas, y

á sucederle, mediante constituir un mayorazgo de veinte y cuatro mil libras de renta bajo el título de *Capitán de Buch*, marqués de Aubrion, conde *Rochegourd*, etc. Reuniendo sus fortunas, vivían en buena inteligencia, y sin cuidado alguno podrían reunir ciento y tantas mil libras de renta.

— Y cuando se poseen cien mil libras de renta, decía madama de Aubrion se habita en la corte, porque yo le haré á V. nombrar *jentil-hombre honorario* de cámara, y se llega hasta donde se quiere llegar. De manera que podrá V. ser, á su voluntad, prefecto, secretario de embajada, embajador, lo que V. quiera; porque Carlos X quiere mucho á M. de Aubrion, puesto que se conocen desde la infancia.

Embriagado de ambición por aquella mujer, Carlos, había encarecido durante su viaje, todas estas esperanzas que le fueron presentadas por una mano hábil, y en forma de confidencias vertidas de corazón á corazón.

Creyéndose hallar arreglados por su tío los negocios de su padre, se veía anclado desde luego en el arrabal de san German (30) en el que deseaba entrar todo el mundo y donde á la sombra de la nariz azulada de Matilde, Carlos salía al mundo por segunda vez, como conde de Aubrion, á la manera que los Chabot reaparecieron un día con el títu-

lo de Rohan. (32) Deslumbrado por la prosperidad de la Restauracion (33) que le habia dejado vacilante, y sorprendido por el brillo de las ideas aristocráticas, su embriaguez empezó en el barco, se mantuvo en Paris y resolvió no perdonar medio alguno para llegar á la alta posición que le hacia entrever su egoísta suegra. De este modo pues, su prima no era mas que un punto en el espacio de su brillante perspectiva. Volvió á ver á su Anita que como mujer de tono aconsejó vivamente á su amigo que contrajese aquella alianza, prometiéndole su apoyo en todas sus pretensiones ambiciosas. Anita estaba contentísima haciendo casar á Carlos con una señorita fea y antipática, cuando la permanencia en las Indias le habia hecho mas bizarro aun. Su tez se habia vuelto morena, sus modales espresivos y marcados como los de todos los hombres acostumbrados á mandar, dominar y á salir bien de sus empresas.

Carlos respiró mas holgadamente en Paris viendo que podia representar un papel.

Cuando M. de Grassins supo su vuelta, su próximo enlace y su riqueza, le fué á ver para hablarle de los doscientos mil francos con los cuales podia cubrir las deudas de su padre. Encontróle con el joyero á quien habia encargado las joyas de regalo de boda para la señorita Aubrion, cuyos dibujos escaminaba. Sin contar los magníficos diamantes que Carlos habia traído de las Indias; el oro y

plata con la joyería sólida y útil de la joven pareja ascendía á mas de cien mil francos.

Carlos recibió á M. de Grassins, á quien no reconocía, con la impertinencia de un joven á la moda, que en las Indias habia muerto á cuatro contrarios en diferentes duelos. Aquella era la cuarta vez que M. de Grassins se presentaba á visitarle. Carlos escuchó friamente, y luego le respondió, casi sin haberle comprendido:

— Los asuntos de mi padre no son los míos. Le agradezco á V., caballero, las molestias que ha querido tomarse, y que de nada me sirven. El dinero que he recojido con el sudor de mi frente no es regular que lo distribuya entre los acreedores de mi padre.

— ¿Y si su padre de V. fuese declarado en quiebra de aquí á algunos días?

— Antes que estos dias pasen, caballero, yo me llamaré el conde de Aubrion, y me importará muy poco todo lo que pueda suceder. Y tambien sabe V. mejor que yo, que nunca ha quebrado el padre de un hombre que tenga cien mil libras de renta.

Diciendo esto acompañó á M. de Grassins hasta la puerta.

A primeros de agosto del mismo año, hallábase sentada Eugenia en aquel mismo banco en que su primo le habia jurado un amor eterno, y donde solia ir á almorzar cuando hacia buen tiempo. La pobre joven se complacia aquella ma-

ñana fresca y alegre, en recordar los grandes y pequeños acontecimientos de su amor, con las catástrofes que le habian seguido. El sol doraba aquellas antiguas paredes llenas de grietas y arruinadas casi, que la caprichosa heredera no habia querido hacer recomponer, aun que Cornoiller repetia con frecuencia á su esposa que algun dia aplastarian á alguno.

En aquel momento llamó el factor de la diligencia y entregó una carta á madama Cornoiller, que corrió al jardín exclamando:— ¡ Señorita, una carta!

Y se la dió diciendo:

— ¿Es esta la que V. esperaba?

Estas palabras resonaron tan fuertemente en el corazón de Eugenia como resonaron en realidad en las paredes del patio y del jardín.

— Paris!.....es él! ha vuelto!

Eugenia palideció y estrechó la carta por un momento. Palpitaba demasiado fuerte para poderla abrir y leerla.

Mariana se quedó puesta en jarras, y la alegría parecia escaparse cual humo por las porosidades de su amoratado rostro.

— Lea V., pues, señorita.....

— Ah, Mariana! ¿por que vuelve por Paris, cuando se fue por Saumur!

— Lea V. y lo sabrá todo.

Al abrir Eugenia la carta, temblando cayóse una orden contra la casa *madama de Grassins y Corret* de Saumur, que Mariana recojió.

«Querida prima...»
 — ¡Ya no soy Eugenia! pensó, comprimiéndose su corazón.

«Creo que sabrá V...»

— Me llamaba tú!

Y cruzó los brazos, sin osar ya leer la carta, asomando á sus ojos gruesas lágrimas que dejó caer.

— ¿Ha muerto? preguntó Mariana.

— No escribiría, dijo Eugenia, si así fuese.

Al fin leyó toda la carta cuyo contenido es como sigue:

QUERIDA PRIMA:

«Creo que sabrá V. con placer el éxito de mis empresas. V. me dió la felicidad, he vuelto rico, y he seguido los consejos de mi tío, cuya muerte como la de mi tía, acaba de anunciarme el señor de Grassins. La muerte de nuestros padres es cosa natural, nosotros debemos sucederles. Espero estará V. ya consolada; nada resiste al tiempo, así lo pruebo yo. Sí, querida prima, desgraciadamente para mí, aquel tiempo de ilusiones ha pasado. ¿Como ha de ser! Viajando al través de numerosos países, he reflexionado sobre la vida. Era un niño entonces, y ahora véome un hombre; y pienso en cosas hoy

dia que en otro tiempo nunca pensé. Es V. libre, prima, y yo lo soy tambien: nada impide en apariencia la realizacion de nuestros pequeños proyectos; pero mi carácter es demasiado leal para ocultarla á V. la situacion de mis negocios. No he olvidado que yo no me pertenezco; me he acordado siempre en mis largos viajes de aquel banquillo de madera....

Eugenia se levantó cual si se hallara sobre ascuas, y fué á sentarse en una grada del patio.

«... de aquel banquillo de madera, en que nos juramos eterno amor, del pasadizo, de la sala cenicienta, de mi cuarto, y de aquella noche en que por su delicada escijencia hizo V. mas fácil mi porvenir. Sí, estos recuerdos han sostenido mi valor; y heme creído que pensaba V. en mí lo mismo que yo en V. á la hora convenida entre nosotros. ¿Ha mirado V. las nubes á las nueve, todos los dias? Eugenia! no debo engañarla á V.; no quiero ser traidor á una amistad tan sagrada. Se trata de una alianza que satisface todas las ideas que me he formado del casamiento: en él el amor es una quimera. La esperiencia me ha hecho conocer que es necesario obedecer á todas las leyes sociales y reunir aquellas conveniencias que aplaude el mundo cuando nos casamos. Además hay entre los dos una diferencia en edad que podria influir en su suerte de V., querida prima, mas que en la mia. No le ha-

blaré de las costumbres, ni de la educacion, ni de los usos de V., en ninguna manera puestos en relacion con la vida de Paris, y que no cuadrarian sin duda alguna con mis ultteriores proyectos. Yo pienso tener una gran casa, bien montada, para recibir en ella á las jentes de gran tono; y, si mal no me acuerdo, V. prefiere á todo esto la vida tranquila y sosegada. No, seré mas franco, y quiero hacerla á V. árbitra de mi situacion; V. debe conocerla, y tiene derecho de juzgarla. En el dia poseo sesenta mil libras de renta. Esta fortuna me permite unirne á la familia de Aubrion, cuya heredera jóven de diez y ocho años, me da en su casamiento un nombre, un título, la plaza de jentil-hombre de cámara de su Majestad, y una posicion de las mas brillantes. Aseguro á V., querida prima, que no amo en lo mas mínimo á la señorita de Aubrion; pero, por su alianza, aseguro á mis hijos una situacion social, cuyas ventajas les serán algun dia incalculables: porque las ideas monárquicas parece van tomando imperio, y mas tarde mi heredero que será marques de Aubrion, con un mayorazgo de treinta mil libras de renta, podrá ocupar en el estado el lugar que bien le parezca elegir. Nosotros nos debemos á nuestros hijos. Ya ve V., querida prima, la buena fe con que le espongo el estado de mi corazon, de mis esperanzas y de mi fortuna. Es posible que por su parte ha-

ya olvidado V. nuestras puerilidades, despues de siete años de ausencia: pero yo no he olvidado ni su induljencia de V., ni mis palabras; me acuerdo de todas, aun de aquellas dadas con mas lijereza, y de las que un hombre menos reflexivo, y de un corazon de menos probidad y menos juvenil que el mio, no se acordaria ya, ni haria caso. Diciéndola á V. que no pienso hacer mas que un casamiento de especulacion, y que me acuerdo de nuestros amores de infancia, ¿no es esto ponerme enteramente á su discrecion, hacerla á V. dueña de mi suerte, y decirle que si es menester renunciar á mis ambiciones sociales, me contentaré voluntariamente con aquella simple y pura felicidad de que V. me ha ofrecido tan alagiueñas imágenes?"

Carlos Grandet talareaba el aria *non più andrai*, al firmar.

«Su afectuoso primo,

«Carlos.»

—Cuerpo de Cristo! cuanta cosa es menester decir. Luego buscó una órden que encerró en la carta.
«P. D. Incluyo una órden para la casa de Grassins de 8,100 francos, pagaderos en oro, que comprende el capital é intereses de la suma que tuvo V. la bondad de prestarme. Estoy esperando de

Burdeos una cajita llena de algunos objetos, que me permitirá V. ofrecerla en testimonio de mi eterno reconocimiento. *Por la diligencia* podrá V. remitirme mi *necessaire*, que dirigirá V. á M. Grandet, casa de Aubrion, calle de Hillerin-Bertin.»

— ¡*Por la diligencia!* dijo Eugenia. Una cosa por la que yo habria dado mil veces la vida!

Espantoso y completo desastre. El bajel se iba á picar sin dejar ni una cuerda, ni una tabla en el vasto oceano de la esperanza.

Ciertas mujeres, al verse abandonadas, van á arrancar á su amante de los brazos de una rival, la matan y huyen al fin del mundo, yendo á parar á un cadalso ó á la tumba. Esto sin duda es brillante, el móvil de tan noble crimen es una pasion sublime que impone á la justicia humana; otras mujeres bajan la cabeza y sufren en silencio, van moribundas y resignadas, llorando y perdonando; rogando y acordándose hasta su último suspiro. Esto es amor, amor verdadero, amor de ángeles, amor noble que se alimenta de su dolor y muere con él. Este fué el sentimiento de Eugenia, despues de haber leído la horrible carta. Clavó los ojos al cielo pensando en las últimas palabras de su madre, que parecida á algunos moribundos, habia echado una ojeada lúcida y penetrante sobre el porvenir; Eugenia al acordarse de aquella muerte y vida proféticas, midió

con una mirada todo su destino. No tenia mas que desplegar sus alas, dirigirse al cielo, y vivir entre súplicas y llanto hasta el dia de su muerte.

— Mi madre tenia razon, dijo llorando, sufrir y morir!

Encaminóse á pasos lentos hácia la sala, sin pasar, contra su costumbre, por el corredor. Pero allí encontró tambien como por todas partes el recuerdo de su primo; encima de la chimenea habia un platillo de que se servia todos los dias para su desayuno.

Aquella mañana debia ser solemne y llena de acontecimientos para ella: Mariana anunció el cura de la parroquia.

Este cura, pariente de los Cruchot, entraba en los intereses del presidente de Bonfons. Hacia algunos dias que el viejo abate habia determinado hablar á la señorita Grandet, en un sentido puramente relijioso, de la obligacion en que se hallaba de contraer matrimonio. Al ver á su pastor, Eugenia creyó que venia á pedir los quinientos francos que daba mensualmente á los pobres, y mandó á Mariana que fuese por ellos: pero el cura se puso á sonreir.

— Hoy vengo, señorita, para hablar á V. de una pobre niña por la cual se interesa todo Saumur, y que, falta de caridad para sí misma, no vive cristianamente.

— ¡Dios mio! señor cura me halla V. en una ocasion en que me es imposible pensar en mi prójimo pues estoy toda ocupada de mi misma. Soy muy desgraciada! no me queda otro refugio que la iglesia, sí, la iglesia tiene un seno bastante capaz para contener nuestros dolores y sentimientos, bastante rico para consolar nuestros males.

— Y bien, señorita, ocupámonos de esta jóvenes ocuparemos tambien de V. misma. Tenga V. la bondad de prestarme atencion. Si quiere V. su salvacion no tiene mas que dos caminos que seguir: ó dejar el mundo, ó cumplir sus leyes; obedecer al destino terrestre ó al destino celestial.

— ¡Ah! la voz de V me habla en un momento en que queria oír una voz. Sí, el cielo le ha conducido á V. aquí. Voy á despedirme del mundo, y vivir para Dios solo en el silencio y la soledad.

— Es necesario, hija mia, reflexionar por largo tiempo esta violenta resolucion. El matrimonio es un sacramento; el velo es la muerte.

— ¡Muy bien! la muerte! la muerte pronto, señor cura! dijo con profunda vivacidad.

— ¡La muerte! pero V. tiene grandes obligaciones que cumplir en la sociedad, señorita. ¿No es V. la madre de los pobres á quienes da V. el abrigo, fuego en el invierno y trabajo en el verano? La fortuna de V. es un préstamo que es menester pagar; y V. la ha aceptado santamente así.

Encerrarse en un convento seria egoismo. Por otra parte, tal vez perderia V. su inmensa fortuna; bien pronto tendria V. mil procesos, y se veria engolfada en inesplicables dificultades. Crea V. á su pastor: un esposo le es á V. útil, debe V. conservar lo que Dios la ha dado. Háblola como á una oveja descarriada, V. ama demasiado sinceramente á Dios, para no procurar su salvacion en medio del mundo, del que es uno de los mas bellos adornos y al cual dá santos ejemplos.

En aquel momento se hizo anunciar madama de Grassins, que iba llevada por la venganza y el despecho.

— Señorita, dijo al entrar. Ah! está aquí el señor cura. Me retiro, venia á hablar de negocios, y veo están Vds. ocupados en una gran conferencia.

— Señora, dijo el cura, dejo á V. el campo libre.

— Oh, señor cura, dijo Eugenia, vuelva V. dentro de breves ratos; el apoyo de V. me es muy necesario en este instante.

— Sí, en verdad, querida mia, dijo madama de Grassins.

— ¿Qué quiere V. decir? preguntaron á la vez Eugenia y el cura.

— Es que no ignoro la vuelta de su primo, su casamiento con la señorita de Aubrion.... Una mujer jamás tiene su talento en la faltriguera.

Eugenia se ruborizó y quedó muda; pero luego,
Tomo IV.

tomó el partido de afectar en adelante el impasible continente que tenia su padre.

—Y bien, señora, respondió con ironía, yo tengo sin duda el talento en la faltriguera, porque no comprendo... Hable, hable V. delante del señor cura, ya sabe V. que él es mi director.

—Muy bien, señorita, aquí tiene V. lo que Grassins me ha escrito; lea V.

Eugenia leyó la siguiente carta:

QUERIDA ESPOSA:

«El señor Grandet ha llegado de las Indias y se halla en Paris hace un mes...

—Un mes! se dijo Eugenia, dejando caer su mano, y continuó:

«Me ha sido forzoso hacer antecámara dos veces antes de poder hablar á este futuro conde de Aubrion. Aunque todo Paris habla de su casamiento, y aunque sus monestaciones estén publicadas...

—Me escribia pues en el momento en que...

No acabó la frase, ni exclamó como una parisiense:

—«*Malvado!*» Pero, aunque no fué espresado, no por esto el desprecio dejó de ser menos completo.

«este casamiento está lejos de efectuarse; el marqués de Aubrion no dará su hija al hijo de un

bancarrotero. He ido á darle parte de los cuidados que su tio y yo hemos tenido en los negocios de su padre, y de las hábiles maniobras con que hemos sabido entretener á los acreedores hasta hoy dia, y el impertinente ha tenido la desfachatez de responderme, á mí, que durante cinco años me he desvelado dia y noche por sus intereses y por su dicha, *que los negocios de su padre no eran los suyos*. Un ajente tendria derecho á pedirle treinta ó cuarenta mil francos de honorarios á uno por ciento de la suma de los acreedores; pero paciencia, es bien lejítimo que debe á los acreedores dos millones, y voy á declarar á su padre en quiebra. Me he embarcado en este negocio bajo la palabra de ese zorro viejo de Grandet, y he hecho promesas en nombre de la familia. Si el señor conde de Aubrion no hace caso de su honor, el mio me interesa mucho; así pues, voy á esplicar mi situacion á los acreedores. Sin embargo, tengo demasiado respeto, con la señorita Eugenia, por la alianza que en tiempos mas felices habíamos pensado, para obrar sin que tú le hayas hablado de este negocio...»

Aquí Eugenia volvió friamente la carta sin acabar su lectura.

—Doy á V. mil gracias, dijo á madama de Grassins, *ya veremos esto...*

—En este momento tiene V. la misma voz que su difunto padre, dijo aquella.

—Señora, dijo Mariana, debe V. darnos ocho mil y cien francos en oro.

—Es verdad, tenga V. la bondad de venir conmigo, madama Cornoiller.

—Dígame V., señor cura, dijo Eugenia con una noble sangre fría, que le sujerió el pensamiento que iba á espesar. ¿Sería pecado mortal permanecer virgen en el matrimonio?

—Este es un caso de conciencia, cuya solución no conozco aun. Si quiere V. saber lo que con respeto á ello dice en su *Tratado de matrimonio* el célebre Sanchez, mañana la podré á V. satisfacer.

Y el cura se retiró.

Eugenia subió al gabinete de su padre, y pasó allí todo el día sola, sin querer bajar á la hora de comer, apesar de las instancias de Mariana; y solo al anochecer, cuando comparecieron los contertulios, se presentó en aquella sala, que jamás fué tan concurrida como aquella noche. La noticia de la llegada y de la falsa traición de Carlos, se habia divulgado por toda la villa: pero apesar de lo que fué atenta la curiosidad de los tertulianos, no pudo ser satisfecha. Eugenia, que la comprendia perfectamente, no dejó vislumbrar en su rostro lleno de calma ninguna de las crueles emociones de que se hallaba agitada. Supo revestirse de una figura serena y de un aire tan risueño que nada dejó ver á los que querian atestiguar su interés en sus miradas ó palabras me-

lancólicas. Supo, en fin, encubrir su desgracia con el velo de la urbanidad.

A eso de las nueve se acabaron las partidas, y se levantaron los jugadores de la mesa, discutiendo los últimos golpes del wisth y reuniéndose al círculo de la tertulia. Entonces cuando la reunion se levantó en masa para despedirse hubo un cambio de teatro que resonó por todo Saumur y sus cercanías, y del que se habló hasta en las cuatro prefecturas de aquel contorno.

—Espérese V., señor presidente, dijo la heredera al señor de Bonfons, al verle tomar la bengala.

A esta palabra no hubo ni uno de aquella numerosa reunion que no quedase estupefacto. El presidente palideció y vióse obligado á sentarse.

—Al presidente han caido los veinte y un millones, dijo la señorita de Gribeaucourt.

—Está claro, el presidente de Bonfons se casa con la señorita Grandet, exclamó madama de Orsonval.

—Hé aquí el mejor golpe de la partida, dijo el abate.

—Esto es un magnífico *schleem*, (34) dijo el notario.

Cada cual echó la suya; y todos veian á la heredera montada sobre sus veinte y dos millones como sobre de un pedestal. El drama empezado nueve años atrás iba á tener su desenlace. Decir al presidente que se quedase á la faz de todo Saumur, ¿no

era esto anunciar que le elegía por esposo? En las poblaciones pequeñas las costumbres metódicas son tan severamente observadas, que una infracción de este género constituye la mas solemne de todas las promesas.

— Señor presidente, le dijo Eugenia con una voz animada, luego que estuvieron solos, yo sé lo que le agrada á V. de mí. Júreme V. dejarme libre toda la vida, sin recordarme jamás ninguno de los deberes del matrimonio, y mi mano es de V.—Oh! no se lo he dicho todo, dijo al verle doblar las rodillas, no debo engañarlo á V., caballero. Tengo aquí en el corazón un sentimiento inextinguible. La amistad será el único sentimiento que podré conceder á mi esposo. No quiero ofenderle ni contravenir á las leyes de mi corazón; pero V. no poseerá mi mano ni mi fortuna sino á precio de un inmenso servicio.

—Estoy pronto á todo, dijo el presidente.

—Aquí tiene V. dos millones y algunos cientos mil francos, señor presidente, añadió sacando papeles de su seno. Parta V. sin esperar á mañana, sino esta misma noche, ahora mismo. Vaya V. á Paris, á casa de M. de Grassins, pregunte V. el nombre de todos los acreedores de mi tío, reúnalos V., páguelos cuanto se les debe, capital é intereses al cinco por ciento, desde el día de la deuda hasta el de su reembolso, y mándese V. hacer una libranza por manos de notario y en toda forma. V. es majistrado y

me fio de V. en este negocio, como de un hombre leal, y hombre de bien; yo me embarco en la fé de su palabra para atravesar los peligros de la vida al abrigo de su nombre. Tendrémos el uno por el otro una mútua induljencia. Nos conocemos ya de largo tiempo y somos casi parientes; no querrá V. hacerme desdichada.

El presidente cayó á los piés de la rica heredera palpitando de alegría y de angustia.

—Seré el esclavo de V.! exclamó.

—Cuando tenga V. la libranza, continuó echándole una fria mirada, la llevará V. con todos los títulos al Sr. Grandet, y le pondrá en sus manos esta carta. A la vuelta estoy pronta á cumplir mi palabra.

El presidente comprendió que debía la señorita Grandet á un despecho amoroso. Asi es que se apresuró á cumplir sus órdenes con la mas escrupulosa exactitud, á fin de no dejar tiempo á una reconciliacion entre los dos amantes.

Luego que hubo partido, Eugenia cayó sobre el sofá y rebotó en lágrimas. Todo se habia consumado.

El presidente tomó la posta, y llegó á Paris el dia siguiente por la tarde. La mañana siguiente al dia de su llegada presentóse á M. de Grassins. El banquero convocó á los acreedores en el estudio del notario en que estaban depositados los títulos, y nadie hizo falta. Aunque fuesen acreedores es preciso hacerles justicia, todos fueron exactos.

Allí el señor Presidente de Bonfons, en nombre de la familia Grandet, les pagó el capital é intereses debidos; cosa que fué para el comercio parisiense uno de los acontecimientos mas sorprendentes de la época.

Luego, cuando estuvo ya puesta en registro la libranza, y hubo pagado á M. de Grassins sus cuidados con una suma de cincuenta mil francos, que le habia encargado Eugenia, el señor presidente presentóse á la casa de Aubrion, y halló á Carlos en el instante en que se introducía en su gabinete confundido por su suegro. El viejo marqués acababa de declararle que su hija no le pertenecería en tanto que no hubiese satisfecho íntegramente á todos los acreedores de Guillermo Grandet.

El presidente le entregó al punto la carta siguiente:

PRIMO MIO.

«El señor presidente de Bonfons está encargado de remitir á V. la libranza de todas las sumas debidas por mi tío. Se me ha hablado de quiebra, y he pensado que el hijo de un hombre que ha quebrado no podría tal vez desposarse con la señorita de Aubrion. Sí, primo mio, ha juzgado V. bien de

mi capacidad y de mis costumbres; yo nada tengo sin duda del mundo; no conozco sus cálculos, ni sus usos, ni sabria dar á V. placeres que V. desea encontrar en él. Sea V. feliz, segun las miras sociales á que sacrifica V. nuestros primeros amores. Para llevar á V. toda su felicidad, no puedo ofrecerle ya mas que el honor de su padre. Adios, siempre hallará V. una fiel amiga en su prima

Eugenia G.

No pudo menos de sonreirse el señor Presidente al oír la exclamacion de aquel ambicioso, asi que vió las libranzas.

—Nos anunciaremos recíprocamente nuestros matrimonios. ¡Vaya! con que V. se casa con Eugenia? es una buena muchacha.

Y luego, herido de repente por una reflexion luminosa, continuó:—Con que, es rica!...

—Sí, respondió el Presidente, con un aire sarcónico, tenia veinte y un millones cuatro dias atrás, y ahora le quedan diez y nueve.

Cárlos contempló al Presidente lleno de admiracion.

—Diez y nueve... mill..

—Diez y nueve millones, sí señor. Desposándonos, vamos á reunir entre ella y yo ochocientas mil libras de renta.

—Bravo! querido primo, dijo Cárlos recobrándose un poco, podremos ayudarnos mutuamente.

—De comun acuerdo, dijo el Presidente. Aquí traigo una cajita que no debo entregar mas que á V.

Y dejó sobre la mesa el *necessaire*.

—Y bien, mi caro amigo, dijo al entrar madama de Aubrion, sin reparar en Cruchot, no pase V. cuidado por lo que le ha dicho ese pobrete de Aubrion; la duquesa de Margency le ha trastornado la cabeza. Se lo repito á V., Cárlos, nada podrá estorbar esta boda.

—Nada, madama, contestó Cárlos. Los tres millones debidos por mi padre fuéron pagados ayer.

—En metálico? preguntó la marquesa.

—Integralmente, intereses y capital.

—Qué locura! exclamó madama. — ¿Quién es ese caballero? preguntó al oido de su yerno, al ver á Cruchot.

—Mi ajente de negocios, respondió en voz baja.

La marquesa saludó desdeñosamente á M. de Bonfons y salió.

—Nos ayudamos ya! dijo el Presidente, tomando el sombrero. Adios, querido primo.

—Se mofa de mí ese mequetrefe de Saumur! Casi me dá ganas de meterle seis pulgadas de acero en el vientre.

El Presidente habia partido. Tres dias despues M. de Bonfons de vuelta á Saumur publicó su ca-

samiento con Eugenia, y de allí á seis meses fué nombrado consejero en la audiencia de Angers.

Antes de partir de Saumur, Eugenia hizo fundir el oro de aquellas joyas tan largo tiempo preciosas á su corazon, y las empleó asi como los ocho mil francos de su primo, en un sagrario de oro, de que hizo un regalo á la parroquia en que habia rogado tantas veces por él.

En adelante pasó el tiempo entre Angers y Saumur. Su marido, por haber mostrado gran zelo en una circunstancia política, ocupó la presidencia de cámara, y despues en fin, al cabo de tres años, llegó á ser primer presidente. Esperó con impaciencia la reeleccion jeneral á fin de ocupar un lugar en la cámara de diputados. Ambicionaba ya el ser Par, y entonces... entonces....

—Entónces, el rey será su primo, decia Mariana, la buena Mariana, madama Cornoiller, ciudadana de Saumur.



CONCLUSION.

El señor presidente de Bonfons, (al fin había abolido ya el nombre patronímico de Cruchot) no llegó á realizar ninguna de sus ideas de ambicion. Murió ocho dias despues de haber sido nombrado diputado de Saumur.

Dios que lo vé todo y jamás hiere en vago, le castigaba sin duda por sus cálculos y habilidad jurídica con la cual habia hecho su minuta *por medio de Cruchot*, de su contrato matrimonial, en que los dos futuros esposos se daban reciprocamente, *en caso de no tener sucesion, la universalidad de todos sus bie-*

nes, muebles é inmuebles, sin escepcion ni reserva, de toda propiedad, dispensándose aun la formalidad del inventario, sin que la omision de dicho inventario, etc. etc.

Esta cláusula puede esplicar el profundo respeto que el Presidente tuvo constantemente por la voluntad y antojo de madama de Bonfons. Las mujeres tenían al presidente como uno de los hombres mas delicados, le compadecian, y hasta llegaban á acusarle por el dolor y la pasion de Eugenia; pero de la manera con que saben acusar á una mujer, con las mas crueles ridiculeces.

— Debe de estar muy mala la señora del presidente de Bonfons, que se queda sola, sin su marido! Pobre niña! Debe tener una gastritis ó un cáncer. Porque no procura por un médico? Hace tiempo que se vuelve tan pálida! Será menester que vaya á consultar los médicos célebres de Paris. Como es posible que no desee tener un hijo? Si ama tanto á su marido, segun dicen, debiera en su posicion concederle un heredero. ¿Sabe V. que esto es muy extravagante? Y si fuese por efecto de un capricho, sería muy culpable. Pobre presidente!...

Eugenia, dotada de aquel tacto delicado que el solitario ejerce en sus continuas meditaciones, y de aquel ojo esquisito con que penetra las cosas de este mundo; Eugenia, habituada por la desgracia y por su última leccion á adivinarlo todo, sabia que el

presidente deseaba su muerte para hallarse en posesion de aquella inmensa fortuna, aumentada todavía de dos millones por la muerte de sus tios el notario y el abate, que Dios quiso llamar á su morada celestial. La pobre reclusa compadecia al presidente. La providencia la vengó de los cálculos de que ella era objeto, de la infame indiferencia de un esposo, que respetaba como la mas fuerte de las garantías la pasion sin esperanza de que se alimentaba Eugenia. Dar vida á un hijo, ¿no era destruir las esperanzas de su egoismo y los placeres de su ambicion?

Dios echó pues una lluvia de oro sobre la rica heredera, á quien el oro era indiferente, porque aspiraba al cielo; su vida piadosa y santa se reducía á socorrer á los desgraciados; pero en secreto.

Madama de Bonfons quedó viuda á los treinta y siete años, rica de veinte y cinco millones, hermosa todavía, pero como lo es una mujer á los cuarenta años. Su rostro era blanco, pacífico y tranquilo, su voz dulce y apacible y sus maneras sencillas: tenía toda la nobleza del dolor y la santidad de una persona que jamás ha contagiado su alma al contacto del mundo, pero con las rancias y mezquinas costumbres que dá la monótona vida de provincia. Apesar de un millon y cien mil libras de renta, vivió como habia vivido la pobre Eugenia Grandet, sin encender fuego en su cuarto sino en los dias que en

otro tiempo su padre la permitía alumbrar el calentador de la sala, y seguía en todo su vigor el programa de sus años juveniles. Vestía como su madre. La casa de Saumur, sin sol, sin calor, sin cesar sombría y melancólica era la imagen de su vida. Acumulaba cuidadosamente sus créditos, y tal vez habría sido tenida por avara si no lo hubiese desmentido el noble empleo que hacía de su fortuna. Fundaciones piadosas y caritativas, un hospicio para la vejez, escuelas cristianas para los niños, una biblioteca pública ricamente adornada atestiguaban todos los años la falsedad de la avaricia que la atribuían ciertas personas. Las iglesias de Saumur le deben aun hoy día algunas bellezas, inspirando generalmente su memoria un religioso respeto. Aquel noble corazón que no latía sino por sentimientos los más tiernos; debía acaso estar sometido á los cálculos del interés humano? el oro podía comunicar sus tintes fríos á aquella vida celestial, infundiéndola la desconfianza de los sentimientos?

— Solo tú me amas en este mundo! decía á Mariana.

La mano de aquella mujer cicatrizaba las úlceras secretas de todas las familias; encaminábase al cielo, acompañada de una serie de beneficios: la grandeza de su alma alijeraba las frivolidades de su educación y las costumbres de su vida primera. Tal es la historia de aquella mujer, que no era del

mundo en medio de él, y la cual, nacida para ser de una manera magnífica buena esposa y buena madre, se hallaba sin marido, sin hijos y sin familia.

Hacia algunos días que no se trataba de otra cosa que de su nuevo casamiento. Las jentes de Saumur hablaban del marqués de Froidfond, cuya familia comenzaba á rodear á la rica viuda como en otro tiempo lo habían hecho los Cruchot.

Mariana y Cornoiller entraban, según se decía en los intereses del marqués, pero nada más falso. Ni la grande Mariana, ni Cornoiller podían tener malicia para comprender las corrupciones del mundo.

Este desenlace engaña necesariamente la curiosidad del lector. Tal vez sea así de todos los desenlaces verdaderos. Las tragedias y los dramas, para hablar el lenguaje de estos tiempos, son raros en la naturaleza. Acuértese del preámbulo: esta historia no es más que una traducción imperfecta de algunas páginas olvidadas por los copistas en el gran libro del mundo; en ella no hay invención; es una débil miniatura por la cual ha sido menester la paciencia más que el arte. Cada provincia tiene su Grandet: solamente que el Grandet de Mayenne ó de Lille

es menos rico que el antiguo *maire* de Saumur. El autor habrá podido forzar un rasgo, dibujar mal sus ángeles terrestres, poner un poco mas ó menos de color en su marroquin; tal vez ha cargado demasiado de oro el contorno de la cabeza de su Maria; quizá no habrá distribuido bien la luz, segun las reglas del arte; en fin, puede ser que haya oscurecido los tintes ya negros de su anciano, imájen toda material. Pero nadie reuse la indulgencia al pobre monje, que vive en el fondo de su celda, adorando á su *Rosa mundi*, á su Maria, bella imájen de todo el seco, esposa del paciente monje, la segunda Eva de los cristianos.

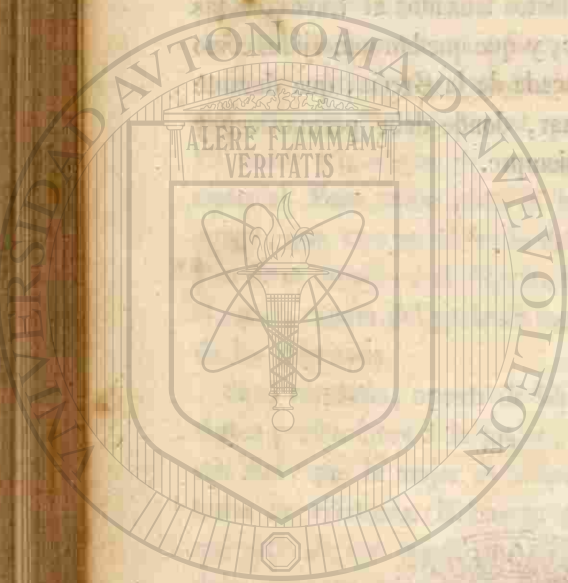
Si él continúa, apesar de las críticas, acordando tantas perfecciones á la mujer, es porque cree, joven aun, que la mujer es el ser mas perfecto entre todas las criaturas. Habiendo sido la última obra que salió de las manos que formaron los mundos, debe espresar mas pura que cualquiera otra el pensamiento divino. Ella no fué, como el hombre, formada del polvo primordial, hecho blando barro en los dedos de Dios; no; sacada de un costado del hombre, materia sutil y maleable, es una creacion transitoria entre el hombre y el ángel. Así la veréis fuerte mientras el hombre lo es, y delicadamente inteligible por el sentimiento como lo es el ángel. ¿No era menester reunir en ella esas dos naturalezas para encargarla de llevar siempre la especie en

su corazon? Un hijo para ella no es la humanidad entera!

Entre las mujeres, Eugenia Grandet será un tipo tal vez, el de los afectos lanzados al través de las borrascas del mundo, y que quedan sumerjidos como una noble estatua sacada de la Grecia, que durante el viaje cae en el mar, donde debe permanecer y permanecerá para siempre.

FIN.





NOTAS.

1.^a y 2.^a

Páj. 7 y 8.

El simoun es un viento tempestuoso y el sirocco otro apacible y suave.

3.^a

15.

Nobleza de campanas , como si dijéramos nobleza de poca monta.

4.^a, 5.^a y 6.^a

16.

Durante la revolucion llamaron ex á todos los que habian perdido sus empleos, oficios ó dignidades. De aqui provino la denominacion de ex-noble, ex-clérigo, etc.

El *mair* es una especie de corregidor ó alcalde en los pueblos de Francia.

El gorro encarnado lo llevaron los mas furibundos revolucionarios durante el mas borrascoso tiempo de la república francesa y aun antes.

(310)

7.^a

20.

Boston es un juego muy en uso en Inglaterra de donde lo han tomado los franceses y demas naciones.

8.^a

65.

Keapseakes son unos libros que se publican al principio de cada año y de que se hacen aguinaldos ó *etrennes* como llaman en Francia. Contienen delicadísimos grabados al acero.

9.^a

55.

Kilos. Véase el sistema de pesos y medidas que está en uso en Francia.

10.^a

61.

Castillo, en Francia (*chateau*) es lo que en España llamamos *quinta*, *granja*, *alquería* ó *casa de campo*.

11.^a

65.

La jirafa es un animal mas alto que ningun caballo, y con un cuello tan largo que él solo alcanza mas distancia que no hay desde el tronco de su cuello hasta el suelo. Es, por decirlo asi, la grulla de los cuadrúpedos.

12.^a

76.

Mirliflor—mezalvete.

(511)

13.^a

81.

Aquí Mr. de Balzac trastocó el sentido; haciendo que Carlos se dirija á su tia, cuando poco antes hablaba con su tio y cuando este le observa que si algo necesita llame á Mariana.

14.^a

97.

Frutero, repuesto de frutas.

15.^a

98.

Durante el imperio, es decir mientras reinó Napoleon.

16.^a

112.

Breguet es uno de los mejores sino el primero de los relojeros de Paris.

17.^a y 18.^a

114.

Griseta, como si dijéramos *manolas* de Paris.

La *Grande ópera* es el teatro mas hermoso de aquella capital y en él se cantan óperas francesas.

19.^a

121.

Mnemocencia — arte de alcanzar memoria.

20.^a

125.

De Saumur á Nantes hay un dia de distancia; con esto se vé el gran favor que Grandet hacia á su sobrino.

(312)

21.^a

151.

Mas vale callarlo, y el que lo desee circunstanciado, lea la vida del Adonis querido de Sócrates.

22.^a

177.

Quando fue asesinado Marat duraba todavía el amor que le tenían sus partidarios; poco tiempo despues le habrian llevado á la guillotina.

23.^a y 24.^a

195.

Lafontaine y Goethe son dos autores alemanes de una nombradía europea. La Margarita que Balzac cita, es la heroína del Fausto, drama magnífico del último.

25.^a

199.

Un liar vale menos que un ochavo.

26.^a

209.

Lo que Balzac calla es la palabra *bougre* que en Francia es muy mal sonante.

27.^a

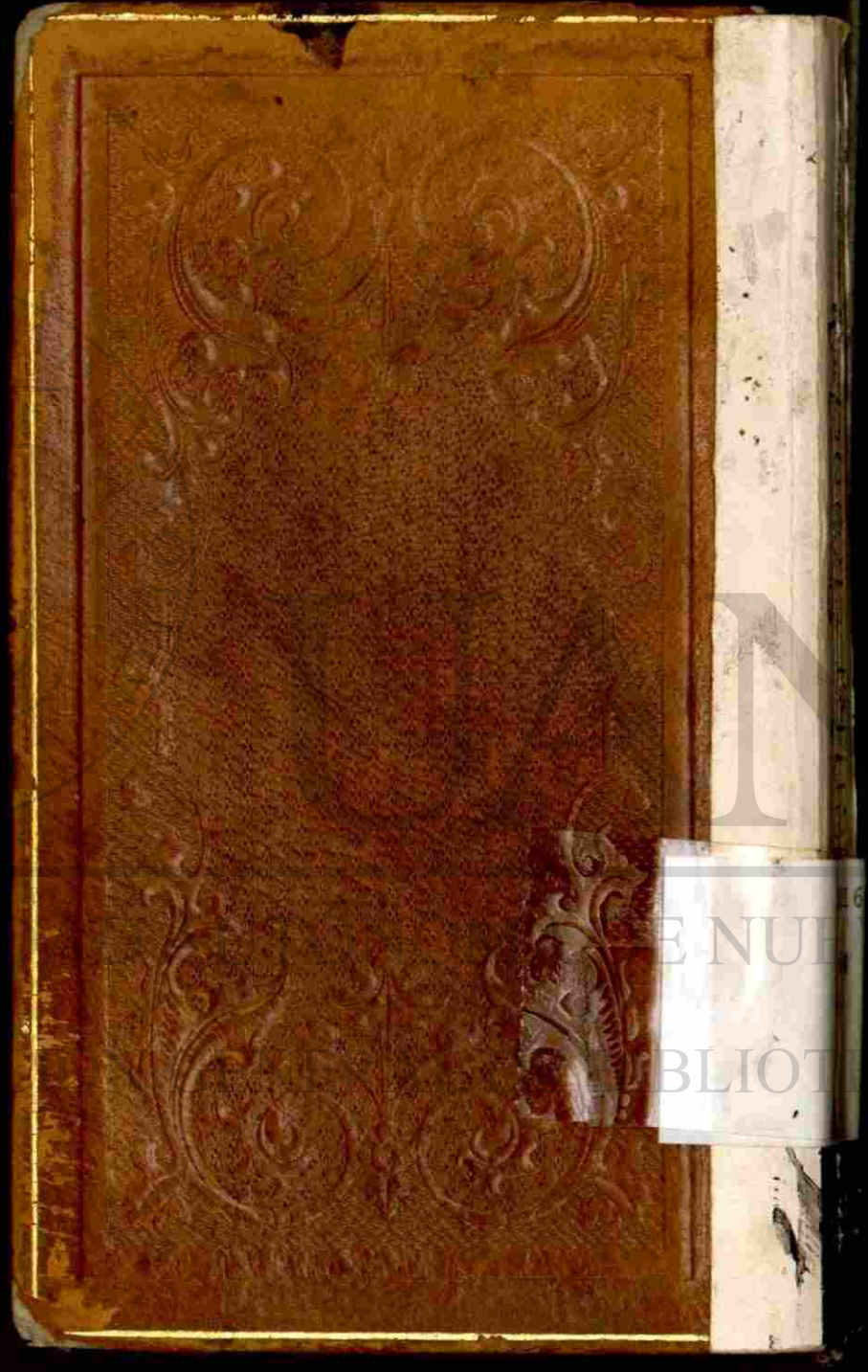
210.

El teatro de Madama es el que hoy se llama Gimnasio dramático donde se representan los vaudevilles de Scribe.

FIN DE LAS NOTAS.

ADVERTENCIA.

Las restantes notas se limitan á un interés local que se verá detallado en las composiciones del quinto tomo, y como si se manifestasen perderia muchas veces el autor el hilo de su ilusion, debemos omitirlas, por interés mismo de los lectores.



N

THE NEW
LIBRARY